



CLIO

ARCHIVO GENERAL DE LA NACION

HEMEROTECA

Revista Cuatrimestre de la Academia Dominicana de la Historia

EDICION A CARGO DE LA COMISION DE PUBLICACIONES

ACOGIDA A LA FRANQUICIA POSTAL Y TELEGRAFICA.

Año XXI

Ciudad Trujillo, República Dominicana, Enero-Abril de 1953

Núm. 95

El Centenario de José Martí (1853-1953)

Con ocasión del Centenario del nacimiento del glorioso Apóstol de la Independencia de Cuba, José Martí, tuvo efecto el 28 de enero, en la Sala Capitulada del Consejo Administrativo del Distrito de Santo Domingo un solemne y lucido acto organizado con los auspicios del Departamento de Educación y Bellas Artes, de la Academia Dominicana de la Historia y del Consejo Administrativo del Distrito. El acto fué presidido por el Dr. Joaquín Balaguer, Secretario de Educación y Bellas Artes, y ocuparon asientos de preferencia en la presidencia del acto los señores Dr. Manuel de J. Troncoso de la Concha, Presidente de la Academia; Fray Cipriano de Utrera, Secretario interino de esa corporación; los académicos Ramón Emilio Jiménez, Lic. Manuel A. Amiama, Lic. Virgilio Díaz Ordóñez, Dr. Vetilio Alfau Durán y César A. Herrera; y el señor Juan José Tavío, Encargado de Negocios de la República de Cuba. Ocupaban igualmente asientos de preferencia los señores Embajadores de las Repúblicas de América, llevando a su cabeza al Embajador de los Estados Unidos de América, Hon. Phelps Phelps.

Abrió el acto el Presidente de la Academia, quien empezó diciendo que sus primeras palabras debían ser de congratulación para el Departamento de Educación y Bellas Artes por haber organizado este acto de homenaje al Apóstol de la Independencia de Cuba, de acuerdo con la decisión al efecto del Gobierno dominicano. Luego expuso que uno de los momentos de mayor gozo en los tres cuartos de siglo de su vida era el de poder tomar parte en una celebración del Centenario de Martí, expresando que con

satisfacción parecida a la de San Pedro cuando, dirigiéndose a los romanos, les hablaba del Señor, él podía exclamar: "¡Lo conocí y lo oí!" Recordó que en setiembre de 1892, cuando contaba 14 años y hacía sus estudios de *bachillerato* junto con otros de su época, entre éstos, Aristides Fiallo Cabral, Luis Manuel Betances, Fernando A. Defilló, Alcibíades Ramírez Guerra, Bernardo Pichardo y algunos más, una tarde don Federico Henríquez y Carvajal, el profesor de Gramática, suspendió su labor diciendo: "Excúsenme que acorte la lección, porque voy a acompañar a José Martí a la Catedral para mostrarle los restos de Colón". Uno de los estudiantes, no recordo cual, inquirió: "¿Quién es José Martí?", a lo cual respondió don Fed. enfáticamente: "¡el hombre que va a hacer realidad a Cuba libre!" Oídas estas palabras magnéticas del Maestro, agregó el señor Troncoso, apenas había él traspuesto el umbral de la puerta de salida, algunos de los alumnos del plantel, en vez de aguardar la llegada del próximo profesor, nos encaminamos hacia la Catedral. Allí, varios dominicanos prominentes y el general cubano *Mayía* Rodríguez le aguardaban. A poco llegó D. Fed. con el hombre que iba "a hacer realidad a Cuba libre". El Dr. Troncoso de la Concha dijo que recuerda perfectamente como iba vestido Martí: de la tela llamada entonces *pañó azul oscuro*. Mientras permaneció en el templo llevaba agarrado un sombrero de fieltro por toda su parte inferior, formando así una a modo de bolsa, que movía casi incesantemente. La noche que habló Martí en esta capital, deslizándose entre la multitud que había acudido al amplio local de la Sociedad Amigos del País y lo llenaba por com-

pleto, Troncoso escuchó su palabra "patriótica, vibrante y plena de sabiduría que ponía de manifiesto la justicia de la aspiración de Cuba a obtener su libertad e independencia". Más adelante dijo, para terminar: "Aquella tarde de setiembre de 1892 ha constituido para mí uno de los recuerdos perdurables de mi juventud, más que por haberme hallado cerca de aquel que "alzó el mundo", según su frase profética en la histórica carta del 25 de marzo de 1895 a Federico Henríquez y Carvajal, porque, cavilando en mi edad proveya sobre las coincidencias notables de la Historia, he pensado se hallaron en ese momento, el uno junto al otro, quizá por obra de la Providencia, los dos grandes hombres representativos del alfa y omega del señorío político hispano en América, justamente cuando unos días después iba a cumplirse el cuarto centenario del descubrimiento del Nuevo Mundo".

Al concluir anunció que el ilustre académico de número don Ramón Emilio Jiménez, escogido al efecto por el Departamento de Educación y la Academia de la Historia, iba a hacer en seguida la apología del glorioso Apóstol cubano.

En otro lugar de esta edición se inserta el luminoso panegírico que hizo del inmortal José Martí el académico Ramón Emilio Jiménez.

En el fondo de la Sala Capitular lucían sus colores la bandera de la República de Cuba y la de la República Dominicana.

La banda de música del Distrito de Santo Domingo interpretó al iniciarse el acto el himno nacional dominicano y al finalizar el himno nacional cubano, los cuales fueron oídos con visible emoción por la numerosa y selecta concurrencia presente en la cual se hallaban representados todos los círculos sociales e intelectuales de esta capital. Varios miembros prominentes de la colonia cubana figuraban entre la concurrencia.

Tanto la introducción del Presidente de la Academia como el discurso del académico Jiménez fueron motivo de un caluroso aplauso y muchas felicitaciones.

Apología de José Martí, Apóstol de la Independencia de Cuba

Por R. EMILIO JIMENEZ

INTRODUCCION

Señor Secretario de Estado de Educación y Bellas Artes,
Señor Presidente del Consejo Administrativo del Distrito de Santo Domingo,
Señor Encargado de Negocios de Cuba,
Señor Presidente de la Academia Dominicana de la Historia,

Damas y caballeros:

Como concurso de la Academia Dominicana de la Historia a la Secretaría de Estado de Educación y Bellas Artes y al Consejo Administrativo del Distrito de Santo Domingo, para la celebración del centenario del nacimiento de José Martí, prócer de la

Independencia cubana, esta corporación oficial resolvió llevar a cabo un solemne acto académico en honra de figura tan esclarecida de la Historia del Nuevo Mundo, y particularmente de Cuba, confiando el encargo de hacer su apología al menos autorizado de sus miembros.

De muy breve tiempo dispuse para tarea tan delicada como la de abarcar en un juicio sintético la grandeza de una vida y la trascendencia de una obra con un destino insular como primer deber y otro continental como ulterior propósito del que lo inmediato era tan sólo su antesala, y he tenido que plegarme a circunstancias de premura vedatorias del suficiente acopio en las fuentes de la documentación.

Con esas desventajas no podía aspirar a trabajo de estudio y de investigación digno de figura tan

conspicua y cara a la memoria de la gran familia de pueblos americanos, que valiese la pena como tributo de amor y de veneración de esta academia al héroe y a su causa. Pero, de todos modos, el intento de corresponder del mejor modo posible a la honrada confianza de que he sido objeto por parte de esta docta casa de estudios, lo he hecho con el entusiasmo que despiertan en mi espíritu los grandes bienhechores de la Humanidad. Hecha la salvedad que tuve por necesaria, daré lectura a este estudio apologetico de José Martí.

Señores:

Cuba debía cerrar el ciclo heroico de la emancipación colonial de América. Era la única que faltaba para dar término en el Nuevo Mundo a ese capítulo de su trágica historia; mas no por eso era ella la única de vida política retrasada de nuestro hemisferio, porque antes se había vertido sangre en anteriores cruzadas que por circunstancias adversas a las armas cubanas no fueron victoriosas, aunque sí gloriosas.

El ideario revolucionario no había sido allí estéril hasta el comienzo de la última cruzada cívica en 1895. Se había creado conciencia revolucionaria sin la cual no hubiera surgido la Guerra de los Diez Años, iniciada en 1868 con el Grito de Yara por Carlos Manuel de Céspedes. La paz del Zanjón fué tan sólo una tregua: la necesaria para dar a lo que debía venir después la organización enderezada a prevenir la derrota.

Faltaba la figura revolucionaria conspicua que pusiera en fina vibración el ambiente, atara cabos interiores, hiciera lo mismo exteriormente y concertara los hilos de dentro con los de fuera en una trabazón secreta de la trama, constituyendo así dicha figura la aguja que debía ir y venir en la malla de la revolución.

Se imponía le necesidad de ese espécimen de enlace intelectual, volitivo y material de los elementos dispersos que se hallaban por doquiera, y no se veía por ninguna parte quien pudiera ofrecerse para la unificación consciente de energías y valores humanos en latencia, y para crear tanta nueva energía y nuevos valores como eran menester en circunstancias tan difíciles, en el que el fracaso de los vencidos movimientos había agudizado las pesquisas contra toda otra posible insurrección.

¿Dónde encontrar el sér privilegiado que afrontase tan agudo problema? Corría en sus inicios el año 1853 y ese sér estaba ya en el propio suelo de Cuba, pero en ciernes. Nació en la casa No. 102 de la calle de Paula, de La Habana, el 28 de enero de

1853 y fué cristianizado en la Iglesia del Santo Angel Custodio de La Habana, el 12 de febrero del mismo año. ¡Y qué prodigio humano era el que nacía! Algo más que un puente para acercar esfuerzos y voluntades: le nacía a Cuba el que había de ser la figura de apóstol más grande de su siglo no sólo de ella, sino del vasto mundo americano. Esa genial figura fué la llave que puso término glorioso al coloniaje español en América: José Martí.

"Tuvo la intuición de su papel y de su deber desde sus albores infantiles", afirma Abarzábal en el prólogo del libro *Martí*, de Andrés de Piedra Bueno, publicado en 1939.

Vino al mundo con un sello indeleble con que lo marcó la naturaleza: el de poeta. Como era un predestinado, halló un gran poeta en su camino, que también era un gran maestro. Hay honda verdad en el proverbio: "Dios los cría y ellos se juntan". Vió al muchacho y comprendió al muchacho. Le vió la chispa genial y propició la llama. Llamábase Rafael Ma. de Mendive. Vocación de Martí y dirección de De Mendive fueron lluvia y tierra de una primera siembra. Ya en el Instituto de La Habana, como alumno, dió con un condiscípulo llamado a desempeñar importante papel en su destino: Fermín Valdés Domínguez. ¡Otro feliz hallazgo! Comprendiéronse y trabaron amistad.

Poco después Mendive fué hecho prisionero por la liberalidad de sus ideas. Esta prisión indignó al discípulo y su protesta se hizo pública. Se prendía, en Mendive, al Bautista de aquel nuevo Cristo. La primera manifestación de su sentimiento patriótico la hizo el poeta: Fueron los versos a su madre. La maternidad debía ser el tema de vanguardia. La segunda manifestación de ese mismo sentimiento patriótico correspondió a otra deidad maternal, a otro objetivo delicado en su temática divina: Cuba. Estos dos poemas los escribió Martí en muy temprana edad. El uno aún siendo niño; el otro apenas salido de la niñez. Fueron su entrada en la adolescencia, en lo concerniente a lo físico, y en el apostolado, por lo que hace a lo moral. Empezar por el poeta, ser el poeta el heraldo de vida futura tan intensa, tan dramática, tan llena de heroicidad y de infinito, es harto significativo. ¡El poeta abriendo a filo de luz y de canción la historia de una revolución de trascendencia progresiva en los grandes esfuerzos dolorosos por la justicia, por la libertad y por la paz. Justicia, libertad y paz, que son, más que el lema, la plataforma para el reinado del Espíritu!

Pero los hombres vacíos, más que de conocimientos, de espiritualidad, empezaron por no creer

en quien se iniciaba como un ángel cuando supieron que traía una misión de tanto bulto y responsabilidad. No podían comprender cómo se puede abrazar una causa de liberación humana contra la fuerza inhumana oponiendo el oro de una lira al hierro de las bayonetas, el amor que canta al desamor que ruge y que atropella.

Cuba, América, Humanidad: he aquí los objetivos del nuevo cristo en promesa. Un retoño del árbol de Dios, aparecido en Cuba: eso era el muchacho con trazas de hombre que recibía en la prisión de las canteras de San Lázaro, con llagas de grilletes, el espaldarazo del destino.

El poema dramático "Abdala" publicóse en el periódico "Patria Libre", fundado por él y del que sólo se publicó el primer número. Luego, apuntó la rebeldía en una carta que él y Valdés Domínguez suscribieron, llena de reflexiones a otro imberbe mozo como ellos y atrapada por las autoridades de manera casual en un registro hecho en la casa del destinatario. Y aquí abrióse la primera página del drama que se inició con su presidio en Las Canteras de San Lázaro y terminó con su caída trágica en Dos Ríos.

De presidiario pasó a proscrito. Fué algo providencial. A España se eligió para su destierro y eran españoles los que encarcelaban, engrillaban y fusilaban en la isla irredenta.

Pero España, sin presentirlo ni quererlo, sino por misteriosa fuerza que la hacía converger al mismo fin libertador de su última colonia en América, abrió sus aulas universitarias al apóstol de la liberación de Cuba. Se inscribe en la Universidad de Madrid, mas le apremian recursos para continuar sus estudios, y cuando está a punto de fracasar en ellos por insuficiencia de estipendio, sobreviene lo inesperado: la deportación de su amigo Valdés a Santander.

Valdés era hijo de padres ricos. Martí de padres muy pobres. El amor a Cuba los unió desde aquella histórica carta de su adolescencia, y el destierro los unía más aún en territorio español. Entonces arribaron a Zaragoza, en cuya Alma Máter obtuvieron sus grados universitarios. Martí salió de aquella almáciga de conocimientos con dos licenciaturas: en Derecho y en Letras Humanas. Eran nuevas armas para su pluma de escritor y su verbo de orador, que ofreciales la docta institución docente; medios de lucha más poderosos que las armas propiamente dichas, al servicio de su causa redentora.

Y todo aquello habíalo de España, contra la que se proponía arrancarle, como perla de su corona, la independencia de Cuba. Con este equipo de sabiduría, de intuición disciplinada y de arrestos obedientes al freno de la lógica, desató el hilo de sus ansias andariegas llamado a ser madeja de grandes acontecimientos, y estuvo en Francia, México, Centro América, Estados Unidos, las Antillas y la América del Sur, con la pluma y la voz abriéndole camino al pensamiento.

La patria dominicana se le abrió fraternalmente en recursos de hombres, armas y dinero. Al arribar a ella visitó hombres ilustres y centro de cultura en la capital, Santiago, La Vega, Puerto Plata, Montecristi, Baní, Azua, Barahona y otras importantes poblaciones. Las sociedades Amigos del País y Amantes de la Luz, de Santo Domingo, hoy Ciudad Trujillo, y Santiago de los Caballeros, respectivamente, le brindaron sus tribunas. Hasta españoles conscientes de la justicia de la causa aveníanse a escucharlo con reverencia, porque en rigor, el héroe no atacaba al noble y levantado pueblo español, sino a equivocados y obcecados gobernantes. No ofendía a la Madre Patria, sino que pedía patria y libertad para la hija digna de alzar sobre su suelo una bandera.

Por eso, el Manifiesto de Montecristi, suscrito por él y Máximo Gómez como el credo de la revolución liberadora de Cuba, es documento que parece dictado por el propio Jesucristo —de tan lleno de amor como se halla— a cubanos y españoles que se opusieron a que Cuba fuera libre. No se ha ponderado lo bastante en sus grandes lineamientos ideológicos tan levantado documento, donde una filosofía de la acción desprendida de uno de los cerebros mejor calificados en doctrinas de sabiduría moral, cual era el de Martí, vació en esa página única en su clase un nuevo evangelio de justicia, de derecho y de amor a la patria y a la humanidad.

Educadores, periodistas, escritores, hombres de armas, ganaderos, agricultores y obreros en general, volaron a Cuba tras el Manifiesto de Montecristi después del desembarco por Playitas de Martí, Gómez y cuatro bravos más en territorio cubano.

Federico Henríquez y Carvajal, maestro de varias generaciones y primer presidente que fué de esta Academia de la Historia, mereció ser llamado, por su alta contribución a la causa de Cuba, el Hermano de Martí. Y Manuel de Jesús Peña y Reynoso, maestro también de varias generaciones y fundador de la histórica Sociedad Amantes de la Luz, hoy Ateneo del mismo nombre, voló también a Cuba al igual que

Modesto Díaz, Marcano, Lorenzo Despradel, Marcos del Rosario y otros tantos, donde llegó a ser Coronel del Ejército Libertador.

Todo allanóseles a tales respectivos genios de la pluma y de la espada. Gómez y Martí, como por determinismo providencial, según advierte Max Henríquez Ureña en su bien documentada conferencia sobre Historia cubana, pronunciada en la Sociedad de Conferencias de Santiago de Cuba, y justo es que, en el Centenario del nacimiento de Martí, la Academia Dominicana de la Historia, fundada por el Presidente de la República, Generalísimo y Doctor Rafael L. Trujillo Molina, por decreto del 23 de julio de 1931 para favorecer los estudios históricos dominicanos y de toda la América, rinda al insigne apóstol de la libertad, en el centenario de su nacimiento, merecido tributo a su memoria esclarecida.

JUSTICIA

El ideal de patria es algo que está muy hondo en el alma individual y en el alma colectiva. Los que pretenden reducir la intensidad del patriotismo, ponerle límites al nacionalismo, frenar el sentimiento doméstico en favor de una órbita mayor de casa propia y de nativo suelo con diversos nombres de buena resonancia en la acústica de otro ideal de expansividad de lo llamado mío y nuestro en el concepto geográfico e histórico, o sea de escenario y de vida, de entidad y de ambiente, de naturaleza y de cada porción del espíritu total obligado por ley de acomodamiento a determinada porción también de la naturaleza universal, se desentienden en cierto modo de una realidad rebelde a toda ley de expansionismo que no la tenga en cuenta como centro vital de toda evolución del espíritu cívico hacia una patria mayor en el sentido internacional al servicio de la paz.

Lo que se necesita, por más que se lucubre en concepciones sobre tan primordial asunto, no es otra cosa que tratar de resolver este problema, sencillo, claro y patente a la mirada del más lego de intelecto; el trato justo a cada individuo y a cada pueblo constituido en nación o que lucha por darse una personalidad nacional. Y más concretamente aún: que haya justicia!

Todo en este punto viene a ser una simple y llana cosa: justicia, término fuera del vocabulario filosófico y que representa todo el contenido de humanitarismo político y social que anda por ahí en fórmulas, comprimidos metafóricos y programas de acción, pero sin concreción a determinado fin práctico.

MAESTROS DE MARTÍ

Martí tuvo dos grandes maestros, personal el uno: Rafael María de Mendive ya mencionado; impersonal el otro: el dolor inmenso de su pueblo sometido. Este doble magisterio hizo de él el más grande maestro y el más grande apóstol americano de su época.

Y he aquí otro caso misterioso de favor divino en la causa de Cuba contra España: el apóstol y mártir de esa causa es fruto de matrimonio español: hijo de padre valenciano, Don Mariano Martí, y de madre canaria, Doña Leonor Pérez. Pero vino al mundo en Cuba y es ésta la madre mayor a quien debía otro amor más entrañable de hijo y por la que se dispuso dar la sangre que recibió de su otra madre, con tal de verla libre.

Así, hijo de españoles, graduado en una universidad española y defendiendo desde tribuna española el derecho de Cuba a la propia determinación, no puede menos de explicarse la sublime sentencia de Monseñor de Meriño en la apoteosis de Juan Pablo Duarte: "El Señor franquea la vía a los acontecimientos que preside la justicia".

EL AMIGO

Tan grande como el amigo Mendive, en cierto punto, era para Martí su condiscípulo Valdés. En toda lucha por los derechos humanos o por reivindicaciones necesarias y justas, hay el amigo pleno e irrefractable. Un amigo es siempre, por designio supremo, la sombra de bondad a toda firme luz. Todos los predestinados a grandiosos hechos lo han tenido. Como el Horacio de Hamlet, así el Valdés de Martí. Los dos nombres unidos en una carta revolucionaria se vieron unidos también en Madrid. ¿Qué mano misteriosa empujó a Valdés a España, adonde había ido deportado Martí? . . . Y llega Valdés a Madrid cuando su amigo sufre graves privaciones. Y llega en el momento preciso en que la necesidad lo reclamaba al lado del proscrito. Valdés, rico; Martí, pobre. He ahí el índice de la misteriosa mano que desde la colonia irredenta dirige, hacia la Metrópoli opresora, al Cristo en ciernes y al cirineo prematuro.

Creo que en un nuevo monumento a Martí no deben faltar el maestro inspirador y el amigo bienhechor. La paternidad espiritual que lo orienta y la lealtad amical que lo conforta. Los dos son dignos, más que de simple mención informativa en la historia del héroe, de reconocimiento honorífico de sus respectivos méritos en el período de nebulosa del as-

tro. Ellos también compartieron, el dolor del discípulo el uno, y el dolor del compañero el otro. Los dos sufrieron de persecuciones y atropellos, como el apóstol en los momentos de su integración. Los dos fueron piedras angulares en el basamento moral del gran hombre y tienen derecho secundario de recordación objetivada en un detalle del conjunto escultural a la gloria del genio de la libertad cubana por cuanto ofrecen de valor educativo junto a él, a las presentes y futuras generaciones.

DE ESPALDAS AL ODIO

No sintió Martí odio a España. Antes bien la amaba. Por ser, como ya queda dicho, de ascendencia española, la sangre hispana cercábale con obstinada persistencia, por lo que pudo decir al periodista español Julio Burell, en memorable circunstancia de que se hizo eco mi ilustre compatriota fenecido Federico García Godoy, que "tenía alma española, nombre español, gustos españoles y profundo amor a los libros españoles que habían caldeado su espíritu con el espíritu de España, y agrega con agudeza de verdad y de intención: "Yo que entre ustedes soy aquí un igual, un compañero, un amigo, allí soy un extranjero, viviendo en tutela, sometido, sospechado: con todas las puertas cerradas a mi derecho, si pido justicia; a mi ambición, si legítimamente quiero ser ambicioso..."

Y concluye diciendo el periodista español que nos ocupa, que aquel joven enclenque que declaró ser separatista en el ateneo de Madrid sin lograr ser escuchado ni tenido en cuenta, "representaba para España el destrozo de su ejército, el hundimiento de dos escuadras, la pérdida de millonadas de pesos y de un imperio colonial, de que ella se lamenta como producto de una verdadera catástrofe."

Y es que Martí era muy grande para poder sentir odio a España, ni siquiera de los que deshonraban a España con sus actos en Cuba. En el apostolado legítimo no caben bajas pasiones, ni ruines concupiscencias. El ideal es puro como el sol que, si quema, es para confortar y fecundar.

MARTÍ Y LA MUERTE

Martí —al decir de su biógrafo Andrés Iduarte— creía en la utilidad de la muerte heroica. Admitía la conveniencia de morir por la causa y con la causa redentora como circunstancia favorable al triunfo de la misma por la supervivencia que había de asegurarle a ésta el martirio del que abnegadamente la abrazaba. "Yo —decía— creo en ella como

en la almohada, y la levadura, y el triunfo de la vida". Es criterio bastante generalizado el suponer que no basta al héroe de una obra de redención la heroicidad de concebirla, crearla y consagrarse a su realización, sino que debe inmolarse en ella, como si le fuera indispensable so pena de que se malograra.

Tan firme es la opinión de Iduarte respecto de que Martí mantenía esa creencia en la "fuerza de los muertos", como también se la designa, que juzga pertinente una aclaración para que no se la confunda con la vocación al suicidio.

El no creyó, ciertamente, que le había llegado su hora nona. No alentó la convicción de que debía y tenía que morir como exigencia de su causa. No hermanó redención y martirio en su concepción del Apóstol, ni les dió ligazón en su credo de libertad. Y viene en apoyo de este aserto, lo afirmado por Américo Lugo, de que Martí "libertó a Cuba no por mero patriotismo nacional, con todo y no haberle superado nadie en este sentimiento, sino por su inmenso amor a la humanidad, del cual su americanismo y su cubanismo son luminosísimo reflejo".

En efecto, no finalizaba, con la independencia de Cuba, la misión de Martí, pues que el separatismo era sólo un aspecto, luminoso y grande, de la misión total. Los cristos, nunca lo son de determinada porción humana, sino del género humano. El primer redentor y mártir de la historia, Jesucristo, no habló sólo de liberación de una parte del mundo, sino del mundo entero, y si anunció su próxima muerte, imbuido en profecía, no se propuso ser mártir de obra.

Yo, francamente, no comparto esa tesis, sino que me resisto a creer que Martí la sustentara, y que su muerte, en la forma acaecida, respondiera a esa necesidad de inmolación heroica que me sabe a sibaritismo de tipo necrológico. Un examen de las fisgas y diatribas de los envidiosos de tan gloriosa vida, diría la última palabra.

El propio Martí no hizo ningún razonamiento de peso para probarlo. Lanzó simplemente, en sus momentos de indignación cívica ante la incompreensión de sus menguados detractores, frases que no dejaran traslucir su verdadero origen. Tuvo por conveniente demostrar que no era sólo batallador en el campo de la docencia, en la tribuna periodística, en la palestra del verso y en la epístola revolucionaria, y de ahí el error que lo condujo irreflexivamente a la muerte. Sólo le faltó para ser un Cristo la serenidad para afrontar la burla. De lamentarse es que le faltara tan divino recurso, porque así no hubiera muerto tan a destiempo, cuando todavía estaba su

verdor de actividad valiente y generosa para continuar su apostolado. Pero recalco: no concibo que Martí creyera en la utilidad de la muerte heroica.

Por la misma razón no valorizo como actitud ejemplar la dieta de hambre como protesta por privación injusta de libertad u otra forma de atropello a la dignidad humana, que sobre no desarmar a los autoritarios pone en grave peligro la salud de las víctimas y acaba por ser forma de suicidio incompatible con la elevación de espíritu propio de todo buen cristiano.

A Martí se le juzga demasiado por frases libres que corren en escritos trazados a la ligera en el profuso discurrir de su elocuencia, frases que le inspiraron sucesos y emociones del medio que fué escenario de su obra.

Es común extraer de ellas conclusiones peregrinas respecto de su psiquis, que podrán caricaturizarle pero no retratarle, aun cuando no haya en la pluma para el retrato moral lo que en el lápiz para el retrato físico.

Una reacción momentánea a una incompreensión desagradable arroja poco dato al ojo escrutador del retratista de almas, que mira a veces sombras donde sobre la luz. Se falla, por lo común, en la visión del contraste, mayormente si el héroe del enfoque es un elegido del arte. Y Martí, mago del verbo olímpico, fué víctima de trazos apasionados con mal ojo y pulso falso hechos en una equivocada apreciación de los claroscuros de su heroica vida.

Lo superficial y circunstancial no puede aprovecharse para dar juicios acerca de personajes y de pueblos. Los juicios han de basarse en lo profundo y permanente de sentimientos y de ideas, de resoluciones y de hechos. José Enrique Rodó dijo en *Motivos de Proteo*: "Cada uno de nosotros es, sucesivamente, no uno, sino muchos". Las reacciones que los hechos nos producen no son siempre las mismas en presencia de esos mismos hechos, sino diversas, y esta verdad debe serle familiar a la crítica.

Las discrepancias entre críticos y panegiristas martianos en torno a determinadas manifestaciones psíquicas de Martí, son hijas de lo mismo.

Martí se quejaba a veces. Toleraba, pero pegaba con la razón de sus severos juicios, y en ocasiones solía manifestar pesimismo; pero éste no le desalentaba en su fervor. De él podía decirse lo que Cristóbal de Castro, en su libro "Vidas Fértiles", de Joaquín Costa, el afirmar, contra los exégetas, "que el llamado pesimismo de Costa no era, según ellos interpretaban,

literatura personal y enfermiza, sino tradicional y saludable, agregando que sus quejas no encarnaban ayes, sino truenos. Y sus orígenes no nacían de él, sino de las entrañas nacionales."

Martí reflejaba, en su dolor, el de su amada Antilla irredenta, y con él, el del resto de América, ya separada del coloniaje, pero con la colonia mentalmente presente en los albores de nuevos rumbos hacia una independencia de su espíritu. Nada extraño, pues, su condición psíquica de "inadaptable", que ve en él el doctor Joaquín Martínez Sáenz y Antonio Martínez Bello, buscando fuera de él mismo, con la propia lumbre interior en generosa extraversión de su espíritu, por lo que le llama el primero el "Inadaptable Sublime".

Y sorprende que un hombre de excelsitud y de excepción como él era, que pasó por las mayores pruebas de lo trágico de la vida con hidalguía conmovedora, y que cuanto más riguroso el examen aplicado a su vida y obra más puro sale del estudio de su personalidad, no tuviera la sonrisa filosófica y la indiferencia elegante para con los apedreadores con invectivas, de que no están exentos los apóstoles.

Porque la verdad es que Dos Ríos se interpuso al saldo de promesas, al balance de futuro que la inquietud del Nuevo Mundo no podía menos de esperar de un sembrador tan eminente, que se olvidó frente a la brutalidad de los celosos de su gloria, de que había afrontado demasiados peligros en su alta empresa de cada hora de su heroica existencia para que, abstraído en la extraña idea de que debía ser el que más se arriesgara y se expusiera en cada detalle de la acción, volara locamente al encuentro de las balas enemigas contra la orden de su jefe militar para dejar constancia, no a los españoles contra quien peleaba, sino a los cubanos que le detractaban tildándolo de que sólo sabía enviar hombres a la contienda sin atreverse a contender, de que sabía afrontar el peligro y desafiar la muerte. De ahí este cuarteto dictado por su amor propio herido:

"No me pongan en lo oscuro
a morir como un traidor:
yo soy bueno, y como bueno
moriré de cara al sol!"

Dos Ríos es, bien mirado, un dolor eterno. La muerte no fué a Martí sino que él fué a la muerte. No se la dió, ciertamente, pero la deseó y la buscó, y al hallarla, se perdió con él, prematuramente, todo lo que le faltaba por hacer, que no era poco.

Juzgándolo así don Fidelio Despradel, de ilustre memoria, fué el primero, sin duda, que, lamen-

tando tan irreparable pérdida, dijo desde una de las páginas del "Album a un Héroe", publicado en el País en 1896 en memoria de Martí y a iniciativa de Federico Henríquez y Carvajal, Néstor del Prado, Jaime R. Vidal, e Ignacio Alomá, lo siguiente: "Su muerte, ocasionada por un exceso de amor propio, es acaso el único cargo contra aquella vida preciosa consagrada toda entera al cumplimiento de altos deberes. Dió su vida a las balas españolas en momentos en que más debía vivir para bien de la revolución que su honrado esfuerzo supo llevar a los campos de Cuba".

Esa muerte prematura, no madura como he leído en uno de sus biógrafos, surgió en el más inquieto momento americano, aquel en que América, en el verdor de sus triunfantes luchas independentistas, vivía el ciclo dramático de ensayos y titubeos por el logro del perfil real y definitivo que había de dar a su sueño de futuro como principio de la segunda cruzada en su liberación de los moldes espirituales heredados de la madre colonizadora. Momento crítico en que su nombre, con resonancia ya continental, brillaba no sólo como un valor de primer orden en el campo del pensamiento libre, sino como un escritor de raza, con reluciente estilo propio que le colocaba al lado de Sarmiento, Hostos, Montalvo, Rodó, Justo Sierra, González Prada, Cecilio Acosta y otros contemporáneos suyos, que veían en él la figura llamada a completar en América la exclusión del coloniaje español, en su colosal esfuerzo por liberar a Cuba de la tutela que todavía pesaba sobre ella.

Cita Iduarte también, en apoyo de su tesis, el siguiente párrafo tomado de Fernando de los Ríos en su "Significación de lo humano en Martí": "Como en los grandes místicos y en contraste en esto con Unamuno, —decía de los Ríos— la muerte es para él la yema apical de todos los deseos...; a veces se siente cómo fluye a través de sus palabras el "muero porque no muero"... Yo no conozco nada, en efecto, comparable con estas palabras de Martí, salvo en la mística del siglo XVI y del XVII".

Pero este pasaje de De los Ríos dista mucho, a mi ver, de lo que se quiere hacer pasar en Martí como un misticismo conforme al cual el apóstol de una causa redentora debe abrazar la necesidad de la muerte heroica como medio de asegurar el triunfo de la misma, por aquello de "a tal vida, tal muerte".

Quería morir la célebre religiosa y poetisa española Teresa de Jesús de muerte natural o de cualquier modo que viniera la muerte, no importaba cómo ni cuándo, en su místico desposorio con Dios dentro del estado de perfección religiosa que envolvía

su alma alejada de todo lo mundano. Martí, por el contrario, ansiaba muerte trágica, "de cara al sol", como decía en forma de vaticinio poético.

Por más que se pretenda alejar la muerte prematura e innecesaria de Martí del verdadero y único motivo de ella, cual fué lo de dejar constancia heroica de su virilidad y de su actitud firme y resuelta ante el peligro, para desautorizar de tan patente modo a sus menguados detractores, que lo tildaban de cobarde, su muerte no tuvo otro motivo que el de la expresa reacción a la invectiva de sus gratuitos detractores.

Pruébanlo estas palabras salidas de sus labios cuando le zaherían innoblemente, y que Iduarte recoge en las páginas de su consabido libro: "Es cosa, si no fuera por la piedad, de ensartarlos en un asador, y llevarlos, abanicándose el rostro indiferente, a ver morir, de rodillas, al héroe de oro puro e impecadero... Hay que ir adelante, para bien de los egoístas, a la luz del muerto". La dureza dramática de los términos denuncia el escozor de la herida entre el intento de tolerancia o de piedad como de lirio sobre cardos. Y es que según ya dijimos, sólo le faltaba a Martí para ser un cristo la serenidad para afrontar la burla.

OTRO INTERESANTE ASPECTO DEL APOSTOL

Hasta en sus propios medios de expresión se observan atrevimientos de independencia verbal frente a las exigencias del código lingüístico, con que parece romper ciertas leyes idiomáticas.

Ya esto sabe a americanidad más que a humanidad en su sentido de letras humanas, y consecuentemente, a libertad e independencia de un heterodoxo, en cierto modo, del idioma, revolucionario por necesidad de reintegración total del mundo americano.

Y es que Martí trasladó a su prosa valiente, original y responsable, el trópico que abraza a Cuba y a buena parte de la América Central y a porciones del Septentrión y el Mediodía americanos; el trópico, donde alternan con el fuego de las horas más crudas del ambiente, el frescor de los momentos apacibles de la naturaleza en esta zona, y por eso es a veces tormentosa y a ratos dulce y sosegada la prosa de este orador y escritor que si no fué purista en toda la extensión de la palabra, fué puro en toda la elasticidad del vocablo, ya que el hombre y apóstol que había en él lo fueron en grado excepcional.

Y es que en Martí, la revolución político social por una Cuba dueña de su destino y una América con perfil definido y diferenciado con fisonomía y características propias, sin renunciación, claro está, de sus fuentes originales de vida, de civilización y de cultura, se echa de ver hasta en la estructura misma de sus medios expresivos. Figuras de pensamiento y modos de exteriorización responden en él a necesidad y sentido americanos, o más concretamente aún, a modos de ser y de luchar armónicos con naturaleza, población indígena y diversidad de condiciones ambientales incompatibles con patrones de vida de otros medios, traídos por el conquistador y el colonizador.

La observación de Jorge Mañac, citada y comentada por Andrés Iduarte en su libro "Martí Escritor", respecto de que en la literatura martiana lo humano está por encima de lo humanístico, es exacta. Fué el precursor de Rubén Darío, como se ha dicho, y abogo en esa creencia, con la que el propio autor de "Azul" estuvo de acuerdo, si no fué el primero en decirlo, lo cual no quita a Darío su derecho de creador del modernismo literario en América, que nadie le discute.

Para ser, según el retrato moral de Martí por Américo Lugo, "hermano de todos los hombres" y "magnánimo con sus enemigos", hay que ser apóstol. Cuando Lugo afirma de Martí que no sintió odio, reafirma más su apostolado. El apóstol es la negación de toda animosidad. Pero cuando puntualiza que era "humilde con los humildes", debió haber dicho que con todos, fueran o no humildes, porque todo legítimo apóstol es humilde a todas horas, y de ahí que José María Capó le llamara "el genio humilde". Tan humilde era que el propio Lugo descubre en aquella vida un candor angelical, y en el candor hay humildad.

Era un maestro y tenía que serlo. ¿Habría apostolado posible sin magisterio? Y fué poeta. El poeta es el divino punto de apoyo del maestro. No pensó en sí mismo sino en los demás. Otro rasgo característico del apóstol. "A América me debo", frase suya, pero en particular se debía a Cuba, de la que era hijo, y esto rezuma apostolado. Ningún apóstol, en rigor, lo es fraccionariamente sino en total y de lineamiento universal. No sintió odio porque en el apostolado no cabe el odio sino el amor.

Y Martí no sólo tuvo una conciencia americana, sino que fué un concienzudo creyente en la unidad americana en forma de convivencia, y un actuante de primer orden en favor de ella, con tanto sentido de su necesidad como Bolívar, y acaso más radical en su concepción y en su constante declaración de

esa necesidad como el medio más seguro de la supervivencia americana, porque Martí se entregó plenamente a ese ideal y no se desilusionó jamás.

Bolívar tuvo un escenario político mayor, como hijo del Continente. Martí un escenario político muy limitado, como hijo de una isla. El campo insular, en los tiempos en que el mar dividía y era el aire infranqueable, ofrecía pocas facilidades a los hombres de vocación para redimir pueblos.

Martí no era la espada, sino la idea revolucionaria. No podía dirigir ejércitos; pero sabía ganar adeptos a la causa, sumarse voluntades, convencer con la palabra, dar fe con el ejemplo, formar conciencias con su vasto saber y su elocuencia extraordinaria; contagiar con el magnetismo de su sensibilidad y de su carácter. Nadie ataba cabos mejor que él, ni poseía dialéctica más firme para decidir o disuadir a titubeantes y a equivocados. Y nadie más agudo y previsor en los medios de hacerse de prosélitos. ¿Qué no habría sido, después de hecha la patria y creada la República, aquel prodigio de hombre para Cuba y para la causa de la unidad americana?

Está todavía presente, y lo estará por mucho tiempo sin duda, en la necesidad suprema de integración americana con perfil hemisférico original, característico, propio y definido, y con un amplio espíritu de convivencia ajustado sólidamente a la razón humana y jurídica, ya delineada y con nombre de Derecho Americano, aunque inseguro todavía.

Su muerte privó a la patria recién nacida por obra de su esfuerzo creativo, del segundo aspecto del padre, que es el que no termina con el nacimiento del hijo, sino que recomienza frente a la cuna que se abre y al vástago que cae en ella como grano en el surco. El padre tiene una función de maestro que cumplir y es la misma paternal pero con nombre de magisterial. Apostolado es paternidad. De un ideal primero y de la realidad de ese ideal después, y Martí no podía creer que lo daría todo cuando le naciera la patria, y que por consiguiente debiera morir con la criatura. Era muy grande para avenirse a tal creencia. Todavía está muy fresca la historia de su vida, elaborada muy a la ligera, y de ahí los juicios prematuros que han de pasar por el crisol de la serenidad antes de darlos como definitivos. Al prócer se le mira aún con fogata, y se le verá mejor cuando lá llama se apacigüe, que es cuando mejor alumbra.

MARTI POETA

Martí poeta ofrece un interés especial al estudio de su vida y obra desde un punto de observación

sobre el cual no he visto nada hasta ahora en lo que llevo leído de cuanto se ha escrito acerca de él, y es como cultivador de dos géneros poéticos que entraron en crisis en la América Latina desde época anterior a la suya y que en la hora presente son bien raros. Refiérome a la copla y al romance.

La mayor parte de su obra poética está vertida en coplas. Véase el ensarte primoroso de cuartetos, en su mayor parte serventesios y redondillas en que sacó a relucir estados de alma:

Yo soy un hombre sincero
De donde crece la palma,
Y antes de morirme quiero
Echar mis versos del alma.

Yo sé de Egipto y Nigricia,
Y de Persia y Xenophonte;
Y prefiero la caricia
Del aire fresco del monte.

Callo, y entiendo, y me quito
La pompa del rimador;
Cuelgo de un árbol marchito
Mi muceta de doctor.

Con los pobres de la tierra
Quiero yo mi suerte echar:
El arroyo de la sierra
Me complace más que el mar.

Yo quiero salir del mundo
Por la puerta natural:
En un carro de hojas verdes
A morir me han de llevar.

No me pongan en lo oscuro
A morir como un traidor:
Yo soy bueno, y como bueno
Moriré de cara al sol!

Cuando en brazos de la cruz
El hombre morir resuelve,
Sale a hacer bien, lo hace y vuelve
Como de un baño de luz.

Duermo en mi cama de roca
Mi sueño dulce y profundo:
Roza una abeja mi boca
Y crece en mi cuerpo el mundo.

Yo tengo un amigo muerto
Que suele venirme a ver:

Mi amigo se sienta y canta:
Canta en voz que ha de doler.

Yo quiero, cuando me muera,
Sin patria, pero sin amo,
Tener en mi tumba un ramo
De flores, y una bandera.

Muestra este rosario de cuartetos el recurso de la epifonema de que se sirvió en los dos últimos versos de cada estancia, con el mismo extraordinario acierto con que usó tan bella figura el mexicano Díaz Mirón en su poema "A Gloria", diferente tan sólo del de Martí en que aquél está compuesto en serventesios endecasílabos, y este otro, en serventesios octosílabos.

Pero no me propongo un amplio estudio de la poesía martiana, que requiere tiempo suficiente y no el limitado de que dispongo para el presente juicio; pero sirvan éstos que acerca de su originalidad como poeta he trazado para puntualizar manera tan personalísima de exteriorizar su mundo íntimo en trina comunión de luchas, alegrías y pesares. Toda suerte de amores cuadran bien en romances y coplas. Prés-tase el verso octosílabo para trazos sentimentales y efusiones de amor patrio, y en él destiló no pocas mieles y otras tantas hieles el célebre autor de "Ismaelillo" y de "Versos Sencillos", libros que acreditan una personalidad poco común, la del que sabe desnudar su alma presentándola en mayor grado de hermosura que adornada con las mejores prendas del lenguaje.

Como corriente cristalina cuya falta de espuma y hojas de sobrenado permite ver mejor el fondo en que se asienta, así su poemario pleno de sencillez, y, donde se siente al Martí niño que no logró jamás estrangular al Martí hombre manifestado en relámpagos de frases sublimes y truenos de noble rebeldía en oraciones dignas del gran revolucionario y apóstol de la causa independentista de Cuba y del perfilamiento de América con espíritu, genio y características propios dentro del más amplio sentido de convivencia de todos sus pueblos.

Martí señoreó diversos géneros de la pintura y la armonía verbales, pero donde más y mejor lució su señorío fué en los de lírica menor, que no llegan al endecasílabo. Y fué en ellos donde cantara con acento divino. Son las medidas de la naturalidad en poesía y él se avino a ellas para desatar su fluidez de manantial, al par que su ternura de niño grande para con la grandeza de la pequeñez infantil.

En octosílabos hermosos supo encerrar a la mujer, al niño y a la patria vivida en sus sueños de pa-

tríota. El romance le brotaba fácil y armonioso, la copla le salía libre de ripios, desde la forma tetrástica hasta la septina o seguidilla.

Algunas de esas coplas son mezcla brillante de fantasía y filosofía, como las siguientes, de sonoros epitasílabos con quebrados pentasílabos:

“Dígame, mi labriego,
cómo es que ha andado
en esta noche lóbrega
este hondo campo.

Dígame de qué flores
untó el arado,
que la tierra olorosa
trasciende a nardos.

Dígame de qué ríos
regó este prado,
que era un valle muy negro
y ora es lozano.

Otros, con dagas grandes
mi pecho araron:
pues, ¿qué hierro es el tuyo,
que no hace daño?

Y esto dije, y el niño,
riendo, me trajó
en sus dos manos blancas
un beso casto.”

Y es en versos sencillos e ingenuos en los que Martí expresa estas dos virtuosas elegancias de espíritu: correspondencia y tolerancia, la primera, de jurisdicción humana solamente; la segunda, de jerarquía humana también, pero en una evolución avanzada de lo humano a lo divino, como se echa de ver cuando dice:

“Cultivo la rosa blanca
en mayo como en enero
para el amigo sincero
que me da su mano franca.

Y para aquel que me arranca
el corazón con que vivo,
cardo ni ortiga cultivo:
cultivo la rosa blanca!”

Y es otro magnánimo exponente de la psicología de Martí su confesión de gratitud al Verso como al abnegado amigo que acudió siempre a su llamada sin abandonarlo un solo instante. Con este poe-

ma, del cual tomo solamente cinco redondillas maestras, quiso él exteriorizar tan caro sentimiento de su alma. Y se me antoja un doble tributo suyo a cuantos, cubanos y extranjeros, fueron leales, en la persona de él, a la causa de la independencia de Cuba, y que, siendo tantos, ideó rendírselo tomando el verso únicamente de pretexto de la noble canción de gratitud. Helo aquí:

Yo te quiero, verso amigo,
porque cuando siento el pecho
ya muy cargado y deshecho,
parto la carga contigo.

Tú me sufres, tú aposentas
en tu regazo amoroso,
todo mi amor doloroso,
todas mis ansias y afrentas.

Mi vida así se encamina
al cielo limpia y serena,
y tú me cargas mi pena
con tu paciencia divina.

¿Habré, como me aconseja
un corazón mal nacido,
de dejar en el olvido
a aquel que nunca me deja?

Verso, nos hablan de un Dios
a donde van los difuntos:
verso, o nos condenan juntos
o nos salvamos los dos!

Respeto lo que altos valores de juicio y de gallardía estética como Rubén Darío han dicho acerca de que lo mejor de Martí en verso se halla en los poemas de sabor modernista que siguieron a los de sus libros “Ismaelillo” y “Versos Sencillos”, pero no lo comparto. Creo que el poeta está más de cuerpo entero en esos tiernos cantos que le inspiró la infancia y algo de su vida íntima, que en los demás, donde se familiariza con el endecasílabo y canta en versos blancos; con tanta razón cuanto que, lo que anda en labios de cultos y en boca de rústicos, son los poemas breves, que esparcidos ayer en su periódico “Edad de Oro”, hacen de oro todas las edades.

Pero sean los primeros poemas de sabor clásico, o los segundos, de sabor modernista, los que mejor hablen de Martí poeta, la verdad es que donde su vuelo lírico se remonta a colosal altura es la prosa, reflejo vivo de su pensamiento y de sus actos, en donde pueden verse refundidos admirablemente vida y obra, hombre y artista, y que vale más en qui-

lates de originalidad, vigor de colorido y hermosura estilística, que mucha riqueza lírica en versos primorosos al calor de la música épica y el fuego heroico de la pasión inspirada por el amor a la libertad.

Y en rigor de verdad, la poesía de nervio y de substancia vital digna de su consagración como inmortal no ha menester del verso como su patrón oficial para que valga como exaltación poética pura.

SU PATRIOTISMO INTEGRAL COMO BASE DE SU ENTEREZA EN EL APOSTOLADO

Martí no admitía situaciones a medias, contemporizaciones peligrosas y transacciones de ningún género por pequeñas que fuesen en punto a su ideal y a su causa. Era en esto la inflexibilidad personificada. Transigir, perjudicando de algún modo el propósito trazado y el honor de seguirlo sin doblez, tenía por un crimen. Esta característica suya arroja un dato primo al análisis de su personalidad.

Isidro Méndez, en su *Estudio Crítico-Biográfico* acerca de Martí, recoge de una carta de éste a Gómez, a fines de 1894, el breve párrafo siguiente: "El hijo que tengo, si me le falta a su país, o me le engaña u obscurece, ni es mi hijo, ni lo defiendo contra mi patria" y recoge, por igual, este otro de la madre de Martí a su hijo: "Si tanto te he dicho siempre que debías moderar tus ideas, por amor a los tuyos..." queja maternal que el hijo no impugna y del que Méndez dice: "Sabe que falta a un deber menor, y con la pasmosa ingenuidad del auténtico héroe lo pone al deber mayor".

Todo esto me sabe a Jesucristo en aquel pasaje bíblico de las Bodas de Caná de Galilea cuando expresa a su madre allí presente, respondiendo a lo que le había dicho sobre la carencia de vino en dichas bodas: "¿Qué tengo yo contigo, mujer? Aún no ha llegado mi hora", y en aquel otro pasaje relativo a la reconvención de sus padres cuando le encontraron en el templo entre los doctores de la ley tras de haberlo buscado en vano durante varios días: "¿Por qué me buscábais? ¿No sabíais que me conviene estar en los negocios de mi Padre?"

La Patria lo reclamaba todo, y Martí lo sacrificaba todo por la Patria, la familia inclusive si ésta le era hostil a sus sueños y a sus ideales de patriota.

Buscaba hombres, no para sacrificarlos por un interés propio, sino por el interés de todos. Recavaba dinero, no con los ojos de la propia ventaja, sino de la ventaja común. Buscaba armas que no habían de servirle de estímulo a una ambición individual, sino

a una ansia colectiva. Su yo estaba subordinado a la pluralidad en todas las situaciones, y sólo cuando tenía que defenderse de injustos cargos venidos de la incomprensión, o responder por la causa que se combatía en su persona, hablaba en nombre de sí mismo. Entonces, como Cristo, apelaba al *Ego Sum*, y lo hacía con elegancia nazarena.

En Cuba no tenía un solo título de tierra, ni él ni su familia, pero quería salvar de extraños señoríos a la tierra cubana, que era su tierra por derecho de cuna y le pertenecía en propiedad de amor y de dolor.

La palabra *todos* es de una fuerza extraordinaria y única en Martí, y así dice en versos refiriéndose a la república:

"Con todos se ha de fundar para bienestar de todos."

DEL AMOR AL NIÑO

Dicen algunos de sus panegiristas que siempre fué un niño. Nunca lo fué. No vivió la niñez. Su precocidad por un lado y por otro la necesidad apremiante de producir antes de tiempo para ayudar en la economía casera, impidiéndoselo.

Nunca pensó como un niño, ni actuó como un niño. Desconoció el juego, ley de la infancia; y la alegría, medio natural de la niñez; y la risa, defensa natural de la salud. Tuvo la edad del niño, sí, y el cuerpo del niño, y el alma del niño, pero no fué un niño.

Es hecho innegable que si el hombre se adelanta y la adultez manda antes de tiempo, el niño se retrasa, cuando no queda malogrado definitivamente, y esto último hubiera acontecido en el caso de Martí a no haber nacido poeta y maestro. Son el poeta y el maestro en Martí los que suplieron en la vida adulta del prócer y maestro cubano la estrangulación de su niñez, y de ahí el niño grande que todos palpamos en su vida y obra que muestran, como una reivindicación, magisterio y poesía.

¿Y quién amó a los niños más que Martí? Sólo Jesucristo le aventaja en ese grande amor a la aurora humana de la vida, y es porque en Cristo se da también el caso de un hombre que no vivió su niñez, de un precoz inmenso que a la edad del dulce juego se hallaba en plena madurez, perseguido desde la cuna por Herodes y en huida a Egipto cuando no podía tener conciencia del peligro que le amenazaba.

Pero Cristo era también poeta y maestro. El su-

blime Poeta del Evangelio, que inspiró a Salomón el Cantar de los Cantares, y el Divino Maestro de todos los tiempos.

Precisamente, por no haber sido nunca niño se ocupó tanto en la niñez. De la hiel de su amargura le nacía la miel con que debía endulzar las horas de los niños cubanos incapaces de comprender la desgracia que pesaba sobre su amada tierra. Por eso endulzábales los labios con dulces que no dejaba de llevarles diariamente, y el corazón con el alimento espiritual de "La edad de Oro", la revista juvenil que fundó para regalo de los que tenían derecho a gastar el oro de su edad, que el tiempo ofrece al niño para

que lo disfrute plenamente y sólo al tiempo le corresponde arrebatárselo.

¡Y qué grande era así ocultando su dolor a quienes ni naturaleza ni destino les habían anticipado la amargura con la rebeldía de la precocidad!

Cierro mi ligero estudio sobre el apóstol José Martí con estas consideraciones acerca del poeta y el maestro de figura tan excelsa de la historia americana, por haber sido uno y otro los primeros en manifestarse en su grandiosa vida, y los que con más hondo arraigo están presentes con brillo singular en la diadema inmarcesible de su gloria.

JOSE MARTI

Al ilustre publicista, orador y americanista dominicano D. Federico Henríquez y Carvajal a quien Martí y Hostos tuvieron por hermano.

La refriega de Dos Ríos fué una caída continental. Hasta yo, el último de los dominicanos, al saber la muerte del más grande de los americanos de su época, sentí que alguna cosa moría en mí. Dice Estrada que Martí era su proveedor de ideal. ¡Lo fué de toda América!

El día que Cuba, que todavía no parece darse exacta cuenta de esa pérdida, mida a Martí en toda su grandeza, sus lágrimas rebotarán el mar y sus ayes enternecerán la tierra.

Siempre pensé escribir sobre el Maestro algo que, aunque no fuese digno de él, mereciese siquiera ser leído; mas quiere el cielo señalar para un trabajo que habría querido hacer con reposo, la menos propicia de las horas.

BIBLIOGRAFIA

En 1894 empeñóse Gonzalo de Quesada en que Martí coleccionara su obra literaria, esparcida en mil periódicos logrando al fin que en el invierno de aquel año le entregara "unos recortes de *La Nación* de Buenos Aires envueltos en un ejemplar de *Patria*, que con su letra fina y franca había rotulado *Los Estados Unidos y Caracteres Norteamericanos* anotando en la cubierta los artículos que faltaban para completar

cada uno de los volúmenes." El 1º de Abril de 1895, en el momento de embarcarse en Montecristy, Martí pensó "en su papelería" y escribió sobre ello a Gonzalo de Quesada, a quien dice: "Mi cariño a Gonzalo es grande; pero me sorprende que llegue, como siento que ahora llega, hasta moverme a que le escriba, contra mi natural y mi costumbre, mis emociones personales."

"Para cumplir", pues, "sus últimos deseos y así corresponder a su noble confianza", Quesada ha emprendido la edición de las obras de Martí, de las que van publicados siete volúmenes, cada uno de los cuales es "una piedra del monumento que le ha de levantar su adoración y su gratitud".

En 1897 escribió Rubén Darío: "Un libro, la Obra escogida del ilustre escritor, debe ser la idea de sus amigos y discípulos, y nadie podría iniciar la práctica de tal pensamiento como el que fué no solamente discípulo querido, sino amigo del alma, el paje, o más bien "el hijo" de Martí: Gonzalo de Quesada."

Dice Figuerola Caneda que éste es, "sin duda alguna, quien pudiera escribir la biografía más interesante y completa de José Martí". En verdad, un conocimiento íntimo "del Maestro", el cariño que le

profesara en vida y la veneración por su memoria son partes apreciables para biógrafo de Martí en Gonzalo de Quesada, quien no ha dado hasta ahora a la estampa sobre aquél sino breves notas en que se ciñe, por lo general, a consignar "su eterno recuerdo e impercedero amor", y que desgraciadamente no nos permiten suponer en su autor las dotes de escritor que requeriría la empresa para que le señale la opinión general.

Es, desde luego, digna de elogio la obra de reparación que constituye la edición que Gonzalo de Quesada está publicando de las obras del artista excelso que, según el editor mismo, es "desconocido todavía como literato en su propio pueblo"; y no será yo quien señale en dicha labor defectos hijos de un excesivo, iba a decir irreflexivo amor, como la impaciencia que no le deja compilar con método, o la debilidad con que mira y acoge artículos que, por la brevedad o la poca importancia, no merecen figurar en volumen y que fueron efecto de las circunstancias o de momentáneo interés político. Sólo lamentaré la reproducción de *El Diablo Cojuelo* porque es punto menos que imperdonable haber puesto en ridículo un carácter austero y eminente con la publicación de chascarrillos infantiles y ajenos a la postre, pues según la autorizada afirmación de Fermín Valdés Domínguez, lo único de Martí en *El Diablo Cojuelo* es el artículo de fondo; y asimismo el grave descuido de publicar la primera parte de la carta a *La Nación*, del 22 de Octubre de 1887, que es una repetición de la última parte de la carta del 23 de Junio del mismo año dirigida a *El Partido Liberal*, porque no debió causársele a la posteridad la tristeza de ver minorada la figura de tan grande hombre por las miserias del oficio de revistero.

En los tomos II, III, IV, VI y VII de las obras de Martí, Quesada ha intercalado, a guisa de prólogos, casi todo cuanto se ha escrito sobre aquél, y que es muy poco, en realidad. Causa extrañeza que no exista una verdadera biografía de Martí: al cabo de quince años de su muerte, tal omisión acusa ingratitud de parte de Cuba hacia el mayor de sus bienhechores.

Sobre éste, *Martí y su Obra Política*, por Enrique José Varona, es el mejor trabajo que conozco, lo que no es de extrañar si se tiene en cuenta que Varona es hoy la primera mentalidad de Cuba. Entre lo demás escrito, es bello el artículo de Manuel de la Cruz, tierno el de Estrada, interesante el de Nicolás Heredia, vibrante el de Sanguily, inferior, en cambio, a la reputación de su autor, el discurso de Nicanor Bolet Peraza.

BREVES DATOS BIOGRAFICOS

Al nacer José Martí en la Habana el 28 de Enero de 1853, su padre, oficial de artillería español, se arrancó los galones para que el hijo no lo viera un solo día esclavo de nadie. Lo educó con el propósito de que fuese un hombre libre y en una ocasión le dijo así: "Por que yo no extrañaría verte peleando un día por la independencia de tu tierra." Ya para esa época, vísperas del 68, Martí, a pesar de sus pocos años, reglamentaba y presidía sociedades políticas secretas.

Rafael María Mendive fué maestro suyo. Siempre recordó aquellas noches de la calle del Prado en que recitaba sonetos del "Señor Mendive", quien le dió una vez a empeñar su reloj para prestarle seis onzas a un poeta necesitado. "Y luego yo le llevé un reloj nuevo, que le compramos los discípulos, que le queríamos; y se lo dí, llorando."

En Octubre de 1868, a causa de una carta que escribieron él y Fermín Valdés Domínguez, ambos fueron aprehendidos, juzgados y condenados a seis años de presidio. Para saber lo que era un presidio español en Cuba hay que leer el folleto de Martí titulado *El Presidio Político en Cuba*. "Era el 5 de Abril de 1870 —dice.— Meses hacía que había cumplido diez y siete años. Mi patria me había arrancado de los brazos de mi madre... Rodeó con una cadena mi pie, me vistió con ropa extraña, cortó mis cabellos y me alargó en la mano un corazón..."

Más tarde fué desterrado a la isla de Pinos y luego deportado a España, donde, ayudado por Fermín Valdés Domínguez, se recibió de abogado en 1873.

Durante esa primera estada en Madrid publicó dos folletos: *El Presidio Político en Cuba*, de fecha 1871, y *La República Española ante la Revolución Cubana*, en 1873. Además, el fusilamiento de los Estudiantes de Medicina le arrancó dos poemas: uno en prosa, que fué fijado en algunas esquinas de la ciudad en hoja suelta, y aparece firmado también por Pedro de J. de la Torre y Fermín Valdés Domínguez; el otro en verso, que lleva fecha de 1872 y título *A mis Hermanos muertos el 27 de Noviembre*. Antes de ser condenado a presidio había publicado el periódico *Patria Libre*.

En 1873 se trasladó a México, donde casó con Doña Carmen Zayas Bazán y se ocupó en el profesorado y el periodismo, redactando la *Revista Universal*. Permaneció allí hasta 1877 en que pasó a Guatemala, donde fué nombrado catedrático de la Universidad.

Al terminarse la insurrección en 1878 volvió a su patria y establecióse como abogado en la Habana, en sociedad con D. Miguel Viondi; pero, en realidad, el abogado era un conspirador.

Como era natural después de un estado de guerra tan prolongado, hubo uno como renacimiento literario en Cuba. En una velada celebrada en el Liceo de Guanabacoa el 28 de Febrero de 1879 pronunció Martí su famosa oración en memoria del poeta Alfredo Torroella.

Denunciado al fin, fué deportado de nuevo a España por el general Blanco en Setiembre de 1879. En la travesía, a bordo del *Alfonso XII*, contrajo terna amistad con el marino español D. Leandro J. de Viniegra.

En 1880 logró escaparse de Madrid y trasladarse a Nueva York, de donde partió poco después para Venezuela.

No estuvo mucho tiempo en Caracas, pero dejó huella luminosa. En el salón del colegio del Dr. Guillermo Tell y Villegas desempeñó, a instancias de la juventud, cátedra de oratoria, teniendo por discípulos a Luis López Mendes, José Gil Fortoul, Gonzalo Picón Febres y otros. Colaboró en la *Opinión Nacional* y redactó la *Revista Venezolana*, de la que sólo aparecieron dos números. En el discurso que pronunció en el Club del Comercio dijo que el poema de 1810 estaba incompleto. Pedro M. Brito González, en la reseña, dice que Martí se convirtió en "el genio viviente de la inspiración." Acababa de publicar su juicio sobre Cecilio Acosta, cuando se volvió, de repente, el 28 de Julio de 1881, camino de los Estados Unidos.

Es curioso ver cuán contradictoriamente juzgan Juvenal Anzola y Nicanor Bolet Peraza la época en que llegó Martí a Venezuela. Anzola dice "que eran días de entusiasmo dedicados a honrar héroes y enarrar virtudes"; mientras que Bolet Peraza exclama: "La época de su viaje a Venezuela era por demás adversa para hacer propaganda de dignidad y de luz."

Desde 1881 hasta que estalló la revolución libertadora, vivió en los Estados Unidos. Su planta de peregrino, sin embargo, no disfrutaba nunca largo reposo, y se le veía partir ora a México, ora a Santo Domingo, ora a Colombia; o en el crudo invierno de 1891 recorrer el Sur de los Estados Unidos predicándoles a los cubanos emigrados las bases del Partido Revolucionario que había de redimir la patria.

Su primer viaje a Santo Domingo lo realizó en 1893. Nada más encantador que el velo de modestia con que Martí habla las raras ocasiones en que habla de sí. Contando la entrevista que entonces tuvo con el general Gómez, dice: "Iba la noche cayendo del cielo argentino, de aquel cielo de Santo Domingo que parece más alto que otro alguno, acaso porque los hombres han cumplido tres veces bajo él el juramento de ser gusanos o libres, cuando un cubano caminante, sin más compañía que su corazón y el mozo que le contaba amores y guerras, descalzaba el portillo del cercado de trenza de una finca hermosa, y con el caballo del cabestro, como quien no tiene derecho a andar montado en tierra mayor, se entró lentamente, con nueva dignidad en el épico gozo, por la vereda que seguía hasta la vivienda oscura..."

De Santiago de los Caballeros fué por tierra a la Capital de la República, donde fué recibido como dominicano. En los salones de la sociedad "Amigos del País" pronunció un brillante discurso que fué contestado por el insigne escritor dominicano D. Manuel de J. Galván. Luego partió, de nuevo a Haití, no sin conocer antes el histórico lago de Enriquillo.

En Brooklyn veíanle sus admiradores y amigos, acompañado de su esposa e hijo, viviendo estrechamente, la mañana entregado a sus revistas literarias para *La Nación* o algún otro periódico hispanoamericano, la tarde dedicada a la correspondencia y contabilidad de una casa comercial, la noche, ocupado en dar clases gratuitas; pero a todas horas consagrado a lo obra patriótica que fué el ideal de su vida.

Ya en 1887 vivía en Nueva York en el cuarto piso de la casa No. 120 de *Front St.* "En el fondo del corredor oscuro estaba la puerta del pequeño aposento que era a la vez salón, dormitorio y gabinete de trabajo." Debió de ser este mismo el cuarto de que habla Martí en su artículo *Recuerdos de la Guerra* y que, poco después de su muerte, contempló Manuel de la Cruz, sobrecogido el ánimo: "No es un nido vacío, mejor recuerda una tribuna rota, un taller que se transforma en sepulcro, un relicario de memorias dolorosas..."

Es considerable la labor literaria realizada por Martí en Nueva York. Durante veinte años, colaboró en *The Sun* sobre bellas artes. Sus revistas a *La Nación* forman volúmenes. Era raro que no redactase algún periódico. Tradujo al castellano varias obras. Pronunció discursos admirables y escribió numerosos juicios críticos, juiciosas memorias y dos tomitos de versos.

En cuanto a la labor patriótica que efectuó en sus últimos años, fué mayor sin comparación que la literaria; y aun podría afirmarse que, en rigor, casi toda su actividad intelectual no fué sino una parte de su extraordinaria actividad política.

Recoger el legado terrible de las insurrecciones anteriores, derivar de estos desastres provechosa enseñanza; pesar los errores políticos de la metrópoli y su incapacidad para modificar el sistema del gobierno colonial; estudiar profundamente la naturaleza del pueblo cubano; fundir preocupaciones de raza en el fuego de fraternal amor; unir cordialmente los elementos que parecían más antagónicos; contener el ímpetu de los impacientes, animar a los desesperanzados, persuadir a los descreídos; organizar las agrupaciones de emigrados, disciplinarlas en el cumplimiento del deber patriótico, electrizarlas con la magia de su elocuencia; reanimar en lo interior de la postrada Isla el fuego casi extinto de la insurrección, propagarlo con admirable sigilo; crear recursos, constituir el Partido Revolucionario; enseñar al pueblo a ser patriota, educarlo para la libertad, adiestrarlo para la lucha, instruirlo de los peligros; investirlo de prudencia y de constancia, inculcarle los métodos republicanos, influírle el espíritu de sacrificio, galardonarlo con el decoro, inflamarlo con el heroísmo; recorrer un continente, conmoverlo, evocar sus héroes, golpear sus ruinas; arrancarle, en fin, su secreto al destino, agitar el mundo y fijar en el espacio azul la estrella solitaria con la sola fuerza de su brazo y de su genio, tal fué la obra magna, estupenda, sin igual, realizada por Martí en este período de su vida.

Cuando todo estuvo preparado y sonó "la hora natural," la revolución estalló el 24 de Febrero de 1895. Martí partió a Montecristy. Nada pudo disuadirlo de su deber de volar al seno de la patria alzada en armas. Desembarcó en Cuba en compañía del generalísimo Máximo Gómez, y el 19 de Mayo de 1895 murió combatiendo gloriosamente en Boca de Dos Ríos por la independencia de su tierra.

EL ORADOR

Su primer discurso no es, como afirma Manuel de la Cruz, el brindis en honor del periodista Adolfo Márquez Sterling que fué pronunciado en Abril de 1879, sino aquella magnífica oración en memoria de Torroella de que ya he hablado y que termina así: "¡Muerte! ¡Muerte generosa! ¡Muerte amiga!... Seno colosal donde todos los sublimes misterios se elaboran; miedo de los débiles; placer de los valerosos; satisfacción de mis deseos; paso oscuro a los res-

tantes lances de la vida; madre inmensa a cuyas plantas nos tendemos a cobrar fuerzas nuevas para la vía desconocida donde el cielo es más ancho, vasto el límite, polvo los pies innobles, verdad, al fin, las alas!..." Como la de Zorrilla, su gloria literaria brotó al pie de un cadáver.

Martí es el más arrogante de los grandes oradores. Rompe a hablar como corcel que parte el freno, o águila que se lanza a lo infinito. Su palabra padece siempre de divinal perturbación. "¿Cómo no ha de detenerse ahora la palabra conmovida —dice en su discurso del 10 de Octubre de 1888,— la palabra arrebatada a casi sobrenatural trastorno por las memorias bellas como poemas y serenas como juicios históricos de este hombre sacerdotal que vió en la hora de la explosión salir de la tierra, como soles de la noche y columnas de la soledad, a aquel florón de héroes?" El 10 de Octubre de 1887 comienza de esta manera: "Más me embarazan que me ayudan estos aplausos cariñosos, porque en vez de estímulos que me enardezcan, tiene mi alma, sacudida en este instante como por viento de tormenta, necesidad de reducir su emoción a la estrechez de la palabra humana".

Es verdad que estos discursos fueron pronunciados en el aniversario de la fecha entonces magna para los cubanos. Pero en Diciembre de 1889 abre así una de sus más bellas oraciones: "Apenas acierta el pensamiento, a la vez trémulo y desbordado, a poner, en la brevedad que le manda la discreción, el júbilo que nos rebosa de las almas en esta noche memorable... Nosotros tenemos esta noche la elocuencia de la Biblia, que es la que mana inquieta y regocijada como arroyo natural, de la abundancia de corazón."

Tiene arranques soberbios que han debido poner de pie el auditorio: "Si entre los cubanos vivos no hay tropa bastante para el honor, qué hacen en la playa los caracoles que no llaman a guerra a los indios muertos?"

Su palabra es simbólica, cual conviene a redentores. Habla por imágenes. Recarga o suaviza los tonos con sin igual maestría. En una misma tirada hay ruegos, amenazas, rugidos, sollozos, vocablos que ruedan como pesada artillería, aladas frases, enfervorizados eufemismos. Su corte es clásico, se adorna de poesía, se apoya en la historia, se rodea de brillante escolta literaria. Entra de súbito en la noche de una sublime oscuridad y va como entre nubes, que "hay una especie de confusión que va irrevocablemente unida, como señal de altura y fuerza, a una le-

gítima superioridad"; o comparece ante la gloria del sol, despojado de galas, y más bello aún en su épica y radiante desnudez.

"Servir es mi manera de hablar", tal es su divisa. Para él, decir es un modo de hacer. Desprecia las palabras cuando no sirven para crear. "Hay algo de vergüenza en la oratoria en estos tiempos de sobra de palabras y de falta de hechos" —dice—. "En toda palabra ha de ir envuelto un acto. La palabra es una coqueta abominable cuando no se pone al servicio del honor y del amor". "Las palabras deshonoran cuando no llevan detrás un corazón limpio y entero. Las palabras están de más cuando no fundan, cuando no esclarecen, cuando no atraen, cuando no añaden..." Una gran sinceridad autoriza sus discursos, en los cuales se siente palpar el corazón del orador y latir sus sienas. No están compuestos de palabras sino de sangre.

EL ESCRITOR

Dice Fermín Valdés Domínguez que Martí publicó en *Patria Libre*, su primer periódico, un artículo notable y el drama *Abdala*. Dejando aparte esta prematura eflorescencia, *El Presidio Político en Cuba*, escrito a los diez y ocho años de edad, es el más antiguo de sus trabajos importantes. Hay en él párrafos apocalípticos y movimiento shakespeariano. Las obras primogénitas suelen hacernos recordar a Shakespeare, único escritor proveyecto que conserva todos los atributos de la imaginación juvenil.

En *La República Española ante la Revolución Cubana*, escrito a los veinte años, "hay un examen de las condiciones que determinan y justifican la separación de Cuba del dominio español"; pero un examen poco metódico, deficiente y más lírico que científico.

Todavía en 1875 se ve al escritor incompleto y declamador. La crónica sobre White publicada en la *Revista Universal* es desmañada: tiene debilidades la pluma. Pero ya en 1881 era, después de Montalvo, el prosista más gallardo de América, con menos pujanza y corrección que Juan de Dios Uribe, pero con más gracia y profundidad. Su juicio sobre Cecilio Acosta, escrito en un lenguaje que "huele a mirra y a tomillo y verbena", es un bello monumento intelectual erigido a la memoria de aquel varón eminentísimo, gloria de Venezuela y pasmo de su época, que reunió en sí y dispuso a su antojo de las antiguas joyas de la sabiduría clásica y del recién acuñado tesoro de las ciencias positivas, cuya espléndida hermosura acrecentó en la radiante luz de una asombrosa previsión.

Todo cuanto produjo después con algún reposo tiene el sello sagrado de la alta y noble inspiración que caracteriza las obras geniales. Sus dotes más salientes son la inagotable riqueza de las ideas, la imaginación portentosa, la fuerza llena de gracia, la sinceridad inrestringida, la castidad sobrehumana y la peregrina forma de su expresión original y óptima.

Grandes como montañas y bellos como perlas son los pensamientos y las frases con que saluda al *Poema del Niágara* del gran Pérez Bonalde, ora describa lo que para la miseranda alma humana canta, con su canto imponente, la formidable catarata; ora defina el verso de la propia manera que Cervantes, en su divino lenguaje, la poesía. ¡Y cuánta página preciosa hay en *Un Poeta* sobre el dolor y el arte, la literatura y el plagio!

Su estilo es cortado, nervioso, febril, saltado. Escribe a hachazos y a relámpagos, a arrullos y a oleadas, a besos y a zarpadas... Posee el secreto huguiano del contraste; pero en sus paradojas y antítesis el pie aéreo de la fantasía no parte el hilo de seda que ata su pluma a la razón. Su tinta es clara como el agua, pero como el océano profunda y atormentada; por ello su prosa es cristalina, azul u oscura como el mar.

Se ha dicho que es un culterano del siglo de oro, discípulo de Gracián, y esto es falso. Martí no es un culterano. Culteranismo es gongorismo, y éste es rebuscamiento en el lenguaje, afectación en el estilo, alambicamiento en la expresión, caracterizados por el empleo de palabras raras preciosas o nuevas, por la adopción de chocantes figuras y extravagantes metáforas, por el abuso de la mitología y de la historia, y por la sutileza de los conceptos e ideas. El autor de *Versos Sencillos* amaba la naturalidad del lenguaje y del estilo. Sus comparaciones nunca son forzadas ni sus imágenes inadecuadas; y aún suele haber gran ajuste entre el fondo y la forma. Es el escritor menos mitólogo y el más sobrio de los eruditos. Pero quería ser diáfano, verter en el lector la última gota de su pensamiento, presentar a los rayos del sol el alma desnuda, darse todo; y este afán pudo arrastrarlo, aunque raras veces, a cierto alambicamiento ineludible. Con tonos sutiles han de expresarse matices sutiles. Mas lo excepcional del caso no permite decir que Martí es un escritor alambicado, y las raras veces que no es fácil de entender, se ve claro que no es por hinchado afectador sino por pensador alto y profundo cuyo torrente de ideas no cabe siempre en el molde necesariamente limitado del lenguaje.

Gracián, para quien lo conceptuoso es el espíritu

del estilo, y emblemas, jeroglíficos, apólogos y empresas son el oro del fino discurso, es escritor extremadamente gongórico, como que pretendió formar con libros enanos varones gigantes. Terco laconista, moralista sentencioso y epigramático, su estilo nada tiene de común, en lo esencial, con el de Martí, que es, no el de los culteranos, sino el de los grandes escritores del siglo de oro de la lengua castellana.

Esto quiere decir que tampoco puede tenersele por decadente o simbolista a la francesa, aunque encarna a veces en símbolos sus pensamientos. Decadentes y simbolistas, la misma cosa en el fondo, son tataranietos de Don Luis de Góngora y Argote. El decadentismo menosprecia las ideas sanas y la limpieza y naturalidad de la expresión; el simbolismo las evoca después de haberlas sepultado en un emblema cuyo valor ideológico dependerá del grado de afinidad entre el evocador y el símbolo. El culto fervido por la verdad, la grandeza de las ideas y el vigor con que las clava, por decirlo así, en el entendimiento del lector, constituyen en Martí condiciones de todo punto contrarias a las que caracterizan a Verlaine, Mallarmé y más corifeos de aquellas morbideces, excesos opuestos a excesos, en que no cayó nunca el gran escritor cubano cuya salud intelectual parece desmentir la afirmación de lo anormal en el genio. "Para ser elocuente y nuevo en español —decía—, no es necesario beber los rufianismos del siglo de oro en la copa retorcida de los neo-castizos castellanos, ni ponerse a la ubre seca de París a sorber, a pura mueca, la última sangre".

No podría negarse, sin embargo, que Martí cae como poeta debajo de la jurisdicción del simbolismo por su tendencia a la representación simbólica, por su impresionismo y por las rarezas mismas de "su poética" que rompe molde y vallas, salta sobre las reglas y se desliga de lo común y admitido, haciendo gala de singular libertad.

EL POETA

Es poeta desde la primera página que escribe: "Dios existe, sin embargo, en la idea del bien que vela el nacimiento de cada ser, y deja en el alma que se encarna en él una lágrima pura".

Siembra sus proclamas de poesía. Sus revistas principian: "Está Mayo al romper..."; o bien: "Sin brisa ni poesía..."

Menos acaso con sus versos que con la prédica hermosísima de sus teorías artísticas influyó Martí más que ningún otro poeta de su época, en la nueva orientación de la poesía en América.

La brevedad y agitación de su vida no le permitieron publicar sus *Versos Cubanos*, "tan llenos de enojo", ni sus encrespados *Versos Libres*, "endecasílabos hirsutos, nacidos de grandes miedos, o de grandes esperanzas, o de indómito amor de libertad, o de amor doloroso a la hermosura, como riachuelo de oro natural, que va entre arenas y aguas turbias y raíces, o como hierro caldeado, que silba y chispea, o como surtidores candentes". ¿Por qué tarda en darlos a la estampa, la familia del poeta?

Este sólo publicó dos diminutas colecciones de poesías: *Ismaelillo* y *Versos Sencillos*. La primera es un librito en forma de devocionario, de cincuenta páginas, consagrado exclusivamente a su hijo, y que fué impreso en Nueva York, en 1882, por Thompson y Moreau, 51 y 53 Maiden Lane. La segunda, que vió la luz pública en 1891, editado por Louis Weiss Co., No^o 116, Fulton St., Nueva York, contiene setenta y seis paginillas de cantares, amorosas y patrióticas. Por hallarse ambas agotadas, y para que se tenga idea de la concisión y pureza, de la sencillez y la gracia de su musa, insertaré aquí algunas de sus composiciones. Así me adornaré de bellas flores: en el seno de mi escrito, las páginas que siguen serán como un oasis en medio de un desierto:

de ISMAELILLO

Príncipe Enano

Para un príncipe enano
Se hace esta fiesta.
Tiene guedejas rubias,
Blandas guedejas;
Por sobre el hombro blanco
Luengas le cuelgan.
Sus dos ojos parecen
Estrellas negras:
¡Vuelan, brillan, palpitan,
Relampaguean!
El para mí es corona,
Almohada, espuela.

Mi mano, que así embrida
Potros y hienas,
Va, mansa y obediente,
Donde él la lleva.
Si el ceño frunce, temo;
Si se me queja, —
Cual de mujer, mi rostro
Nieve se trueca:
Su sangre, pues, anima
Mis flacas venas;
¡Con su gozo mi sangre

Se hincha, o se seca!
Para un príncipe enano
Se hace esta fiesta.

¡Venga mi caballero
Por esta senda!
¡Entrese mi tirano
Por esta cueva!
Tal es, cuando a mis ojos
Su imagen llega,
Cual si en lóbrego antro
Pálida estrella,
Con fulgores de ópalo
Todo vistiera.
A su paso la sombra
Matices muestra,
Como al sol que las hiere
Las nubes negras.
¡Heme ya, puesto en armas,
En la pelea!
Quiere el príncipe enano
Que a luchar vuelva:
¡El para mí es corona,
Almohada, espuela!
Y como el sol, quebrando
Las nubes negras,
En banda de colores
La sombra trueca, —
El, al tocarla, borda
En la onda espesa,
Mi banda de batalla
Roja y violeta.
¿Conque mi dueño quiere
Que a vivir vuelva?
¡Venga mi caballero
Por esta senda!
¡Entrese mi tirano
Por esta cueva!
¡Déjeme que la vida
A él, a él ofrezca!
Para un príncipe enano
Se hace esta fiesta.

Penachos vividos

Como taza en que hierve
De transparente vino
En doradas burbujas
El generoso espíritu;

Como inquieto mar joven
Del cauce nuevo henchido
Rebosa, y por las playas
Bulle y muere tranquilo;

Como manada alegre
De bellos potros vivos
Que en la mañana clara
Muestran su regocijo,
Ora en carreras locas
O en sonoros relinchos,
O sacudiendo al aire
El crinaje magnífico, —
Así mis pensamientos
Rebosan en mí vividos,
Y en crespas espuma de oro
Besan tus pies sumisos,
O en fúlgidos penachos
De varios tintes ricos,
Se mecen y se inclinan
Cuando tú pasas,— hijo.

Tábanos fieros

¡Venid, tábanos fieros,
Venid, chacales,
Y muevan trompa y diente
Y en horda ataquen,
Y cual tigre a bisonte
Sítienme y salten!
¡Por aquí, verde envidia!
¡Tú, bella carne,
En los dos labios muérdeme!
Sécame; máncame!
¡Por acá, los vendados
Celos voraces!
¡Y tú, moneda de oro,
Por todas partes!
¡De virtud mercaderes
Mercadeadme!
¡Mató el Gozo a la Honra:
Venga a mí,— y mate!

Cada cual con sus armas
Surja y batalle:
El placer, con su copa;
Con sus amables
Manos, en mirra untadas,
La virgen ágil;
Con su espada de plata
El diablo bátame:—
¡La espada cegadora
No ha de cegarme!

Asorde la caterva
De batallantes:
Brillen cascos plumados
Como brillasen
Sobre montes de oro

Nieves radiantes:
 Como gotas de lluvia
 Las nubes lancen
 Muchedumbre de aceros
 Y de estandartes:
 Parezca que la tierra,
 Rota en el trance,
 Cubrió su dorso verde
 De áureos gigantes:
 Lidiemos, no a la lumbre
 Del sol suave,
 Sino al funesto brillo
 De los cortantes
 Hierros: rojos relámpagos
 La niebla tajen:
 Sacudan sus raíces
 Libres los árboles.
 Sus faldas trueque el monte
 En alas ágiles:
 Clamor óigase, como
 Si en un instante
 Mismo, las almas todas
 Volando ex-cárceles,
 Rodar a sus pies vieran
 Su hoga de carnes!
 Cíñame recia veste
 De amenazantes
 Astas agudas: hilos
 Tenues de sangre
 Por mi piel rueden leves
 Cual rojos áspides:
 Su diente en lodo afilen
 Pardos chacales:
 Lime el tábano terco
 Su aspa volante:
 Muérdame en los dos labios
 La bella carne:—
 ¡Que ya vienen, ya vienen
 Mis talismanes!
 Como nubes vinieron
 Ecos gigantes:
 ¡Ligeros como nubes
 Volando iránse!

La desdentada envidia
 Irá, secas las fauces,
 Hambrienta, por desiertos
 Y calcinados valles,
 Royéndose las mondas
 Escuálidas falanges;
 Vestido irá de oro
 El diablo formidable,
 En el cansado puño
 Quebrada la tajante,

Vistiendo con sus lágrimas
 Irá, y con voces grandes
 De duelo, la Hermosura
 Su inútil arreaaje: —
 Y yo en el agua fresca
 De algún arroyo amable
 Bañaré sonriendo
 Mis hilillos de sangre.

Ya miro en polvareda
 Radiosa evaporarse
 Aquellas escamadas
 Corazas centellantes:
 Las alas de los cascos
 Agítanse, debátense,
 Y el casco de oro en fuga
 Se pierde por los aires.
 Tras misterioso viento
 Sobre la tierra arrástranse,
 Cual sierpes de colores,
 Las flámulas ondeantes.
 Junta la tierra súbito
 Sus grietas colosales
 Y echa su dorso verde
 Por sobre los gigantes!
 Corren como que vuelan
 Tábanos y chacales,
 Y queda el campo lleno
 De un humillo fragante.
 De la derrota ciega
 Los gritos espantables
 Escúchanse, que evocan
 Callados capitanes;
 Y mészase soberbia
 El áspero crinaje,
 ¡Y como muere un buitre
 Expira sobre el valle!
 En tanto, yo a la orilla
 De un fresco arroyo amable,
 Restaño sonriendo
 Mis hilillos de sangre.

¡No temo yo ni curo
 De ejércitos pujantes,
 Ni tentaciones sordas,
 Ni vírgenes voraces!
 El vuela en torno mío,
 El gira, él para, él bate;
 Aquí su escudo opone;
 Allí su clava blande;
 A diestra y a siniestra
 Mandobla, quiebra, esparce;
 Recibe en su escudillo

Lluvia de dardos hábiles;
Sacúdelos al suelo,
Bríndalo a nuevo ataque.
¡Ya vuelan, ya se vuelan
Tábanos y gigantes!—

Escúchase el chasquido
De hierros que se parten;
Al aire chispas fúlgidas
Suben en rubios haces;
Alfómbrase la tierra
De dagas y montantes:
¡Ya vuelan, ya se esconden
Tábanos y chacales!—
El como abeja zumba,
El rompe y mueve el aire,
Detiéndose, ondea, deja
Rumor de alas de ave:
Ya mis cabellos roza:
Ya sobre mi hombro párase;
Ya a mi costado cruza;
Ya en mi regazo lánzase;
¡Ya la enemiga tropa
Huye, rota y cobarde!
¡Hijos, escudos fuertes
De los cansados padres!
¡Venga mi caballero,
Caballero del aire!
¡Véngase mi desnudo
Guerrero de alas de ave,
Y echemos por la vía
Que va a ese arroyo amable
Y con sus aguas frescas
Bañe mi hilo de sangre!
Caballeruelo mío!
Batallador volante!

de VERSOS SENCILLOS

II

Yo sé de Egipto y Nigricia,
Y de Persia y Xenofonte;
Y prefiero la caricia
Del aire fresco del monte.

Yo sé las historias viejas
Del hombre y de sus rencillas;
Y prefiero las abejas
Volando en las campanillas.

Yo sé del canto del viento
En las ramas vocingleras:
Nadie me deja que miento,
Que lo prefiero de veras.

Yo sé de un gamo aterrado
Que vuelve al redil y expira,—
Y de un corazón cansado
Que muere oscuro y sin ira.

IV

Yo visitaré anhelante
Los rincones donde a solas
Estuvimos yo y mi amante
Retoando con las olas.

Solos los dos estuvimos
Solos, con la compañía
De dos pájaros que vimos
Meterse en la gruta umbría.

Y ella, clavando los ojos,
En la pareja ligera,
Deshizo los lirios rojos
Que le dió la jardinera.

La madre selva olorosa
Cogió con sus manos ella
Y una madama graciosa,
Y un jazmín como una estrella.

Yo quise, diestro y galán,
Abrirle su quitasol;
Y ella me dijo: "¡Qué afán!
¡Si hoy me gusta ver el sol!"

"Nunca más altos he visto
Estos nobles robledales:
Aquí debe estar el Cristo
Porque están las catedrales."

"Ya sé dónde ha de venir
Mi niña a la comunión;
De blanco la he de vestir
Con un gran sombrero alón."

Después, del calor al peso,
Entramos por el camino,
Y nos dábamos un beso
En cuanto sonaba un trino.

¡Volveré, cual quien no existe,
Al lago mudo y helado:
Clavaré la quilla triste:
Posaré el remo callado!

IX

Quiero, a la sombra de una ala,
Contar este cuento en flor:
La niña de Guatemala,
La que se murió de amor.

Eran de lirios los ramos,
Y las orlas de reseda
Y de jazmín, la enterramos
En una caja de seda.

... Ella dió al desmemoriado
Una almohadilla de olor:
El volvió, volvió cansado:
Ella se murió de amor.

Iban cargándola en andas
Obispos y embajadores:
Detrás iba el pueblo en tandas,
Todo cargado de flores.

... Ella, por volverlo a ver,
Salió a verlo al mirador:
El volvió con su mujer:
Ella se murió de amor.

Como de bronce candente
Al beso de despedida
Era su frente ¡la frente
Que más he amado en mi vida!

... Se entró de tarde en el río,
La sacó muerta el doctor.
Dicen que murió de frío:
Yo sé que murió de amor.

Allí, en la bóveda helada,
La pusieron en dos bancos:
Besé su mano afilada,
Besé sus zapatos blancos.

Callado, al oscurecer,
Me llamó el enterrador:
¡Nunca más he vuelto a ver
A la que murió de amor!

X

El alma trémula y sola
Padece al anochecer;
Hay baile; vamos a ver
La bailarina española.

Han hecho bien en quitar
El banderón de la acera;
Porque si está la bandera,
No sé, yo no puedo entrar.

Ya llega la bailarina:
Soberbia y pálida llega:
¿Cómo dicen que es gallega?
Pues dicen mal: es divina.

Lleva un sombrero torero
Y una capa carmesí:
¡Lo mismo que un alelí
Que se pusiese un sombrero!

Se ve, de paso, la ceja,
Ceja de mora traidora:
Y la mirada, de mora:
Y como nieve la oreja.

Preludian, bajan la luz,
Y sale en bata y mantón,
La virgen de la Asunción
Bailando un baile andaluz.

Alza, retando, la frente;
Crúzase al hombro la manta
En arco el brazo levanta:
Mueve despacio el pie ardiente.

Repica con los tacones
El tablado zalamera,
Como si la tabla fuera
Tablado de corazones.

Y va el convite creciendo
En las llamas de sus ojos,
Y el manto de flecos rojos.
Se va en el aire meciendo.

Súbito, de un salto arranca:
Húrtase, se quiebra, gira:
Abre en dos la cachemira,
Ofrece la bata blanca.

El cuerpo cede y ondea;
La boca abierta provoca;
Es una rosa la boca:
Lentamente taconeá.

Recoge, de un débil giro,
El manto de flecos rojos:
Se va, cerrando los ojos,
Se va, como en un suspiro...

Baila muy bien la española;
Es blanco y rojo el mantón;
¡Vuelve, fosca, a su rincón
El alma trémula y sola!

XVI

En el alféizar calado
De la ventana moruna,
Pálido como la luna,
Medita un enamorado.

Pálida, en su canapé
De seda tórtola y roja,
Eva, callada, deshoja
Una violeta en el té.

XLIII

Mucho, señora, daría
Por tender sobre tu espalda
Tu cabellera bravía,
Tu cabellera de gualda:
Espacio la tendería,
Callado la besaría.

Por sobre la oreja fina
Baja lujoso el cabello,
Lo mismo que una cortina
Que se levanta hacia el cuello.
La oreja es obra divina
De porcelana de China.

Mucho, señora, te diera
Por desenredar el nudo
De tu roja cabellera
Sobre tu cuello desnudo:
Muy despacio la esparciera,
Hilo por hilo la abriera.

XXIII

Yo quiero salir del mundo
Por la puerta natural:
En un carro de hojas verdes
A morir me han de llevar.

No me pongan en lo oscuro
A morir como traidor:
Yo soy bueno, y como bueno
Moriré de cara al sol!

XXV

Yo pienso, cuando me alegro
Como un escolar sencillo,
En el canario amarillo,—
Que tiene el ojo tan negro,

Yo quiero, cuando me muera
Sin patria, pero sin amo,
Tener en mi losa un ramo
De flores,— ¡y una bandera!

EL PATRIOTA

Martí fué patriota en la más alta acepción de la palabra. Amó locamente la patria; pero el fuego de su cariño se desbordaba sobre las Antillas y sobre toda la América Latina. Para él, el Continente entero era un solo pueblo. "Es cubano —decía— todo americano de nuestra América, y en Cuba no peleamos por el bien exclusivo de la Isla idolatrada que nos ilumina y fortalece con su simple nombre; peleamos en Cuba para asegurar, con la nuestra, la independencia hispano-americana".

El pueblo español salía ileso de sus ataques al gobierno. Para los españoles liberales como El Gallego, Muñiz y Fernández, Montesinos, Insúa, tuvo acentos de profunda ternura. "No hemos de olvidar —dice en uno de sus discursos— que si españoles fueron los que nos sentenciaron a muerte, españoles son los que nos han dado la vida". Canta con voz filial:

"Para Aragón, en España,
Tengo yo en mi corazón
Un lugar todo Aragón
Franco, fiero, fiel, sin saña..."

Frente al problema de la raza predicó la confraternidad, y aun dió al negro las preferencias de su amor: "Trae cada raza al mundo su mandato, y hay que dejar la vía libre a cada raza, si no se ha de estorbar la armonía del universo para que emplee su fuerza y cumpla su obra, en todo el decoro y fruto de su natural independencia... Tiene el negro una gran bondad nativa que ni el martirio de la esclavitud pervierte, ni se oscurece con su varonil bravura. Pero tiene, más que otra raza alguna, tan íntima comunión con la naturaleza, que parece más apto que los demás hombres a estremecerse y regocijarse con sus cambios. Hay en su espanto y alegría algo de sobrenatural y maravilloso que no existe en las demás razas primitivas, y recuerda en sus movimientos y miradas la majestad del león; hay en su afecto una lealtad tan dulce que no hace pensar en los perros, sino en las palomas; y hay en sus pasiones tal claridad, tenacidad, intensidad, que se parecen a los rayos del sol."

Su pasión por Cuba fué tan profunda, tan punzante, tan martirizadora, que apenas se comprende que no consumiera su vida antes de que viese cum-

plidos sus generosos esfuerzos. El estado permanente de su alma, "de esa alma ceñuda que piedra a piedra y púa a púa elabora el destierro", está descrito en uno de sus magníficos discursos: "Vivimos entre sombras, y la patria que nos martiriza nos sostiene. Con las manos tendidas, con la señal del cuchillo en la garganta, con los vestidos sirviendo de últimos manteles a los ladrones, comida hasta la rodilla — ¡hasta la rodilla no más!— de gusanos, la imagen de la patria siempre está junto a nosotros, sentada a nuestra mesa de trabajar, a nuestra mesa de comer, a nuestra almohada. Desecharla es en vano: ni ¿quién quiere desecharla? Sus ojos, como los ojos de un muerto querido, nos siguen por todas partes, nos animan cuando estamos honrándola con nuestros actos, nos detienen cuando nos sentimos tentados a alguna villanía, nos hielan cuando pensamos en abandonarla. ¡Cierra los ojos, y parece que se cierra la vida! Queremos ir por donde nos manda el interés, y no podemos ir sino por donde nos manda la patria. Cuando el sol brilla para todos, menos para nosotros; cuando la nieve alegra a todos, menos a nosotros; cuando para todos, menos para nosotros, tiene la naturaleza cambios y fragancia, un aire sutil viene por sobre el mar, cargado de gemidos, a hablarnos de dolores que todavía no han logrado consuelo, de vivos que desaparecen en el misterio, de derechos mutilados, más tristes de ver que los mismos hombres muertos. El alma no duerme, ni sabe del día: ásperos, y como soldados sin armas, salen de la mente, llenos de vergüenza, los pensamientos. ¿Qué importa el sol? ¿qué importa la nieve? ¿Qué importa la vida? La patria nos persigue, con las manos suplicantes: su dolor interrumpe el trabajo, enfría la sonrisa, prohíbe el beso de amor, como si no se tuviese derecho a él lejos de la patria: una mortal tristeza y un estado de cólera constante turban las mismas sagradas relaciones de familia: ¡ni los hijos dan todo su aroma!"

Sus sueños eran estos:

"Sueño con claustros de mármol
 Donde en silencio divino
 Los héroes, de pie, reposan:
 ¡De noche, a la luz del alma,
 Hablo con ellos: de noche!
 Están en fila: paseo
 Entre las filas: las manos
 De piedra les beso: abren
 Los ojos de piedra: mueven
 Los labios de piedra; tiemblan
 Las barbas de piedra: empuñan
 La espada de piedra: lloran:
 ¡Vibra la espada en la vaina!
 Mudo, les beso la mano.

¡Hablo con ellos, de noche!
 Están en fila: paseo
 Entre las filas: lloroso
 Me abrazo a un mármol: "¡Oh mármol,
 Dicen que beben tus hijos
 Su propia sangre en las copas
 Venenosas de sus dueños!
 ¡Que hablan la lengua podrida
 De sus rufianes; que comen
 Juntos el pan del oprobio,
 En la mesa ensangrentada!
 ¡Que pierden en lengua inútil
 El último fuego!, ¡dicen,
 Oh mármol, mármol dormido,
 Que ya se ha muerto tu raza!"

¡Echame en tierra de un bote
 El héroe que abrazo: me ase
 Del cuello: barre la tierra
 Con mi cabeza: levanta
 El brazo, ¡el brazo le luce
 Lo mismo que un sol: resuena
 La piedra: buscan el cinto
 Las manos blancas: del soclo
 Saltan los hombres de mármol!"

En el exceso de su patriotismo su pluma arrastra las alas al hablar de *Los Poetas de la Guerra*, cuyas poesías son insignificantes a juzgar por las muestras que nos da. Cuando se pone a considerar en un escritor cubano (Heredia, Bachiller y Morales, etc.), lo primero que le mira es el patriotismo. Heredia "que acaso despertó en su alma, como en la de los cubanos todos, la pasión inextinguible por la libertad," fué tema favorito de su palabra de agitador. ¡Y Heredia era dominicano de origen, y su nacimiento en Cuba, mero accidente!

En todos sus escritos se presiente el soldado. Varias veces se refiere al juramento que había hecho. Llamaba "viaje santo y ligero" al desembarco de una expedición. En todo momento renovó su promesa de ir a morir por la patria. Su único anhelo está condensado en esta frase: "Todo, oh patria, porque cuando la muerte haya puesto fin a esta fatiga de amarte con honor, puedas tu decir, aunque no te oiga nadie: "fuiste mi hijo".

La revolución que ha independizado a Cuba fué, si puede decirse, hija exclusiva de su patriotismo. Obrero gigantesco, él solo preparó la obra, forjó las armas. El incendio de su pecho bastó a envolver en llama la Isla entera. Estudió atentamente los precedentes movimientos separatistas para resolver las dificultades de lo porvenir. Como él mismo decía de todos, "en el descanso ponía a la espada empuñadura de razón".

EL AMERICANISTA

Si Cuba, señalada por algunos de sus hijos como una prolongación del territorio de los Estados Unidos; si Cuba, Santo Domingo y Puerto Rico presentan todos los caracteres de admirable unidad que hacen de cada una de ellas parte homogénea de un todo completamente distinto y diferente de la Unión, y perfectamente igual, en cambio, al continente sudamericano, éste, desde el punto de vista geográfico no es sino un solo palacio fabricado expresamente por la naturaleza para ser habitado por una sola familia de pueblos como la que constituye el hermosísimo florón de las repúblicas latino-americanas. De los continentes del globo ninguno tiene tan normal estructura ni ofrece tan visible armonía en las regiones que lo forman como este vasto pedazo del mundo que semeja un ser geológico viviente cuya columna cerebral fueran los Andes y que, de pie sobre el Océano Antártico, reflejando sobre las aguas del Pacífico las gracias de sus formas, levanta la cabeza sobre el corazón del Atlántico, coronada de esa guirnalda de hipomeas que se llama las Antillas.

Tan sorprendente unidad geográfica es sólo comparable a la unidad de origen que, maridando, a poco de la conquista, la bravura y llaneza, la cordialidad y el ímpetu del español con la resignación y dulzura del indígena, ha creado la población hispano-americana tan profunda y esencialmente diferente del pueblo norte-americano, su vecino pero su antípoda por origen, lenguaje, brutal aspereza y absoluta incapacidad para llevar a la práctica, en lo social, sus altos principios de libertad política.

Para los hispano-americanos no hay, pues, problema más importante en el Nuevo Mundo, casi por entero compartido por dos pueblos antagónicos, el norte-americano, y el hispano-americano, que el que ofrece la engañosa doctrina de Monroe, sugerida por Inglaterra, aconsejada por Jefferson, en nombre de la cual el gobierno norte-americano prohibió al gran Bolívar que libertase a Cuba, que únicamente ha servido los intereses privativos de la Unión, cuya aplicación en favor de Juárez sólo parece haber tenido por objeto evitar el grave peligro de la implantación de un gobierno monárquico en México, apoyo y escala de las monarquías europeas, implantación que habría obligado a los Estados Unidos a entrar en el ruinoso concierto de la paz armada, cuyos principales exponentes son el desmembramiento de México y Colombia, las piraterías de Walker y la conquista de Puerto Rico, y cuya interpretación, clave y sentido tal vez nos la den, mejor que ninguna pitonisa, estas palabras de Jorge Washington: "De-

béis tener siempre presente que es locura de parte de una nación esperar de otra favores desinteresados, y que deberá pagar con una parte de su independencia todo cuanto a tal título aceptare."

La doctrina de Monroe, aun sin la falacia que, a la luz de la historia, la deslustra y desvalora, es interesante porque, aun cuando se le atribuyese toda la pureza de un baluarte de la independencia hispano-americana, no bastaría, en caso de una conflagración internacional, a cumplir la grandeza de sus fines. Como ninguna otra nación aislada, los Estados Unidos no son ni serán suficientemente poderosos para garantizar por sí solos la independencia de la América y contrarrestar, en un momento dado, una coalición numerosa de enemigos. Cuando el Perú propuso renovar la tradición, legada por el Libertador y por desgracia hoy adormecida, de sellar con la unión política la identidad étnica y geográfica, intervenidos México y la República Dominicana por la Europa, amenazante el Brasil invasor, desmoralizados los principios democráticos en la América del Norte por la funesta preponderancia de los intereses esclavistas, y en la América del Sur hasta el punto de llegar a pensarse, en el Ecuador, en un protectorado francés, púdose temer con razón que la vieja y astuta Monarquía diese el golpe de gracia al sistema republicano que tan pujante muestra de sí había dado en el seno virginal del Nuevo Mundo, y que una porción de éste cayera otra vez bajo la tutela europea. El desencadenamiento rápido, violento, inconcebible de las tempestades sociales es idéntico a la incontrastable pujanza y furia de la naturaleza física. Nada las detiene sino el agotamiento de la cólera de los elementos que las forman; y el único dique resistente contra ella es —¡quién lo creyera!— el pecho desnudo de las víctimas mismas de su furor.

No quiero dejar de señalar la opinión de Martí respecto de los Estados Unidos de Norte América y de los pueblos hispano-americanos, así como sobre el presente y porvenir de éstos y las relaciones que deben guardar con aquéllos, no sólo por el valer excepcional del voto sino por su terrible actualidad. Al expirar el fragor de la lucha con el león europeo se ha recrudecido el combate con la rapaz águila hermana que devora a sus hermanas. Los norteamericanos, después de haberse apoderado del nombre de América, quieren posesionarse de América. En el momento en que la propia Cuba, la estrella solitaria, amor de los amores de Martí y aliento y vida de su espíritu excelso, parece condenada a estallar en los comienzos de su carrera, no me parece inútil que se vulgaricen las enseñanzas de aquel que es, a justo título, el primero de los maestros de americanismo en América.

“En los Estados Unidos la virtud va por todas partes quedándose atrás, como poco remunerativa; que la libertad más amplia, la prensa más libre, el comercio más próspero, la naturaleza más variada y fértil no bastan a salvar las repúblicas que no cultivan el sentimiento ni hallan condición más estimable que la riqueza. . . El alma nacional está caída” (*La Religión en los Estados Unidos.*) “La libertad propia se ha hecho sangre en estos hijos de casta puritana; pero, ingleses al fin, sólo para violarla les parece bien la libertad ajena. En la nariz excesivamente aguileña se le ve la rapacidad a la casta.” (*Sobre los Estados Unidos: El historiador George Bancroft.*)

Sobre el porvenir de las Antillas dice en un artículo donde en ocho páginas repite cinco veces que Cuba, Santo Domingo y Puerto Rico han de salvarse juntas o han de perecer juntas: “No parece que la seguridad de las Antillas, ojeadas de cerca por la codicia pujante, dependa tanto de la alianza ostentosa y, en lo material, insuficiente, que provocase reparos y justificara la agresión, como de la unión sutil y manifiesta en todo, sin el asidero de la provocación confesa, de las islas que han de sostenerse juntas, o juntas han de desaparecer, en el recuento de los pueblos libres. Por la rivalidad de los productos agrícolas, o por diversidad de hábitos y antecedentes, o por el temor de acarrear la enemiga del vecino hostil, pudieran venir a apartarse, en cuanto cayese en forma cerrada su unión natural, las tres islas que, en lo esencial de su independencia y en la aspiración del porvenir, se tienden los brazos por sobre los mares y se estrechan ante el mundo, como tres tajos de un mismo corazón sangriento, como tres guardianes de la América cordial y verdadera que sobrepujará al fin a la América ambiciosa, como tres hermanas.” (*Las Antillas y Baldorioty de Castro.*)

A cada paso condena la idea de anexión de Cuba a los Estados Unidos. “Es probable que ningún cubano que tenga en algo su decoro desee ver su país unido a otro donde los que guían la opinión comparan respecto a él las preocupaciones sólo excusables a la política fanfarrona o a la desordenada ignorancia. Ningún cubano honrado se humillará hasta verse recibido como un apestado moral, por el mero valor de su tierra, en un pueblo que niega su capacidad, insulta su virtud y desprecia su carácter.” (*Vindicación de Cuba.*) “¡Aquí en el conflicto diario con el pueblo de espíritu hostil donde nos retiene por única causa, la cercanía a nuestro país, hemos amontonado, y son tantas que ya llegan al cielo, las razones que harían odiosa e infecunda la sumisión a un pueblo áspero que necesita de nuestro suelo y desdeña

a sus habitantes!” (*Discurso del 10 de Octubre de 1887.*) “¿Cómo puede, quien quiera ver, imaginar que Cuba viniese a ser jamás norteamericana? Aquí está New Orleans, cordial y francesa: libre es en sus leyes, loca de un gran río, emporio de riqueza, metrópoli de un Estado soberano de la Unión, y después de tres cuartos de siglo, la ciudad vive en rebeldía sorda y perenne. Los viejos celebran en un coro de hotel, con el retrato de Jefferson Davis en la insignia de la solapa, el artículo del *Times Democrat* donde se echa en cara su prosperidad inmortal y su progreso de cascarón “a ese Norte insolente”; los hijos “no son americanos, son criollos”; las madres, pálidas, y como cautivas, enseñan el francés a sus criaturas; los pocos yankees, como en tierra hostil, pasan de prisa por entre los corrillos burlones; la ciudad, aun en pleno sol, tiene como un capuz que la oscurece: —¡y es que lleva presa el alma!— Nadie una dos pueblos diversos.” (*Un Cubano en New Orleans.*)

“¡Ah Cuba, futura universidad americana! la baña el mar de penetrante azul; la tierra, oreada y calurosa, cría la mente, a la vez clara y activa; la hermosura de la naturaleza atrae y retiene al hombre enamorado, sus hijos, nutridos con la cultura universitaria y práctica del mundo, hablan con elegancia y piensan con majestad, en una tierra donde se enlazarán mañana tres civilizaciones. ¡Más bello será vivir en el lazo de los mundos, con la libertad fácil en un país rico y trabajador, como pueblo representativo y propio, donde se junta al empuje americano el arte europeo que modera su crudeza y brutalidad, que rendir el alma nativa, a la vez delicada y fuerte, a un espíritu nacional ajeno que contiene sólo uno de los factores del alma de la isla —que vaciaría en la isla pobre y venal los torrentes de su riqueza egoísta y corruptora,— que convertiría un pueblo fino y de glorioso porvenir en lo que Inglaterra ha convertido el Indostán!” (*Albertini y Cervantes.*)

“En nuestra América hay mucho más sentido de lo que se piensa. . . Lo que el americanismo sano pide es que cada pueblo de América se desenvuelva con el albedrío y propio ejercicio necesarios a la salud, aunque al cruzar el río se moje la ropa y al subir tropiece, sin dañarle la libertad a ningún otro pueblo —que es puerta por donde los demás entrarán a dañarle la suya,— ni permitir que con la cubierta del negocio o cualquiera otra lo apague y cope un pueblo voraz e irreverente. En América hay dos pueblos, y no más que dos, de alma muy diversa por los orígenes, antecedentes y costumbres, y sólo semejantes en la identidad fundamental humana. De un lado está nuestra América, y todos sus pueblos son de una naturaleza y de cuna parecida o igual, e igual mez-

cla imperante; de la otra parte está la América que no es nuestra, cuya enemistad no es cuerdo ni viable fomentar, y de la que, con el decoro firme y la sagaz independencia, no es imposible y es útil ser amigo." (*Honduras y los Extranjeros.*)

"De nuestra América se sabe menos de lo que urge saber, aun por aquellos que fingen de opinadores en las cosas públicas y celebran a los Estados Unidos con tanta pasión como la que ponen en denigrar a los demás pueblos de América, sin conocer de éstos ni de aquéllos más que la engañosa superficie. Ignórase generalmente, que ya hay en nuestra América pueblos que, en relación a su área útil y a sus habitantes, rinden tanto fruto al comercio humano como los Estados Unidos, y pagan más por la instrucción pública que ellos; que, en relación estricta a sus diversos antecedentes, los países de nuestra América ascienden a la libertad segura y generosa en la misma proporción en que los Estados Unidos descienden de ella; que las revueltas, siempre exageradas por censores ignorantes, de los pueblos hispanoamericanos, son el procedimiento forzoso de ajuste igual en el mismo grado de desarrollo de todos los pueblos del orbe, entre las comarcas aisladas y rivales de las repúblicas nacientes y las reformas decisivas... De nuestra sociología se sabe poco, y de esas leyes, tan precisas como esta otra: los pueblos de América son más libres y prósperos a medida que más se apartan de los Estados Unidos." (*Las Guerras Civiles en Sud América.*) "¿Qué hablan los ignorantes de los pueblos de nuestra América? Estudien y respeten." (*El Día de Juárez.*)

EL HOMBRE

Siempre fué aquel que, en la aurora de la vida, hablando de sí decía: "...al que ni al golpe del látigo, ni a la voz del insulto ni al rumor de sus cadenas ha aprendido aun a odiar." Si se piensa cuánto deforman las injusticias, en la primera edad, al alma humana, asombra la nobleza del adolescente que al entrar en el presidio, a los diez y siete años, "tocó su pecho y lo halló lleno; tocó su cerebro y lo halló firme". "Nunca como entonces supe, —dice en *El Presidio Político en Cuba* que publicó dos años después,— cuanto el alma es libre en las amargas horas de la esclavitud. Nunca como entonces, que gozaba en sufrir. Meses antes era mi vida un beso de mi madre, y mi gloria mis sueños de colegio... El desprecio con que acalló estas angustias vale más que todas mis glorias pasadas... Odiar y vengarse cabe en un mercenario azotador de presidio... pero no cabe en el alma joven de un presidiario cubano, más alto cuando se eleva sobre sus grillos, más er-

guido cuando se sostiene sobre la pureza de su conciencia..."

Si aparecía en sus labios juveniles la expresión insultante, era inmediatamente contenida y rechazada. Una vez amenaza a España con "borrarla ignominiosamente del libro de la vida"; otra la apellida "rey de las fieras"; pero su palabra es, en general, reposada y comedida, voz de un alma alta, grave y serena.

Si alguna vez, de mozo, el más sencillo de los hombres habló "de su natural altivez", sólo volvió a pronunciar su nombre cuando, en medio de sus patrióticos esfuerzos de agitador revolucionario, se vió acusado de "cubano póstumo". Entonces aquél cuya vida había sido un sacrificio continuo y desinteresado por la patria, recordó su vida, la recogió de la urna del silencio y se la echó sobre los hombros como un manto de púrpura y se cubrió con ella en presencia de sus acusadores.

En Martí sólo el orador tuvo arrogancia: exenta estaba de todo reflejo personal su conversación, en que había, según Diego Vicente Tejera, "todo el poder de fascinación que cabe en la palabra humana". Es el más modesto de los grandes escritores. Tampoco aduló nunca la gloria. "El pudor del hombre está en la mente" —decía.

Su piedad ha inmortalizado a Nicolás del Castillo; en cada página de sus obras arroja las flores de la gratitud a los pies de México donde halló, en su mocedad, tierna acogida.

Su desinterés era proverbial. El que vivía pobremente, como dice Estrada, "vendiendo, como el héroe del cuento de Daudet, algunas migas de su cráneo de oro a fin de obtener el pan que necesitaba", escribe a Fausto Teodoro de Aldrey: "Cedo alegre, como quien cede hijos honrados, esos inquietos pensamientos míos a los que han sido capaces de estimármelos. Como que aflige cobrar por lo que se piensa..." El saludable temor de la riqueza, cuya pérdida es la deshonra del hombre, siempre dominó en su alma: "¡Cuánta batalla ganada, —escribe,— supone la riqueza! y cuánto decoro perdido! ¡y cuántas tristezas de la virtud y triunfos del mal genio! ¡y cómo, si se parte una moneda, se halla amargo y tenebroso y gemidor su seno!"

Su ilustración era asombrosa. Como él decía de Acosta, "era de esos que han recibido para sí una gran suma de vida universal y lo saben todo, porque ellos mismos son resúmenes del universo... Era de los que quedan despiertos cuando todo se reclinaba a dormir sobre la tierra."

Humilde con los humildes, sencillo de maneras, dulce y afable en la amistad, rendido ante las damas, hermano de todos los hombres, magnánimo con sus enemigos, domeñador de sus pasiones, esclavo del deber, previsor de lo remoto, cauto en elegir, audaz en el resolver, discreto en el obrar, escrupuloso en los medios, firme en sus propósitos, en Martí, en una palabra, el hombre es la superior grandeza. En él, el hombre vale más que el orador, el escritor y el patriota. Estos y todos los demás aspectos de su vida están iluminados con el esplendor que irradia de lo más íntimo de su persona, y es ese esplendor lo que da a sus actos y a sus palabras un sello de pureza y perfección.

EL APOSTOL

Por ello, el hombre culminó en apóstol.

Todos los instantes libres los consagraba a la enseñanza gratuita. Adorábanle sus discípulos, y en sus clases, calificadas por Trujillo de enciclopédicas, enseñaba de todo: moral, política, literatura.

Para instrucción y regocijo de los niños redactó *La Edad de Oro*. Esta hoja periódica, la nota más pura de la prensa castellana, es un monumento de sabiduría y amor, en que la poderosa inteligencia de Martí es sol que rinde sus rayos fulgurantes y se derrama en gotas de suave luz sobre las adorables cabezas infantiles.

"Mientras haya un antro no hay derecho al sol", decía, y era apóstol como se debe serlo: "¡El apóstol, —exclama,— que lo sea a costa suya! ¡ni puede decir la verdad a los hombres quien les recibe la carne y el vino!"

Martí es, a través de los siglos, hermano del Padre Las Casas, a quien dió a conocer a los niños en *La Edad de Oro*. Había en él "un candor angelical" sello divino en la naturaleza humana. Ese candor hizo de él el libertador de Cuba; ese candor le dió la fe, el dón profético, la palabra arrebataadora; ese candor le iluminó en la senda oscura, lo fortaleció a la hora de la prueba y le dió triunfo glorioso y muerte heroica. Quien dude que los candorosos angelicales pueden libertar pueblos, ignora la historia y la vida.

Libertó a Cuba no por mero patriotismo nacional: este afecto sagrado resulta mezquino ante el amor que inflamaba a Martí por la humanidad entera y del cual su americanismo y su cubanismo son luminosísimos reflejos. Se equivoca Manuel de la Cruz cuando nos los presenta enamorado de ideales históricos. Martí no fué un simple continuador de Washington y Bolívar. Su amor a la patria era entrañable y ningún cubano sintió este amor de un modo más alto y más profundo. Pero Martí era apóstol antes que patriota, y su patriotismo sin ejemplo no es sino un aspecto de un sublime apostolado.

Dotado de sensibilidad exquisita, de portentosa inteligencia y de noble carácter, al mismo tiempo que encerró su cuerpo en una mazmorra infecta, España libertó su espíritu y lo ungió para los grandes sacrificios. Un dolor profundo y prematuro es el purificador de los grandes corazones, cáliz de vida donde se bebe toda la experiencia del mundo, misterioso y revelante paso del alma hacia el conocimiento de sus recónditos destinos. Al salir del presidio, a los diez y ocho años, Martí era ya un inspirado, un elegido. Denuncia la suerte horrenda de los presidiarios cubanos, y su palabra fulgura como la de Lamennais. Estigmatiza a España que, en la persona de los Estudiantes, fusila la inocencia, la honra, la ciencia y la esperanza. Vuela a América a cuyos pies arroja el corazón, enajenado. A los veintiocho años decía: "De América soy hijo; a ella me debo. "Al pisar en la República Dominicana exclama: "¡El hombre tiene ya dos patrias!" Patria suya era toda América; pero la porción más infeliz de ésta era Cuba, su patria nativa, uno de los últimos restos del antiguo imperio colonial de España donde ésta extremaba su política de opresión y explotación. Consagróse en cuerpo y alma a la redención de la patria esclavizada, y a este ideal humano ofrendó juventud, riquezas, gloria y ventura. Instruyó al pueblo cubano como a hijo, inculcándole sus propias ideas y virtudes; y cuando lo vió preparado, decidido, vibrante, se lanzó el primero a la lucha sagrada para escribir con su propia sangre, en el libro de la historia de los pueblos libres, el nombre de Cuba.

AMERICO LUGO.

París, 31 de Diciembre de 1909.

Este estudio apareció a guisa de prólogo al libro *Flor y lava*. Librería Ollendorf, París, 1909, primera colección autológica de la obra del Maestro.

Martí en Santo Domingo

Por el doctor MAX HENRIQUEZ UREÑA

Señoras y señores:

No entraba en mis propósitos ocupar la tribuna en esta serie de conferencias destinadas a temas de Historia de Cuba (1). Mayor autoridad, más alto relieve, más íntimo conocimiento de los sucesos, deben tener los encargados de desenvolver esta clase de temas, y por eso los conferencistas de esta serie, no sólo se cuentan entre las glorias más preclaras de Cuba, sino que además, han sido actores, muchas veces, de los acontecimientos a que deben referirse.

Ninguna de estas dos circunstancias, que en los conferencistas de esta serie concurren, podía concurrir en mí: no puedo emularlos en las lides del talento, ni tengo tampoco la autoridad de haber figurado como actor en la Historia de Cuba.

He aquí, sin embargo, que una inesperada contingencia me obliga a dirigiros la palabras en esta ocasión, contra todos mis cálculos y previsiones. Mi ilustre y querido amigo el Dr. Eusebio Hernández, a quien correspondía llenar el turno señalado para hoy, me manifestó hace pocos días que, por dificultades que le fué imposible salvar, no había podido acumular en tiempo oportuno el caudal de datos que necesita para desarrollar su interesante estudio sobre el período revolucionario de los años de tregua entre las dos insurrecciones libertarias, esto es, de 1879 a 1895. "Es verdad —me decía él— que en mi memoria está fresco ese período, por haber figurado yo entre los promotores de diversas tentativas revolucionarias; pero, por el interés de la Sociedad de Conferencias y por el mío propio, no quiero hacer ese estudio basado solamente en mi memoria y he solicitado datos de algunas personas, para tener la seguridad plena de que no he de incurrir en dudas ni en omisiones. Esos datos están llegando con demasiada lentitud a mi poder y me veo obligado a aplazar la fecha de mi conferencia, fijándola, para no alterar el orden que los demás conferencistas se han señalado, como la última de la serie. Pero ante todo, este domingo ¿quién me sustituye?

Esta interrogación debía encerrar un problema inquietante para mí, por causa de las obligaciones

que tengo contraídas como uno de los organizadores de estas justas de la inteligencia. En efecto: para satisfacer de manera más cumplida el amable reclamo del público intelectual que viene a oír esas conferencias, y al cual ya hemos habituado a este esparcimiento del espíritu todos los domingos por la mañana, era conveniente que no quedara huérfano este día, apenas en el comienzo de la presente serie, que con tanto interés y agrado ha sido recibida. Solicitar de algún otro disertante que adelantase su trabajo, era imposible: cada cual ha elegido su fecha sometiéndose a un cálculo de tiempo. Solicitar de algún conferencista o escritor de historia, extraño a la serie, que preparase festinadamente un trabajo de esta índole, era impropio. Una solicitud de este género sólo podía hacerse a alguno de los directores de la propia Sociedad de Conferencias. Y como ya mi siempre admirado compañero en la dirección de esta Sociedad, el doctor Evelio Rodríguez Lendián, había ocupado un turno en la serie presente, no quedaba más que una persona a quien dirigir esa solicitud para que ocupara la tribuna en este día: esa persona no era otra que yo mismo.

No vacilé mucho —ni el tiempo me lo permitía— en autodesignarme para satisfacer este empeño, y es porque, hurgando en mis recuerdos, encontré sin gran esfuerzo, un capítulo de la Historia de Cuba, bien poco conocido, por cierto, y sobre el cual era posible disertar con íntimo y cabal conocimiento de los hechos que dentro de él se concentran, según os hará presumir, sin que yo insista en ello, el enunciamento de mi tema: *Martí en Santo Domingo*.

No sólo poseo caudal sobrado de datos fehacientes para exponer ante vosotros los trabajos realizados por Martí en las tres ocasiones en que visitó a Santo Domingo —la última de las cuales ya sabéis la trascendencia que tiene—, sino que, refrescando mis propios recuerdos y reconstruyendo hechos y versiones que he oído de los propios labios de las personas que en esos hechos figuraron, me es tarea fácil desenvolver mi tema sin exponerme a incurrir en errores. No necesitaba por lo tanto, una preparación especial para el caso, y érame por demás grato estudiar ese orden de sucesos, en los cuales aparecen estrechamente unidas, por lazos espirituales y ma-

(1)—Ciclo organizado por la Sociedad de Conferencias, de la cual fué Max Henríquez Ureña uno de los fundadores.

teriales, las dos Antillas hermanas a las cuales se halla vinculada mi vida. . .

*
* *
*

Las tres visitas que, con breves intervalos, hizo José Martí a la República Dominicana, tienen, para el perfecto conocimiento de los sucesos que precedieron a la Revolución de independencia de 1895, una importancia capital. La primera de ellas, hecha en 1892, tuvo por resultado la aceptación de Máximo Gómez del título de encargado supremo del ramo de la guerra en la organización de ese movimiento. La segunda, reafirmó, meses después, la labor iniciada. La última, a principios de 1895, culminó en el Manifiesto de Montecristi, y en la salida, llena de dificultades y zozobras, de Máximo Gómez y de Martí, con cuatro valientes más, para dirigirse a Cuba, donde ya estaba encendida la tea revolucionaria.

Seguir los pasos de Martí durante esos viajes, analizar la labor hecha por él con pasmosa rapidez en aquel país, donde encontró terreno fértil para su propaganda; estudiar las circunstancias favorables y adversas con que tropezó; ver, en fin, el curso, a veces providencial, de una serie de acontecimientos de los cuales dependía, en gran parte, la suerte de Cuba, es el objeto de esta conferencia.

Estos episodios que voy a relatar de la vida de Martí, nos ponen una vez más frente a la muda esfinge de la historia, formada de casualidades y de contrastes. ¡Cuántas veces, por causa de un obstáculo que escapaba a toda previsión estuvo a punto de fracasar el empeño de Martí y de Máximo Gómez, de verse cuanto antes en el teatro de la guerra, y de qué modo sin embargo, por circunstancias también imprevistas, lograron al fin, sobreponiéndose con entereza a la adversidad, cumplir el mandato que les imponía el deber! Resaltan en estos sucesos aquellas contingencias que Tolstoy llamó los "factores infinitamente pequeños de la Historia", las minucias de la Historia, que no por ser minucias dejan de ser a veces las que varían el destino de un pueblo o filjan el equilibrio de un mundo.

Errados andan aquellos historiadores que, a la manera del insigne Albert Vandal, pretenden enmendar el curso de la historia haciendo recriminaciones a sus actores principales, y expresando la sospecha de que, si en vez de proceder de un modo hubieran procedido de tal otra suerte, el curso de la historia de la humanidad hubiera sido diferente. ¡Vano empeño es ése! La historia no la encausan los designios

de los hombres, sino el empuje de fuerzas ciegas y de causas recónditas que constituyen el patrimonio de los siglos. Cuando los tiempos han llegado a la madurez necesaria para producir determinado fruto, no hay voluntad humana que pueda contrarrestar el desarrollo de los acontecimientos, cuyo origen es preciso ir a buscar en el arcano del pasado. Ese origen, en muchas ocasiones puede haber sido un hecho insignificante; pero una vez que ese hecho entra en el encadenamiento de los siglos, ya es imposible restarle sus ineludibles consecuencias.

Suele encontrarse, empero, en los hombres representativos de un pueblo o de una época, cierta virtud profética que les permite darse cuenta de los secretos designios de la historia. Esos son los grandes caudillos históricos, aquéllos que se dan cuenta de que cada acto de su vida, por insignificante que este acto parezca, forma parte de la historia del mundo. Esos hombres, que tienen conciencia, raras veces revelada, de que están *viviendo la historia*, de que están fabricando la historia, si bien no la dirigen y controlan, facilitan el curso de ella, precipitando el advenimiento de sucesos fatales, que la historia misma, con mayor o menor desgarramiento, ha de producir algún día. Contra la voluntad de esos hombres es inútil que se conjuren a veces las circunstancias: dijérase que la propia historia, ávida de llegar a sus finales consecuencias, los protege y ampara de manera providencial.

Esto ocurre con José Martí y con Máximo Gómez en sus preparativos para llegar a Cuba, donde la guerra había estallado: mil veces se vieron fracasados, y otras tantas, con una energía que sólo han desplegado los verdaderos hombres simbólicos, los caudillos históricos, se empeñaron en cumplir su destino, viéndose siempre protegidos por una suerte bienhechora que los salvó del fracaso, de la persecución, de la captura, del naufragio y de la muerte misma, y los hizo arribar allí donde la historia reclamaba su presencia, para llevar a cabo la magna obra de libertar a un pueblo.

*
* *

El diez de septiembre de 1892 puso Martí el pie, por primera vez, en territorio dominicano. Desembarcó en Montecristy, ciudad capital de la provincia de su nombre, en el norte de la República Dominicana. Se dirigió seguidamente a la finca La Reforma donde Máximo Gómez, nuevo Cincinato, vivía consagrado a labrar la tierra, rodeado de su familia.

He aquí como el propio Martí describe su llegada a La Reforma:

Iba cayendo la noche del cielo argentino, de aquel cielo de Santo Domingo, que parece más alto que otro alguno, acaso porque los hombres han cumplido tres veces bajo él, el juramento de ser gusanos o libres, cuando un cubano caminante, sin más compañía que su corazón y el mozo que le contaba amores y guerras, descalzaba el portillo del cercado de treza de una finca hermosa, y con el caballo del cabestro, como quien no tiene derecho a andar montado en tierra mayor, se entró lentamente, con nueva dignidad en el épico gozo, por la vereda que seguía hasta la vivienda oscura: da el misterio del campo y de la noche toda su luz y fuerza natural a las grandezas que achica o desluce, en el dentelleo de la vida populosa, la complicidad o tentación del hombre. Se abrieron a la vez la puerta y los brazos del viejo General: en el alma sentía sus ojos, escudriñadores y tiernos, el recién llegado; y el viejo volvió a abrazar en largo silencio al caminante, que iba a verlo de muy lejos y a decirle la demanda y cariño de su pueblo infeliz y a mostrar a la gente canija cómo era imposible que hubiese fatal pelea entre el heroísmo y la libertad. Los bohíos se encendieron; entró a la casa la carga ligera; pronto cubrió la mesa el plátano y el lomo, y un café de hospedaje, y un fondo de ron bueno de Beltrán; dos niñas que vinieron a la luz, llevaban y traían; fué un grato reposo de almas la conversación primera, con esa rara claridad que al hombre pone el gusto de obrar bien, y unos cuantos contornos en el aire, de patria y libertad, que en el caserón de puntal alto, a la sombra de la pálida vela, parecían como tajos de luz. No en la cama de repuesto, sino en la misma del General, había de dormir el caminante: en la cama del General, que tiene colgada a la cabecera la lámina de la tumba de sus dos hijos...

Tres días duró la conversación entre aquellos dos hombres. Fundado a principios del propio año de 1892, en Cayo Hueso y Tampa, el Partido Revolucionario Cubano, Martí iba a ofrecer al General Gómez —en cumplimiento de las viriles resoluciones de ese conglomerado de patriotas— la dirección suprema de la organización militar de la revolución. Gómez interrogó minuciosamente a Martí sobre el estado de los trabajos revolucionarios y se mostró altamente satisfecho del adelanto en que se encontraban. Si algún rescoldo de pasadas disenciones entre los dos jefes, pudiera quedar al través de los años, se disipó totalmente en la cordial entrevista de La Reforma, según lo cuenta el propio General Máximo Gómez en los siguientes apuntes del diario de su vida:

Este mismo José Martí, hombre inteligente y perseverante defensor de la libertad de su patria, fué

uno de los que con mayor entusiasmo se pusieron a mi lado, cuando en 1884 me puse personalmente al frente del movimiento que tratábamos de iniciar. Pero Martí se disgustó aquella vez, según parece, por no estar de acuerdo con los métodos que nosotros empleábamos, y me dió las espaldas. Su retirada contribuyó no poco a acelerar el fracaso que al fin sufrimos, pues la desconfianza pública fué entonces más marcada, quedándonos solos y desamparados los hombres de armas que tuvimos el pensamiento de llevar la revolución de Cuba.

Muchos hombres prominentes del Partido Separatista, con aparente razón temían ahora que guardando yo desde entonces algún resentimiento contra Martí por su conducta pasada, negase a la revolución, que él trata de resucitar, mi apoyo moral y todos mis servicios. No podía suceder así, pues Martí viene a nombre de Cuba; anda predicando los dolores de la Patria; enseña sus cadenas; pide dinero para comprar armas y solicita compañeros resueltos que le ayuden a libertarla, y como no hay un motivo, uno solo, por qué dudar de la honradez política de Martí, yo, sin tener en mi corazón el menor sentimiento de queja contra Martí, me sentí decididamente inclinado a ponerme a su lado y a acompañarlo en la gran empresa que acometía. Así es que Martí ha encontrado mis brazos abiertos para él, y mi corazón, como siempre, dispuesto para Cuba.

El 13 de septiembre salieron Martí y Máximo Gómez para Santiago de los Caballeros, a caballo, y llegaron a dicha ciudad el mismo día. Se detuvieron allí para realizar algunas diligencias y ver a algunos amigos de la idea revolucionaria, y el día 15 resolvió Martí seguir viaje hacia la capital de la República, mientras Gómez volvía a La Reforma. Los gastos de Martí dentro de la República, fueron sufragados por Máximo Gómez.

Antes de separarse, Máximo Gómez entregó a Martí una carta de carácter oficial, como respuesta a la extensa comunicación, también oficial, que como Delegado del Partido Revolucionario Cubano le había entregado Martí, suplicándole aceptase el mando supremo de la guerra. La comunicación de Máximo Gómez decía lo siguiente:

Santiago de los Caballeros, Septiembre 15 de 1892.

Señor José Martí,
Delegado del Partido Revolucionario Cubano.

Señor Delegado:

Al enterarme del contenido de su atenta nota en la cual me expresa los propósitos del "Partido Revolucionario Cubano", cuyo Poder Ejecutivo tan digna

y acertadamente representa Ud., he experimentado la más grata satisfacción, porque yo también me siento aún capaz de ser entusiasta y leal batallador para alcanzar la independencia de Cuba.

Pero aún es más grande la satisfacción, dado el plan de organización para aunar los elementos de fuerzas de dentro y de fuera, que Ud, con tanto tino va llevando a término, para de este modo poder abrir, cuando sea llegada la hora, campaña vigorosa, que de seguro nos ha de dar la victoria.

En cuanto al puesto que se me señala al lado de Ud., como a uno de los viejos soldados del Ejército Libertador de Cuba, para ayudar a continuar la obra interrumpida, tan señalada honra, tan inmerecida confianza, no tan solamente deja empeñada mi gratitud, sino que al aceptar, como acepto, tan alto destino, puede Ud., estar seguro de que a dejarlo enteramente cumplido, consagraré todas las fuerzas de mi inteligencia y de mi brazo, sin más ambición ni otro interés que dejar bien correspondida y hasta donde pueda alcanzar la medida de mis facultades, la confianza con que se me honra y distingue.

Por la parte que me toca, para la cantidad de trabajo y de labor en la grande obra que vamos a recomenzar, desde ahora puede Ud., contar con mis servicios.

Patria y Libertad.

M. Gómez,
Mayor General.

* * *

Martí quiso hacer el viaje por tierra, a caballo, por las comarcas de la extensa región del Cibao, antes de dirigirse a la capital. Fué su deseo visitar algunos sitios históricos, como el Santo Cerro, en La Vega. Vió allí, en la ciudad de La Vega, a un cubano distinguido que había formado en Santo Domingo familia y fortuna: Eleuterio Hatton, y recabó, obteniéndolo al punto, su apoyo para la campaña revolucionaria.

El día 18 llegó Martí a la antigua ciudad de Santo Domingo de Guzmán, capital de la República Dominicana. Ya había avisado su llegada por medio de un telegrama dirigido desde Santiago al periodista y maestro Federico Henríquez y Carvajal, que se había significado de mucho antes por su devoción al ideal de la independencia de Cuba. Durante su estancia en la capital compartió, en el hogar de Henríquez y Carvajal, el pan y el vino, y sintió palpitar en torno suyo corazones fraternos inflamados en el mismo sentimiento de amor a la libertad de Cuba.

Visitó Martí con afán e interés muchos sitios históricos. La ciudad de Santo Domingo está llena de ruinas que resumen aspectos interesantes de la conquista de América. Allí están los escombros de la iglesia de San Nicolás, la primera que se levantó en América, merced al empeño del gobernador Nicolás de Ovando. Allí se levantan todavía las paredes vetustas del recinto solariego que fabricó Diego Colón para fijar en él su residencia. Allí se conserva, desafiando las injurias del tiempo, la catedral más antigua de América. Allí se guardan las cenizas del descubridor del Nuevo Mundo, de Cristóbal Colón, aunque todavía se quiera sostener, sin fundamento, que éstos no son los verdaderos restos del Almirante.

Todo esto, y mucho más, visitó Martí con visible atención y agrado. Y esa misma noche le fué ofrecida una recepción en la Sociedad de Amigos del País, institución de cultura, que tiene en la historia de Santo Domingo una importancia tan grande como la que tiene en la historia de Cuba la institución cubana que lleva el mismo nombre.

El acto fué abierto, con breves frases de saludo al ilustre huésped, en nombre de la sociedad dominicana, que allí concurrió en masa, por el señor J. M. Pichardo. La presentación del orador fué hecha por Federico Henríquez y Carvajal, en conceptuosos y ardientes períodos. Y habló Martí. La concurrencia quedó electrizada. Algunos de los cronistas que hicieron la relación del acto, transmitieron al papel la impresión que el público allí congregado había recibido, y que fué la de creer que vibraba en los aires, impalpable y seráfico, el arrullo de una música divina. Al terminar Martí su discurso, donde dejó traslucir todas sus ansias y todos sus anhelos por alcanzar a tener una patria propia, la ovación que se le tributó fué un desbordamiento de cariño y de admiración.

Contestó a Martí el insigne escritor Manuel de Jesús Galván, autor de la notable leyenda histórica *Enriquillo*, donde se cuenta la resistencia heroica del último cacique indígena de Santo Domingo, que con tan tenaz denuedo se opuso al dominio de los conquistadores, hasta conseguir ver respetado su derecho y morir libre, rodeado de los suyos. Galván, con su palabra mesurada y académica, hizo el elogio cumplido de Martí, cuya oratoria contrastaba tanto con la suya, ya que Martí había hablado, según la frase del propio Galván, "con abundancia de corazón". Contestó Martí a Galván, para darle las gracias por sus honrosos conceptos, y habló después el doctor Francisco Henríquez y Carvajal, sin eufemismos ni vacilaciones, caldeando su verbo en viril estrofa del poe-

ta guerrero de Santo Domingo, Manuel Rodríguez Objío, haciendo latir en su verbo las ansias de libertad que todos sentían e invocando, para realizarlas, el culto austero del deber en todo pecho hispanoamericano. Y por última vez, más conmovido y más vibrante, habló Martí, electrizando nuevamente con su palabra a la concurrencia.

Terminado el acto, aquella misma noche partió Martí en una goleta para uno de los puertos de la costa sur de la República, para Barahona, capital del Distrito de su nombre, José Joaquín Pérez, en un artículo intitulado *Nuestro Adiós a Martí*, narró la despedida de éste, a quien fueron a acompañar hasta el muelle del río Ozama, donde estaba amarrada la embarcación, los señores Jaime R. Vidal, Federico Henríquez y Carvajal y el propio José Joaquín Pérez. Esa despedida fué eterna. Martí volvió a pisar tierra dominicana otras dos veces, pero ya no visitó más la ciudad capital.

Martí había elegido la costa sur para seguir su viaje, hostigado por el deseo de visitar el histórico lago de Enriquillo, situado en el distrito de Barahona. En las cercanías de aquel lago se refugió, en su resistencia tenaz al poder colonial, el cacique Guarocuya, o sea Enriquillo, al cual no hubo medio de reducir a la obediencia y fué preciso reconocerle feudo y señorío independiente con lo que quedaba de su heroica tribu.

Dijérase que Martí fué a buscar nuevos alientos para su obra de libertad, allí donde las ondas azules del lago elevan el alma al ideal, allí donde las montañas parecen cantar un poema de libertad, allí donde el cielo creyérase más puro, allí donde parece que al caer la tarde surge la sombra del último cacique rebelde, allí donde, confundida con los gemidos del viento, parece desprenderse la protesta secular y doliente de una raza infeliz. . .

Antes de partir de la República Dominicana, para dirigirse a Centro América, el día 21 de septiembre, Martí escribió en una carta a sus amigos de la capital: "El hombre tiene ya dos patrias".

No se equivocaba. Martí fué acogido en Santo Domingo como si fuera un dominicano más. Dejó allí profunda huella en todos los corazones, y por ello no hay que extrañar que su muerte haya sido uno de los duelos más intensos que ha experimentado, unánimemente, la sociedad dominicana. Ese duelo cristalizó en un *Album* dedicado a su memoria, el producto del cual fué destinado a las cajas de la Revolución.

Además, en el sagrario de cada hogar dominicano palpitaba, como una prolongación del sentimiento de la patria propia, el culto de la libertad de Cuba.

Ah, señores! Cuando en el sagrario de cada hogar llega a tener arraigo un sentimiento, éste se trasmite a los niños, que, por oírlo a diario en labios de sus mayores, lo acogen como un artículo de fe. Os habla un niño de aquel entonces; pero por si eso no bastare, y como prueba de que este sentimiento palpitaba en todos los hogares dominicanos, voy a leeros una delicada composición del distinguido poeta José Joaquín Pérez, el cual pinta en seis estrofas, de mano maestra, cuáles eran los juegos favoritos del más pequeño de sus hijos.

U N M A M B I

Ah! Yo tengo un mambí de ojos azules
y ensortijada cabellera rubia,
que aún dos años no cuenta y ya presume
ser un audaz libertador de Cuba.

Apenas sale el sol, desnudo salta
con ímpetu marcial, desde la cuna
y dando vivas, mi bastón de caña
para servirle de corcel empuña.

Blandiendo un palo, cual si fuera el *Quimbo*,
corre, vuela, ya ansioso por la lucha,
al patio, a su manigua, aquel invicto
y temible adalid en miniatura.

En pos de él sigue la faldera tropa
de tres chicuelas, hermanitas suyas,
y en creciente algarada estrepitosa
ponen al punto el enemigo en fuga.

Triste y medroso ante el empuje, el perro
para huir sin cesar, el rabo oculta,
las gallinas y el gallo alzan el vuelo,
y el gato en la cocina se acurruca.

Después. . . el sol de América en la frente
glorioso irradia del mambí que triunfa,
y erguido en su corcel, alto el machete,
da el grito redentor de "¡Viva Cuba!".

*
* *
*

Martí volvió a pisar tierra dominicana el 3 de junio de 1893. Sólo permaneció allí dos días. Llegó a Montecristy a entrevistarse con Máximo Gómez, y

a enterarlo detalladamente del estado de los trabajos de la Revolución. Venía de Centro América, donde había tomado distintos acuerdos con los hermanos Maceo, Flor Crombet y otros jefes militares que habían de asumir parte principalísima en el movimiento, y traía además, algunas noticias, fidedignas de la marcha de los trabajos que se llevaban a cabo en el interior de la Isla de Cuba. El 5 de junio partió otra vez para New York.

A su paso por Montecristy, esta segunda vez, la idea de la revolución cubana se había extendido de tal manera en todo el territorio dominicano, que en las ciudades más importantes se habían fundado ya los siguientes clubs separatistas: *Guarionex*, *Diez de Octubre*, *Mártires del Virginius*, *Mayía Rodríguez*, *Antonio Maceo*, *Paquito Borrero* y *Máximo Gómez*. Este último era presidido por el celebrado escritor general Francisco Gregorio Billini, ex-Presidente de la República Dominicana.

Muchos otros clubs hubieron de fundarse más tarde: siéndome imposible recordar los nombres de los de mayor significación: *Calixto García* (Presidente: Federico Giraudy); *27 de Febrero* (Presidente: Federico Henríquez y Carvajal); *Modesto Díaz*, *Salvador Cisneros* (Presidente: Néstor del Prado); *Flor Crombet* (Presidente: Eduardo Calás); *Guillermo Moncada* (Presidente: Luis Lamarque); *Jaime R. Vidal*, *Federico Henríquez y Carvajal*, *Martí* y otros muchos. Había además clubs organizados exclusivamente por las damas, como los siguientes: *24 de Febrero*, *Hijas de Hatuey*, *Clemencia Páez*, *Estrella de Cuba* y *Candelaria Palma*.

*
* *
*

La tercera y última vez que Martí pisó tierra dominicana, fué en el momento decisivo de comenzar la lucha por la independencia de Cuba. Dentro de los planes de Martí entraba el de haber hecho desembarcar tres expediciones en Cuba, por tres sitios distintos a la vez, valiéndose de tres barcos bien pertrechados que debían salir de Fernandina: *Amadís*, *Baracoa* y *Lagonda*. Este último era el primero que debía zarpar de los Estados Unidos, para ir a buscar a Máximo Gómez a Montecristy. El proyecto de expedición fué descubierto, viéndose además perdida la mayor parte de las armas. La desesperación de Martí no tuvo límites. El fracaso de aquella expedición formidable, compuesta de tres barcos de vapor que habían de arribar a las playas cubanas en enero de 1895, trayendo en su seno un fuerte puñado de patriotas y una gran cantidad de pertrechos de guerra, lo dejó

anonadado. En tales circunstancias, a fines de enero, puso el telegrama siguiente al General Máximo Gómez, que aguardaba impaciente, en Montecristy, las noticias de la expedición proyectada:

"Imposible negocio. Espéreme".

El 7 de febrero llegó Martí a Montecristy, acompañado de los Generales Enrique Collazo y José Ma. Rodríguez. Las horas eran de angustia y desolación, pero no era posible retroceder. Ya la tea revolucionaria estaba encendida, ya la orden del levantamiento dentro de la Isla había sido dada para fines de febrero, y era forzoso partir, costara lo que costara.

Los recursos con que contaban no eran muchos, pues no hallaban medio alguno de ajustar por bajo precio una goleta, una embarcación cualquiera, un bote de vela siquiera. Martí no había reunido para este viaje más que dos mil pesos recolectados expresamente para el caso por su amado discípulo Gonzalo de Quezada en Tampa, y remitidos desde allí al doctor Ulpiano Dellundé, agente de la Revolución en Cabo Haitiano, para que éste, que se hallaba tan próximo a Montecristy, los hiciera llegar a su destino. Se necesitaba mayor suma de dinero, y el tiempo apremiaba.

El 12 de febrero salieron Martí, Máximo Gómez y Mayía Rodríguez para la Vega, habiendo acordado que el General Collazo regresase cuanto antes a Nueva York. En la Vega se entrevistaron con Eleuterio Hatton, el 22 del propio mes, en la jurisdicción denominada Los Haticos. Hatton, que consiguió algún dinero, trató de dejar arreglada la salida de los expedicionarios, en un balandro, por la bahía de Samaná. Varias fueron las tentativas infructuosas en ese sentido, y en el curso de estas gestiones llegó el 24 de febrero y estalló el grito de guerra en distintos puntos de la Isla de Cuba.

La impaciencia devoraba a aquellos hombres que cada día consideraban un deber más imperioso acudir a los campos de batalla. Los recursos al hacer frente a todos estos planes fracasados, mermaban. Volvieron Martí y Máximo Gómez a Montecristy y enviaron al General Rodríguez a la capital de la República, para recabar de los agentes revolucionarios Federico Henríquez y Carvajal y Jaime R. Vidal, los fondos necesarios para completar el costo de la expedición que ahora organizaban por el puerto de Montecristy.

El General Rodríguez encontró en difícil situación las cajas de los clubs revolucionarios de la ca-

pital. Pensativos, cariacontecidos, angustiados lo recibieron Vidal y Henríquez. Vidal, que ocupaba un alto cargo en el Gobierno, propuso ir a solicitar ese dinero del Presidente de la República, el General Ulises Heureaux. Para Henríquez y Carvajal, a quien Heureaux había hecho encarcelar poco antes, injustamente, por su labor de periodista viril y honrado, aquella entrevista representaba un sacrificio en lo más íntimo de su amor propio lastimado; pero al cabo, repitiendo la frase de Lacret: "¡Todo por Cuba!", aceptó la idea; y hé aquí como él mismo ha relatado en un artículo —muchos años más tarde, cuando no era indiscreto revelarlo— esa entrevista con el General Heureaux:

A media noche entrábamos, a oscuras, hasta el dormitorio en donde el General nos aguardaba. Mostrose complacido de verme en el número de sus nocturnos visitantes, y yo me incliné para corresponder a su galante saludo. E instalados los cuatro en sendos sillones, a la luz atenuada de una lámpara de color, nos interrogó sin demora: En qué puedo servirles?"

Se le informó del caso. Se le habló con fervor de la causa de Cuba, que era antillana; se le habló, con justo encomio, de Céspedes, de Marcano y de Agramonte, héroes y mártires de la independencia, y de Martí, de Gómez y de Maceo, por quienes manifestó grande admiración y simpatía; se ponderó el alcance y el mérito del servicio, que, en obsequio de la magna empresa, se le pedía; y se discurrió acerca del seguro éxito de la obra de redención acometida. Opuso algunos reparos al principio, para concluir al cabo por manifestar su reflexivo entusiasmo en pro de la nueva campaña que se iniciaba en el Oriente de la rebelde Antilla.

Ya era de los nuestros. Su actitud habría de tener más tarde mayor alcance aún: nos consentiría hacer, sin alarde, aunque no siempre con la exigida reserva, la diaria labor revolucionaria.

Estaba de pie, en señal de despedida, cuando nos dijo: "Doiles gracias por haberme ofrecido la ocasión de unir mi óbolo al óbolo dominico-cubano. Mañana pondré en manos de ustedes un giro pagadero en Montecristy. Saludo en ustedes a los patriotas expedicionarios. ¡Qué Dios los ayude!" (a)

(a).— En efecto, dice el licenciado Rodríguez Demorizi, al día siguiente de la memorable entrevista el general Mayía Rodríguez tenía en las manos la siguiente orden:

Santo Domingo, 2 de marzo de 1895.
Señor General
Don M. A. Pichardo,
Monte Cristy.
Mi estimado Guelito:

Dímoles sinceras gracias. Con un abrazo correspondió a las efusivas frases de Vidal y de Rodríguez; a las mías, tendiéndome la recia mano. Se la estreché, mientras para mí repetía: "¡Todo sea por Cuba!".

Llegábamos al pie de la escalera cuando, con el tono de quien está seguro de ser entendido, nos advirtió: "Nadie sabe, y el Presidente Heureaux menos que nadie, ni de esta entrevista ni del resultado de nuestra conferencia".

—"La gratitud y la disciplina, a una, nos impone absoluta reserva", afirmó el general cubano.

—"A todos nos interesa el secreto", agregó Jaime R. Vidal, que no cabía en sí de gozo, por el éxito obtenido.

Yo concluí: —"Del General Heureaux depende que nada sepa de esto el Presidente de la República".

Asintió con una sonrisa, y nos despedimos.

Para el Cibao, salió, al siguiente día, el activo General Rodríguez. En cuatro jornadas se puso en La Reforma. Impacientes lo esperaban, pero él llevaba los escasos recursos que la expedición exigía.

—"¡Por fin!", exclamó al verle, el héroe de Palo Seco. Y lo estrechó entre sus brazos. Martí abrazándolo también, le saludó con este voto cordial: "¡Bienvenidos el mensajero y el mensaje!".

*
* *
*

La figura del General Heureaux tiene tintes sombríos y nefastos en la política dominicana, pero este rasgo en favor de la independencia de Cuba, lo dignifica y enaltece. El, que había hecho extinguirse en Santo Domingo todo asomo de libertad, que imperaba por el terror y por la fuerza, tuvo, sin embargo, conciencia clara de su deber de "buen americano" y supo cumplirlo en la medida en que su cargo se lo permitía.

La presente tiene por objeto suplicarte, bajo confianza de caballero, le entregues al portador, sin dilación alguna, la cantidad de *Dos mil pesos oro*, los que te compensaré con giros s/Nueva York a fin del mes en curso.

Soy como siempre tu affmo. amigo y s. s.

U. Heureaux.

Esta importante orden de Lilís, hasta ahora desconocida, figura en el *Copiadore de oficios del Presidente Heureaux*, No. 44, de 1895, folio 476." (Emilio Rodríguez Demorizi: *Martí en Santo Domingo*. Impresores UCAR GARCIA, S. A. La Habana, 1953, pág. 125). Este interesante documento sirve, además, para fijar la fecha en que fué celebrada la histórica entrevista.— (V. A. D.)

Oficialmente, mostraba singular empeño, porque así convenía a su política exterior, en aparentar lo contrario. Sus disposiciones contra las conspiraciones que en la propia Isla se fraguaban, tenían un carácter tan temible y aparatoso, que desde Nueva York, la pluma siempre acerada de Eduardo Yero protestó en las columnas de *Patria*, el órgano de la Revolución, contra la actitud que asumía el gobierno dominicano. La lluvia de protestas que cayó sobre esos párrafos de *Patria*, de todos los extremos de la nación dominicana, hizo exclamar después al propio Yero: "Yo me he referido al gobierno, pero bien sé que el gobierno no es el pueblo".

Lo que ignoraba Yero —porque la absoluta reserva con que estas cosas se hacían al amparo de la palabra de honor de hombres para quienes la palabra de honor algo significaba, impedía que estos hechos se divulgaran— era que el mismo Presidente que dictaba tales órdenes, para no perturbar la *etente cordiale* de la República Dominicana con España, había dado un giro de dos mil pesos para que Máximo Gómez y Martí pudieran embarcar con destino a Cuba; y que, si bien mandaba a detener por veinticuatro horas al poeta Pellerano Castro, porque en una velada patriótica dominicana terminó la lectura de unos versos suyos con un "¡Viva Cuba!" que provocó una tempestad de entusiasmo en el auditorio, permitía en cambio que se conspirase en los cuatro extremos de la Isla, de donde salieron varias expediciones, entre ellas las que dirigía el General Serafín Sánchez. La actitud de Ulises Heureaux con relación a Cuba, lo redime un tanto de sus errores y permite que en este momento arrojemos un piadoso velo sobre su memoria y pronunciemos con agradecimiento su nombre.

*

* *

Ya en posesión de los recursos que le fueron enviados de la capital de la República, los expedicionarios se aprestaron a partir: y fué entonces el 25 de marzo de 1895, cuando lanzaron al mundo José Martí y Máximo Gómez el Manifiesto de Montecristy, donde expresaron cuales eran los propósitos de la Revolución y expusieron las razones que concurrían a justificar la protesta armada.

Aquel mismo día escribía Martí a Federico Henríquez y Carvajal la siguiente carta, que ha sido llamada con justicia su testamento político, y que después de conocer, en la forma en que acabo de exponerlos, los sucesos que con ella se relacionan, adque-

re, al través de cada uno de sus párrafos, extraordinario relieve:

Amigo y hermano:

Tales responsabilidades suelen caer sobre los hombres que no niegan su poca fuerza al mundo, y viven para aumentarle el albedrío y decoro, que la expresión queda como vedada e infantil, y apenas se puede poner en una enjuta frase lo que se diría al tierno amigo en un abrazo. Así yo ahora, al contestar, en el pórtico de un gran deber, su generosa carta. Con ella me hizo el bien supremo, y me dió la única fuerza que las grandes cosas necesitan, y es saber que nos las ve con fuego un hombre cordial y honrado. Escasos, como los montes, son los hombres que saben mirar desde ellos, y sienten con entrañas de nación, o de humanidad. Y queda, después de cambiar manos con uno de ellos, la interior limpieza que debe quedar después de ganar, en causa justa, una buena batalla. De la preocupación real de mi espíritu, porque Ud. me la adivina entera, no le hablo de propósito: escribo, conmovido, en el silencio de un hogar que por el bien de mi patria va a quedar, hoy mismo acaso, abandonado. Lo menos que, en agradecimiento de esa virtud puedo yo hacer, puesto que así más ligo que quebranto deberes, es encarar la muerte, si nos espera en la tierra o en el mar, en compañía del que, por la obra de mis manos, y el respeto de la propia suya, y la pasión del alma común de nuestras tierras, sale de su casa enamorada y feliz a pisar, con una mano de valientes, la patria cuajada de enemigos. De vergüenza me iba muriendo, —aparte de la convicción mía de que mi presencia hoy en Cuba es tan útil por lo menos como afuera.—cuando creí que en tamaño riesgo pudiera llegar a convencerme de que era mi obligación dejarlo ir solo, y de que un pueblo se deja servir, sin cierto desdén y despego, de quien predicó la necesidad de morir, y no empezó por poner en riesgo su vida. Donde esté mi deber mayor, adentro o afuera, allí estaré yo. Acaso me sea dable, u obligatorio, según hasta hoy parece, cumplir ambos. Acaso pueda contribuir a la necesidad primaria de dar a nuestra guerra renaciente forma tal, que lleve en germen visible, sin minuciosidades inútiles, todos los principios indispensables al crédito de la revolución y a la seguridad de la república. La dificultad de nuestras guerras de independencia, y la razón de lo lento e imperfecto de su eficacia, ha estado, más que en la falta de estimación mutua de sus fundadores y en la emulación inherente a la naturaleza humana, en la falta de forma que a la vez contuviese el espíritu de redención y decoro que, con suma activa de ímpetus de pureza menor, promueven y mantienen la guerra, y las prácti-

cas y personas de la guerra. La otra dificultad, de que nuestros pueblos amos y literarios no han salido aún, es la de combinar, después de la emancipación, tales maneras de gobierno que sin descontentar a la inteligencia primada del país, contengan —y permitan el desarrollo natural y ascendente— a los elementos más numerosos e incultos, a quienes un gobierno artificial, aún cuando fuera bello y generoso, llevará a la anarquía o a la tiranía. Yo evoqué la guerra: mi responsabilidad comienza con ella, en vez de acabar. Para mí la patria no será nunca triunfo, sino agonía y deber. Ya arde la sangre. Ahora hay que dar respeto y sentido humano y amable, al sacrificio: hay que hacer viable, e inexpugnable, la guerra: si ella me manda, conforme a mi deseo único, quedarme, me quedo en ella; si me manda, clavándome el alma, irme lejos de los que mueren como yo sabría morir, también tendré ese valor. Quien piensa en sí, no ama a la patria; y está el mal de los pueblos, por más que a veces se lo disimule sutilmente, en los estorbos o prisas que el interés de sus representantes ponen al curso natural de los sucesos. De mí espere la deposición absoluta y continua. Yo alzaré el mundo. Pero mi único deseo sería pegarme allí, al último tronco, al último peleador: morir, callado. Para mí, ya es hora. Pero aún puedo servir a este único corazón de nuestras repúblicas. Las Antillas libres salvarán la independencia de nuestra América, y el honor ya dudoso y lastimado de la América inglesa, y acaso acelerarán y fijarán el equilibrio del mundo. Vea lo que hacemos; Ud., con sus canas juveniles, y yo, a rastras, con mi corazón roto.

De Santo Domingo ¿por qué le he de hablar? ¿Es eso cosa distinta de Cuba? ¿Ud. no es cubano, y hay quien lo sea mejor que Ud.? ¿Y Gómez, no es cubano? ¿Y yo, qué soy, y quién me fija suelo? ¿No fué mía, y orgullo mío, el alma que me envolvió, y alrededor mío palpité, a la voz de Ud., en la noche inolvidable y viril de la Sociedad de Amigos? Esto es aquéllo, y va con aquéllo. Yo obedezco, y aún diré que acato con superior dispensación, y como ley americana, la necesidad feliz de partir, al amparo de Santo Domingo, para la guerra de libertad de Cuba. Hagamos por sobre la mar, a sangre y a cariño, lo que por el fondo de la mar hace la cordillera de fuego andino.

Me arranco de Ud., y le dejo con mi abrazo entrañable, el ruego de que en mi nombre, que sólo vale por ser hoy el de mi patria, agradezca, por hoy y por mañana, cuanta justicia y caridad reciba Cuba. A quien me la ama, le digo en un gran grito: hermano; y no tengo más hermanos que los que me la aman.

Adiós, y a mis nobles e indulgentes amigos. Debo a Ud. un goce de altura y de limpieza, en lo áspero

y feo de este universo humano. Levante bien la voz; que si caigo, será también por la independencia de su patria.

Su

JOSE MARTI.

Montecristi, 25 de marzo, 1895.

*

* *

Después de fracasar en un primer intento de embarque por el puerto de Montecristi —pues pactado ya el viaje en tres mil pesos, con el capitán de la goleta que había de conducirlos, éste a la postre, se arrepintió de su propósito—, lograron al fin los expedicionarios hacerse mar afuera, en una embarcación de vela, el día primero de abril de 1895. Seis hombres componían la expedición: José Martí, Máximo Gómez, Francisco Borrero, Angel Guerra, César Salas y Marcos del Rosario.

Después de treinta y tres horas de navegación, llegaron a una pequeña isla inglesa: Inagua. Allí se dieron cuenta de que el capitán, de nombre Bastián, los había engañado, pues no estaba dispuesto a terminar el viaje, sino a dejarlos abandonados en aquel islote, después de haber hecho el buen negocio de vender a un precio inverosímil, por lo usurario, su embarcación. Quedáronse los expedicionarios sin marinos expertos que pudieran guiarlos a las costas de Cuba, pues casi todo el resto de la tripulación siguió las huellas de Bastián, y gracias que al influjo de la palabra inflamada, persuasiva y viril de Martí, Bastián les devolvió parte del dinero que le habían entregado.

Viéronse los expedicionarios desamparados y sin rumbo cierto, en espera tan sólo de que la casualidad viniera a ayudarlos en su empeño de abandonar el islote británico y llegar a las costas de Cuba. Acertó a pasar por Inagua un barco frutero alemán, que iba al islote a buscar trabajadores, seguía a Cabo Haitiano para descargar efectos y continuaba su ruta hacia Puerto Antonio, Jamaica, pasando por frente a las costas del oriente de Cuba.

Martí concibió el plan de obtener que el capitán de aquel vapor frutero los dejase, al pasar, en las costas de Cuba, y resueltos a obtener la aquiescencia del capitán para tal objeto, compraron un bote de remo, que les costó cien pesos, para desembarcar en dicho bote. Durante la travesía ajustaron con el capitán, mediante la entrega de mil pesos, la realización del plan. El capitán convino en dejarlos a mu poca distancia de la costa, para que pudieran arrib sin dificultades ni graves riesgos.

Las condiciones que puso el capitán fueron, según nos informa Máximo Gómez, las siguientes:

Mientras el vapor estuviera en Cabo Haitiano, no debíamos estar a bordo, por si acaso resultase una visita de inspección, y además no debíamos escribir por ningún motivo el nombre del vapor, ni de él, ni de nadie; que todo eso debía quedar en la sombra del misterio.

Empeñaron los expedicionarios su palabra de honor de no revelar el nombre del buque, y es digna de mención la firmeza con que supieron ser fieles a su palabra, lo cual ha impedido que pueda conservarse para la historia, al menos hasta el presente, el nombre del buque en que llegaron a las costas de Cuba (2).

Difícil sería poder averiguarlo, si no del todo imposible. Sólo queda un superviviente de la expedición: Marcos del Rosario. Quizás sea el único que no sabía el nombre del buque. Los demás, Máximo Gómez, Martí, Paquito Borrero, Angel Guerra, César Salas, han muerto ya. El doctor Ulpiano Dellundé, que intervino, según explicaré luego, en actos y gestiones relacionados con ese viaje, también ha muerto ya.

El compromiso sagrado de guardar ése y otros secretos, no fué violado por esos hombres, ni aún después de terminada la guerra y de instaurada la República de Cuba, esto es, cuando ya no era indiscreto revelarlos. Téngase en cuenta este dato, como prueba del alto concepto que de la palabra de honor empeñada tenían aquellos hombres.

Véase como se expresa Martí, con relación al deber de guardar esos secretos, en una de sus cartas, escrita a bordo del misterioso buque que los conducía:

De... fuimos a... y de... fuimos a..., y después de tres días difíciles, vencimos en Cabo Haitiano, que es tierra triste, pero para mí querida por la casa buena de Dellundé... Pudiera y acaso debería contar con minuciosidad todo este viaje último... pero aun sería indiscreto, y es cosa pasada, que tampoco podría contar yo, que la llevé principalmente en mis hombros. Me rodeó y premió el afecto de mis compañeros. Y otra razón, además: ni antes ni después de nuestra llegada a Cuba, debo dejar escrito, ni se ha de divulgar, detalle alguno que indique las vías diversas que hemos recorrido. El alarde de lo hecho puede cerrar el camino a lo que se pueda volver a hacer. No encontrará, por supuesto, ni lo habrá

(2)—El vapor frutero *Nordstrand*, alemán.

de buscar, detalles de personas ni de mis actos o los de los demás. Si míos, por míos los callo; si ajenos, por ajenos, y sólo pudiera contarlos si los pudiera o si el relato sincero no me obligase a la vez a la celebración que me es grata y a la censura que me es odiosa, y de que se aprovecha luego la curiosidad maligna. En tiempos más serenos, podría ser, para servir luego a la explicación de los hechos públicos casi siempre determinados o torcidos por la bondad o maldad de los caracteres personales. Hoy no fuera posible sin saber a donde va lo que se escribe, o si se pierde en el viaje. Y luego, un diario suele ser un espía, y una alevosa anotación de las personas en cuya intimidad vivimos...

*
* *
*

Desembarcaron los expedicionarios el 6 de abril, en Cabo Haitiano, donde debía pasar tres días de descarga el buque, ocultos y diseminados en la población, de acuerdo con las instrucciones del capitán, que no quería que se quedasen a bordo por si resultaba alguna visita de inspección.

El doctor Ulpiano Dellundé, cubano integérrimo que era agente de la Revolución en Cabo Haitiano, tenía a su cargo la misión de recibirlos y atenderlos allí. Dellundé, con loable prudencia, no fué al muelle a darles la bienvenida, por no despertar sospechas, pues de público se sabía su devoción a la causa libertaria, y cada uno de sus pasos podía despertar recelos a las autoridades haitianas, que por gestiones llevadas a cabo por el cónsul español, estaban advertidas de que de aquel puerto podía quizás salir la anunciada expedición. Ya el gobierno de España, por medio de sus agentes confidenciales, tenía noticias de que Máximo Gómez y José Martí habían desaparecido del territorio dominicano.

El doctor Dellundé comisionó a su socio el boticario M. Mercier para que fuera a recibir al muelle a los viajeros. En casa de Mercier se hospedaron Máximo Gómez y su ayudante Marcos del Rosario. En casa del sastre M. Lambert fueron alojados Paquito Borrero y Angel Guerra. En la propia casa de Dellundé, José Martí. En el hotel Internacional, César Salas.

Los días de ansiedad y de ardorosa espera que Martí pasó en casa de Dellundé, no fueron, empero, amargos. Encontró allí una familia cubana que palpataba con todas las ansias de la patria irredimida y que lo atendió cariñosamente. Sus menores deseos eran adivinados y satisfechos. Al saber que a Martí

le gustaba mucho el buen café, fuerte y aromático, hubo quien se esmerara en prepararle un café delicioso, excepcional. Y Martí hubo de agradecerlo como atención muy señalada, porque en verdad —y al través de toda su obra se advierte— sentía pasión por el café.

En unos párrafos que he leído en esta misma conferencia, al narrar Martí su llegada al solar campestre de la familia de Máximo Gómez, habla con regocijo del "café de hospedaje" que allí le fué ofrecido. En otra ocasión exclama:

¡Oh café rico, generoso don de América, que en corrientes de vida vuelve a Europa el mal que entre tan preciosos bienes le hizo! Madame de Sevigné, la de las bellas cartas, no debió tomar nunca buen café. Y en la demolición de la Europa vieja, por Voltaire emprendida, cuántas armas terribles no se habrán templado al ardor de nuestro jugo americano?

Así, al dedicar un ejemplar de sus *Versos Sencillos* al doctor Ulpiano Dellundé, Martí escribió, al vuelo, estas estrofas:

No hay pena cual la de amar
a un pueblo solo y cautivo,
que vive, clavado vivo,
a lo lejos de la mar.

Ni sé de alivio mayor
al corazón que se abrasa,
que el sol y el café en la casa
de la amistad y el amor!

*

* *

El doctor Ulpiano Dellundé —dice Máximo Gómez— desempeñó en aquellos días su papel de buen cubano, de la manera más patriótica y levantada.

Veamos cual fué la conducta del doctor Dellundé, cuya memoria debe ser saludada con cariño y respeto por todos los cubanos.

Desembarcados ya en territorio haitiano los expedicionarios, el vicecónsul español en Cabo Haitiano, Mr. Frank Detton, sospechando que Dellundé podía saber si realmente esa expedición saldría de allí, lo llamó a su despacho para hablarle del asunto y hacerle entrever ofertas y proposiciones lucrativas para el caso de que Martí y Máximo Gómez pudiesen ser capturados. El plan, que podía ser llevado a la práctica si a ello se prestaba el gobierno haitiano, era el de detenerlos, acusándolos de conspirar con-

tra un gobierno amigo, y tomar la resolución de expulsarlos del territorio haitiano "por el primer vapor que saliese de aquel puerto"; lo importante era hacer que el "primer vapor" saldría con rumbo a Cuba o a Puerto Rico. Para llevar a cabo este plan, el Cónsul insinuó de manera habilidosa que el gobierno español estaba dispuesto a pagar secretamente cuarenta o sesenta mil pesos. Dellundé, sin comprometer ninguna respuesta afirmativa o negativa, con una gran calma, se limitó a decir a Mr. Dutton que Gómez y Martí no habían llegado todavía, pero que seguramente llegarían pronto a Cabo Haitiano. Esto tranquilizó a Mr. Dutton, que llegó a pensar seguramente en que Dellundé era hombre a quien se podía comprar.

Dellundé, alarmado ante estas revelaciones, dándose cuenta de que los agentes confidenciales de España estaban sobre la pista verdadera, activó los preparativos de viaje, y al día siguiente logró embarcar a los revolucionarios, unas horas antes de que el vapor que debía conducirlos hubiese zarpado. Antes de realizar esta última parte de su delicada misión, y dada su influencia personal en Cabo Haitiano y su íntima amistad con un empleado del telégrafo, había logrado interceptar un despacho telegráfico dirigido a Port-au-Prince: en dicho despacho, Mr. Dutton pedía que se dictaran las órdenes oportunas para que en cualquier punto de Haití donde se les encontrara, fuesen detenidos Gómez y Martí. (a)

Días después de la partida, cuando ya el doctor Dellundé calculó que los expedicionarios habían llegado, fué a ver a Mr. Dutton, y al preguntarle éste qué noticias había de "esa gente", Dellundé le contestó:

—Esa gente está en salvo. Por quién me había tomado usted? ¡Están en Cuba libre!

El doctor Dellundé alcanzó la alta dicha de morir en el seno de la patria libre, de saber que su cuerpo descansaría en el amoroso regazo de la tierra natal, convertida ya en nación independiente y soberana. Murió pobre. Nunca contaba con vanidoso alarde los servicios que supo prestar a la Revolución. Nunca pretendió valerse de esos servicios para obtener ganancias ni beneficios. Austero y sencillo, habría senti-

(a).— También en Cabo Haitiano, en el momento más peligroso, cuando abandonaba su escondite y encaminaba sus pasos hacia el puerto, sintió Martí palpar junto a él un corazón dominicano, presto a servirle de escudo. En efecto, el doctor Francisco Dellundé, patriota cubano, afirma: "José Martí salió primero, acompañado del joven dominicano Georges Finke. Poco después el general Gómez, acompañado del señor M. Mercier, cerrando la marcha el criado Marcos, a cierta distancia". (*Revista Bimestre Cubana*, Enero-Febrero de 1939).— (V. A. D.).

do profanado su patriotismo si de él se hubiera valido en beneficio propio. Fué, por lo tanto, un ejemplar del verdadero patriota, tal como lo soñaba Martí cuando decía que quien piensa en sí no ama a la patria.

*
* *
*

El 9 de abril, por la noche, logró el doctor De-llundé hacer embarcar a los expedicionarios, que ya corrían evidente riesgo en tierra. El vapor partió al día siguiente, y el día 11 amaneció frente a Inagua, donde se detuvo muy pocas horas, para desembarcar los trabajadores que había recogido allí anteriormente con destino a las maniobras de descarga en Cabo Haitiano. Siguió el vapor viaje en seguida, y he aquí como narra Máximo Gómez, en las páginas de su diario, la llegada a las costas de Cuba:

A las dos de la tarde se levantó el ancla y tres horas después, a las cinco, las montañas de Cuba se levantan a nuestra vista. Dijimos al Capitán que acortase la máquina mientras fuera de día, para verlo todo bien. Navegamos sin novedad, y ya a las ocho de la noche nos dijo el capitán que estábamos a tres millas de la costa, pero que él se acercaría más, lo que creo que no haría. Nos encontramos al Sur de Cuba, al Este de Baiquirí. La noche es tenebrosa, el mar se siente agitado; la obscuridad es tal, que el mar parece un negro crespón en donde nos debemos envolver para siempre. Ni una estrella alumbró el firmamento. El chubasco se afirma y hubo un momento de indecisión en que hasta el capitán parece que vacilaba en dejarnos abandonados en situación tan angustiada; pero yo fuí el primero que dije, ya detenido un poco el vapor: ¡A tierra! El vapor se detuvo entonces de una vez, y rápidamente se deslizó al agua un bote al que bajan seis hombres con sus equipajes de guerreros. Yo no sabía lo peligroso que era la arrancada de un vapor para una embarcación menor que esté arrimada a su costado. Por poco zozobramos en aquella pavorosa. ¡Quién hubiera dado noticias de nosotros! Ninguno de los seis entendíamos nada de marinería, y sin embargo con entusiasmo cuatro de nuestros compañeros agarraron en seguida los remos, y yo y el general Borrero nos quedamos de reserva; pero yo, echándola de marino, me puse a manejar el timón, que al fin un golpe de mar me arrebató de las manos y se pierde; formamos con un remo lo que los marinos llaman "cola de pato", y continuamos casi sin rumbo. La obscuridad es profunda y el chubasco arrecia. Hemos perdido el rumbo y no es posible divisar bien la tierra. Por fin, dos fogatas en lado de tierra, que si bien nos marcan la

costa, pueden ser guardias españolas. Sin embargo, al centro de las dos fogatas, dirigimos nuestro rumbo. La Providencia, que dirige siempre el destino de los hombres, hizo sin duda que el chubasco, que mantenía la mar picada, calmara; la noche aclaró; la luna empieza a alzarse por Oriente —salía esa noche a las diez y minutos—, y muy pronto la fortuna nos depara en un recodo de la costa, un lugar llamado las *Playitas*, donde atracamos sin novedad ni peligro. Como Colón, besé aquella tierra. Después de poner en tierra nuestro pesadísimo equipaje y echar al agua la embarcación, borrando, además, todo vestigio que pudiese indicar que por allí hubiese desembarcado alguien, tratamos de internarnos y emprendimos la marcha, rifle al hombro, y con nuestras mochilas por el abra que formaban dos lomas y por un terreno espinoso y enmarañado, como son casi siempre los cercanos a las costas de las islas.

Como media hora habíamos andado ascendiendo y llegamos a una meseta donde hicimos alto para descansar un tanto, y ya alejados de la playa, tomamos mejor orientación. Sacamos nuestros relojes con buena hora, y eran las doce de la noche. La luna estaba en toda su brillantez. Saqué la brújula que llevaba, y marcamos al Norte franco, rumbo que debíamos llevar. Yo pensé entonces, sin decirlo a nadie, que era de todo punto imposible que con aquella enorme carga pudiéramos continuar por mucho tiempo, y pensé aligerarnos en llegando a mejor lugar. Continuamos, descendiendo entonces, hasta llegar a una llanura, y por allí sentimos el canto de un gallo y olor a candela. A pesar de la carga que llevaba, pude contemplar radiante de orgullo y complacencia la fisonomía de Martí por andar metido en estas cosas con cinco hombres duros. Verdaderamente que la empresa estaba erizada de peligros. Con muchas precauciones avanzamos, y a poco un caserío, era el Cajobal. Nos resolvimos a llamar, a la ventura, en una casita de la orilla y tuvimos la fortuna de encontrarnos con gente buena, cubana. Se levantan dos mujeres, y nos dan café, pero, antes del reconocimiento, sucedió una cosa curiosa. Aquella buena gente, al principio se nos mostró algo esquiva, dudosa de que fuéramos españoles disfrazados, pero por las preguntas que yo le hacía de gente conocida, pronto se convencieron, y ya sucedió entonces el entusiasmo, "Oiga

usted, Martí", le dije yo, "las palpitaciones del corazón de nuestro pueblo". "Sí", me contestó él, "yo no olvidaré nunca todo lo que nos ha ocurrido esta noche; pero mucho menos el encuentro con esta gente; este fogón y este café".

*
* *

El resto de la historia, lúgubre y triste, es de sobra conocido. El 14 de abril se incorporaron los expedicionarios a la columna del coronel Félix Ruenes, y entraron en acción, vigorizando con su esfuerzo y con su ejemplo la campaña libertaria, tocándole a Martí la suerte de morir gloriosa y prematuramente en Dos Ríos, el 19 de mayo de 1895.

He querido hacer resaltar en esta conferencia de qué manera la tenacidad de los verdaderos caudillos históricos se impone siempre por sobre todos los obstáculos que se multiplican a su paso. El ejemplo de Martí y de Máximo Gómez en tal sentido, no puede ser más elocuente.

Antes de terminar, quiero hacer resplandecer, además, el sentimiento de noble americanismo que al través de toda esa labor titánica que realizó en todo el Continente, se sentía palpar en las palabras y en los actos de José Martí. Para él, los países todos de nuestra América no son sino una prolongación de la patria natural de cada hispanoamericano.

Siempre se expresó Martí, al hablar de Santo Domingo, como si fuera un hijo más de aquella tierra donde, según dijo: "se saben defender con ramas de árboles, de los que vienen de afuera a quitarles el país".

Y así, decía refiriéndose a las fiestas que en honor del gran portorriqueño Román Baldorioty de Castro se celebraron en la República Dominicana: Ni un átomo de lacayo tuvo en vida el precursor puertorriqueño, el invencible Baldorioty de Castro, a quien en símbolo sagaz, rindieron homenaje, en las fiestas de la heroica ciudad dominicana de Azua, las tres Antillas, que han de salvarse juntas o juntas han de perecer, las tres vigías de la América hospitalaria y durable, las tres hermanas que de siglos atrás se vienen cambiando los hijos y enviando los libertadores. Las tres islas abrazadas de Cuba, Puerto Rico y Santo Domingo.

Ese sentimiento de noble confraternidad hispanoamericana, palpita en su obra a cada paso. Al agradecer a los costarricenses las atenciones que había recibido, exclamó, dirigiéndose a don Pío Víquez:

Solo de un modo puedo responder a esta merced grande: y es pedir a usted y a mis amigos de Costa Rica, que me permitan servirla como hijo,

En otra ocasión dijo:

Es cubano todo americano de nuestra América y en Cuba no peleamos por la libertad humana solamente; ni por el bienestar imposible bajo un gobierno de conquista y un servicio de sobornos; ni por el bien exclusivo de la Isla idolatrada, que nos ilumina y fortalece con su simple nombre: peleamos por asegurar, con la nuestra, la independencia hispanoamericana.

Y al despedirse de Venezuela, se expresó de esta suerte:

De América soy hijo: a ella me debo. Y de la América, a cuya revelación, sacudimiento y fundación urgente me consagro, ésta es la cuna; ni hay para labios dulces copa amarga; ni el áspid muerde en pechos varoniles; ni de su cuna reniegan hijos fieles. Déme Venezuela en qué servirla: ella en mí tiene un hijo.

Martí tenía, por lo tanto, conciencia clara del alto destino que toca cumplir a estos pueblos, si saben compenetrarse bien de que ese destino es un destino común; si saben comprender que meras divisiones geográficas, de orden práctico o político, son las únicas que las separan y dividen.

La América hispana es una gran patria continental. Renán decía que el concepto de patria lo forman la conciencia común de muchos hechos y sufrimientos pasados y la conciencia común de muchos acontecimientos por venir. Esa conciencia que viene del pasado; esa voz que brota, recóndita e imperativa, de la historia; ese impulso que surge, no sólo de la unión para el sufrimiento, bajo el látigo de la conquista, sino también de la unión para la libertad, pues el mismo Martí dijo que la libertad americana era un poema comenzado en 1810, cuya última estrofa había de ser la independencia de Cuba; ese conjunto de circunstancias solemnes es el que manda a estos pueblos a estrechar los vínculos que en el presente los unen débilmente y a esforzarse por que esa confraternidad, al parecer solamente sentimental y lírica, se afiance cada vez más sobre bases estables.

Sólo así podrá América cumplir su destino; pues si esa cohesión de ideales y de tendencias se interrumpe o se destruye, la América será, a la corta o a la larga, víctima de sus propios errores explotados por la ajena codicia; y, en cambio, si esa unión se sostiene y consolida, la América está llamada, no a alcanzar los triunfos de la fuerza bruta —que no están reservados a las naciones del porvenir—, pero sí a una misión más alta, como es la de llevar, en su día, el cetro de la civilización humana, que por ley imperiosa de la historia ha ido pasando de un pueblo a otro pueblo a través de las edades.

Cuba Contemporánea, t. II, p. 177-203, Habana, julio, 1913,

Martí y Santo Domingo

(Por V. A. D.)

El artículo que va a continuación, el cual no aparece en el rico volumen titulado *Martí en Santo Domingo*, que acaba de publicar en La Habana el licenciado Rodríguez Demorizi como ofrenda de civismo y de fraternidad del pueblo y del gobierno de Santo Domingo al pueblo de Cuba, lo hemos tomado del periódico *El Eco de la Opinión*, número 215, S. D., agosto 10 de 1883, el cual lo precedió de la siguiente nota:

"Tenemos la satisfacción de reproducir el siguiente artículo que ha publicado el señor Martí en *La América*, de New York, y agradecidos, como buenos hijos de Quisqueya, de todo aquel, que de esta manera u otra demuestre la simpatía que le inspira nuestra Patria, le damos al autor por nuestra parte y en nombre de nuestros conciudadanos, las más espresivas gracias".

El Eco de la Opinión, el órgano más caracterizado de la prensa nacional durante las dos últimas décadas del siglo XIX, fué fundado y dirigido por el gran civilista y patriota don Francisco Gregorio Billini (1844-1898), y entre sus redactores figuraron Pérez, Galván, Penson, y otros distinguidos escritores nacionales y extranjeros.

EXPOSICION EN SANTO DOMINGO

Por José Martí

Miman los dominicanos a su tierra, como si para cada uno de ellos fuera desposada tímida y joven: prendados de su patria viven: cuando la vieron en riesgo, se apretaron uno junto a otro, y le hicieron muro humano: ahora que está de marcha y gala, como que la defendieron bien, tienen el derecho de cantarla.

Da gozo leer y ver lo que la nueva jeneración hace. Tienen los ojos puestos en todas las maravillas de la tierra; pero ninguna les deslumbra, ni les excita a la cobarde idea, alguna vez sustentada, de dar en cambio de unas cuantas máquinas, semillas y barcos, su alma de pueblo al extranjero.

Todo lo útil estudian; todo lo grande admiran; todo lo bueno observan; pero no piensan en levantar sobre astas hechas de madera de sus árboles, a on-

dear por sobre la tierra con su sangre amasada, y de sus dolores llena, bandera ajena de ocupante astuto y cómodo; sino en sembrar en la patria cuanta semilla buena ven.

"Quisqueya" dice un dominicano, como si dijera "madre".— Los dolores que por su patria padecieron, no los han cansado, sino templado para sufrir mejor los nuevos. Pueblos tales, siquiera comiencen a vivir, por entre ruinas de iglesias y cárceles y vestidos tan de paños vírjenes,— dan gozo.

El oro del Cibao, está en la voluntad de los hombres jóvenes de Santo Domingo. Fé fanática tienen en los adelantos de su patria, más fé ayudada de la saludable idea de que no es la prosperidad de la patria azar de loterías, sino resultado lento y penoso del esfuerzo constante, creciente e incansable de todos sus hijos.

Acaba de establecerse en Santo Domingo un nuevo periódico, que viene a ser vocero brillante de este movimiento. En las columnas de la "*Revista Científica*", —que José Joaquín Pérez, de extendida fama, dirige—, vierten estos espíritus fervientes sus esperanzas y entusiasmos, inician sus ideas, conciertan animadas juntas públicas, las reseñas con júbilo comunicativo: —inspiralos aquella misma arremetedorra y varonil energía que tales milagros de palabra y obra hizo en los sobrios y admirables consejos de los americanos de principios de este siglo, de sobrio lenguaje, brava acción y larga mira.

La "*Revista Científica*" propaga, y la Sociedad de "Amigos del País" obra. La jente joven del país se agrupa a sus puertas, y oye ávida la palabra entusiasta de sus oradores, los himnos regocijados de sus poetas, los consejos jenerosos y útiles pláticas de sus hombres de hacienda y de cultivo.

Brillan en el periódico; y figuran en la obra patriótica de la asociación los buenos nombres de la tierra en que no llora ya Caonabo: Salomé Ureña canta en su lira, tallada en roble, y unjida de miel de rosas, tumbas de indios o árboles de alba: habla con arrebatada unción el orador Henríquez; Pérez, el bardo de la tierra, mantiene siempre en alto y radiante la bandera de la patria, más no la clava en campos sangrientos sino al pié de una máquina de arar, en campos fértiles. Penson, Prud'homme, Dubeau, Polanco,

todos están, llenos los labios de himnos y de fuego el espíritu, en pie junto al abanderado.

Santo Domingo llega a tiempo, y como sabe que la redención no viene de la ley escrita, sino que la ley nace, como el fruto del árbol, del país próspero, — Santo Domingo se decide, lograda ya la dueñez propia esencial, a asegurar su prosperidad. Campos quiere, para tener hombres: no quiere República de abogados famélicos, sino de cultivadores. No quiere textos de Lógica escolástica, sino de Física y Química. Baralípton no quiere sino arados.

Ahora, Santo Domingo se prepara a celebrar, como corona de este año entusiasta, una Exposición Nacional.

Háganla, estudiénla y descríbanla —para abrir el apetito de los trabajadores— en todas las lenguas.

José Martí

Martí hace honorífica mención de Salomé Ureña, la poetisa nacional, nacida en la antigua ciudad de Santo Domingo el 21 de octubre de 1850 y muerta en la misma ciudad el 6 de marzo de 1897; esposa del doctor Francisco Henríquez y Carvajal (1859-1935), quien ocupó la presidencia de la República en 1916, y es el orador de "arreatadora unción" a que alude Martí. José Joaquín Pérez, nacido en Santo Domingo el 27 de abril de 1845 y muerto en su ciudad natal el 6 de abril de 1900, periodista, legislador, magistrado y secretario de Estado, en cuyas funciones dejó estelas que aún resplandecen; fué el primer dominicano que dió a conocer a Martí en la antigua Quisqueya, según Rodríguez Demorizi. Emilio Prud'homme, maestro, jurisconsulto, presidente del Congreso Nacional y de la Suprema Corte de Justicia, autor de la letra del Himno Nacional Dominicano; nació en Puerto Plata el 20 de agosto de 1856 y murió en esta ciudad el 21 de julio de 1932. José Dubeau, digno discípulo de Hostos, maestro de bien sentada fama, de vida ejemplar, ejerció el magisterio en la *Escuela Preparatoria*, bajo la dirección de don José Pantaleón Castillo (1852-1916) y de don Francisco Henríquez y Carvajal; aunque ajeno a la política militante, de 1899 a 1902 ocupó un escaño en el Congreso Nacional como diputado por Puerto Plata, donde vivió largos años consagrado a la educación pública y en donde terminaron sus días el 2 de diciembre de 1925. Fué maestro también en Samaná y desde 1876 era miembro activo de la Sociedad *Amigos del País*. Su cuna se meció en la ciudad de San Cristóbal, allí vió la primera luz el 19 de marzo de 1857. César Nicolás Penson, poeta, periodista y autor de leyendas y tradiciones nacionales, era nativo de Santo Domingo y fué el

fundador del primer periódico diario que apareció en el país. Nació el 22 de enero de 1855 y falleció el 29 de octubre de 1901. El Polanco que cita Martí debe ser Eugenio Polanco y Velázquez, quien figura con una poesía titulada *El progreso*, oda dedicada a la Sociedad *Amigos del País*, en la edición de la *Revista Científica* dedicada a la meritísima asociación con motivo de su duodécimo aniversario (año I, núm. 5, S. D., junio 1 de 1883); nació en esta ciudad el 21 de agosto de 1861, se ordenó de sacerdote el 21 de marzo de 1885 y algunos años después, siendo cura párroco del Santuario de Nuestra Señora de Altigracia, en Higüey, en abril de 1893, se despojó espectacularmente de los hábitos eclesiásticos y se trasladó a Puerto Plata, donde sirvió una plaza de Notario Público y donde murió en agosto de 1933, sin haberse reconciliado con la Iglesia.

El Apóstol llama a José Joaquín Pérez "el bardo de la tierra" que "mantiene siempre en alto y radiante la bandera de la patria", bandera que "no clava en campos sangrientos sino al pié de una máquina de arar, en campos fértiles", aludiendo sin duda a su oda a *La industria agrícola*; leída en la conferencia literaria celebrada por la Sociedad "Amigos del País" en la noche del 18 de mayo de 1882, y publicada ese mismo año en un folleto de quince páginas en la Imprenta El Pueblo, versos impregnados de miel y de entusiasmo que con toda seguridad leyó Martí. (a)

No debemos dejar pasar desapercibido que Martí, al hablar de "la lira tallada en roble y unjada de miel de rosas" de Salomé Ureña y de José Joaquín Pérez, "el bardo de la tierra" "de extendida fama", pone de relieve la superioridad poética de estos dos cultivadores del verso, con lo cual se anticipa a la atinada observación que en 1892 hizo don Marcelino Menéndez y Pelayo en su *Historia de la poesía Hispano-americana*, de que "para hallar verdadera poesía en Santo Domingo es preciso llegar hasta José Joaquín Pérez y Salomé Ureña." Son verdaderamente "los primeros altos poetas que tuvieron las letras dominicanas".

La *Revista científica y de conocimientos útiles* fué fundada por el doctor Guillermo de la Fuente, médico cubano que murió asesinado por un joven

(a).— En su carta de Barahona del 21 de setiembre de 1892 al maestro don Federico Henríquez y Carvajal, hay una clara alusión, —señala Rodríguez Demorizi—, al poema *Gra-rionex* del celebrado bardo de las *Fantasías indíjenas*. S. D., 1877.

español a la salida del Teatro (1). Su primer número vió la luz, con el anotado título, en abril de 1883; el segundo número, Mayo 1 de 1883, apareció con el siguiente: *Revista científica, literaria y de conocimientos útiles*, teniendo como *Directores-Propietarios* a Guillermo de la Fuente y a José Joaquín Pérez. Llegaron a salir cincuenta y cuatro ediciones, la última en diciembre de 1884. Fué la revista más interesante que tuvo la República durante la segunda mitad de la pasada centuria y su labor, alta y patriótica, no ha sido justicieramente ponderada todavía. En sus páginas se recogieron de boca del pueblo las producciones del famoso repentista *Meso Mónica*, trabajos del historiador don José Gabriel García, de don Manuel de J. Galván, de Hostos, de muchos otros, dominicanos y extranjeros.

Martí, quien saludó jubilosamente la aparición de la *Revista científica*, como se ve en el artículo que reproducimos, no solamente la leyó siempre con interés, sino que la recordó con asombrosa fidelidad. En su edición del 25 de febrero de 1884, la *Revista* publicó una nómina de los miembros de *La Trinitaria* y de *La Filantrópica*, las dos asociaciones fundadas por Duarte para hacer viable sus ideales redentoristas. Esa nómina está integrada por veintinueve miembros, que son los siguientes:

Juan Pablo Duarte,
Francisco del Rosario Sánchez,
Juan Isidro Pérez,
Ramón Mella,
Pedro Alejandrino Pina,
Pedro Pablo de Bonilla,
Vicente Celestino Duarte,
Francisco Martínez,
Felipe Alfau,
Juan Nepomuceno Ravelo,
Félix María Ruiz,
Félix María del Monte,
José María Serra,
Jacinto de la Concha,
Joaquín Llubes,
Benito González,
Tomás de la Concha,
Pedro Antonio Bobea,
Remijio del Castillo,

(1).—El 20 de marzo de 1885. El matador se llamaba Manuel M. Méndez y era natural de Orense. Había estado al servicio de su víctima en las regiones del Este, y hacia ellas se encaminó inmediatamente después del crimen. Sorprendido junto al río Maguá, en Hato Mayor, por las autoridades locales que le perseguían activamente, en la tarde del día 30 del mismo mes y año, prefirió suicidarse con el revólver que portaba antes de caer en brazos de la justicia. El doctor de la Fuentes ocupaba el cargo de director del Hospital Militar de esta ciudad.

Juan Evangelista Jiménez,
Luis Betances,
Epifanio Billini,
Tomás Troncoso,
Fernando Serra,
Silvano Pujol,
José María Pérez y Fernández,
Manuel Guerrero,
Wenceslao Guerrero,
Manuel Dolores Galván. (2)

En efecto, en su artículo *Las Antillas y Baldo-rioty de Castro*, publicado originalmente en *Patria*, Nueva York 24 de mayo de 1892, y recogido por Américo Lugo en la primera antología martiana: *Flor y Lava*. París, 1910, escribe Martí:

“Los hombres que en el aniversario de la Puerta del Conde recuerdan cariñosos a “los pueblos de América que aun lloran y suspiran por su libertad”, no dejarán mañana caer el arma

(2).—El licenciado Ramón Lugo Lovatón escribe, “sin repetir nombres y sin excluir a ninguno”, que los trinitarios fueron veinte. (*Sánchez*. Editora Montalvo, C. T., 1947, tomo I, pág. 100). Y el doctor Max Henríquez Ureña dice: “Varias listas se conocen, facilitadas por José María Serra, Juan Nepomuceno Ravelo, Félix María Ruiz y Rosa Duarte, de los miembros de *La Trinitaria*. Sumando los nombres que resultan de esas listas diferentes con otros anotados por Emiliano Tejera en sus conversaciones con Duarte y otros próceres, llegamos a los veintitrés que menciono en las palabras liminares de este libro. Es posible que hubiera algunos más, pero el carácter secreto de la sociedad ha impedido que se conozcan otros nombres. (*El Ideal de Los Trinitarios*. Edisol. Madrid, 1951, pág. 292). La lista que ofrece Lugo Lovatón coincide con otra de igual número que aparece en el *Panorama histórico de la Literatura Dominicana*. Río de Janeiro, 1945, pág. 121, obra del citado doctor Henríquez Ureña.

Pero a los veintinueve de la lista publicada por la *Revista Científica*, mencionados por Martí, hay que agregar a Juan Nepomuceno Tejera y Tejada y a Nicolás Lugo y Yepes, acerca de los cuales existen testimonios de que fueron comunicados de los trinitarios.

No huelga repetir aquí, para esclarecer el asunto, lo que escribió el historiador canónico y licenciado don Carlos Nouel (1833-1905), en su *Historia Eclesiástica de la Arquidiócesis de Santo Domingo*. Tip. El Progreso. S. D., 1915, tomo III, pág. 5:

“Juan Isidro Pérez, Pedro Alejandrino Pina, Felipe Alfau, Juan Nepomuceno Ravelo, Jacinto de la Concha, Benito González, Félix Ma. Ruiz y José Ma. Serra, en unión de Duarte, son los primeros que constituyen el centro de aquella patriótica sociedad, la cual tomó el nombre de Trinitaria por ser nueve los que la formaron. Más tarde, vinieron otros a cooperar con ella en sus trabajos revolucionarios, pero estos nuevos afiliados se denominaron “comunicados.”

Y don José María Serra, uno de los nueve fundadores, afirma que los miembros de *La Trinitaria* fueron “no más que los nueve que la establecimos”, aclarando además que “*La Trinitaria* y *La Filantrópica* fueron dos sociedades distintas: la primera era exclusivamente revolucionaria; la otra no. Aquella tenía por misión la propaganda.” *Apuntes para la historia de los Trinitarios, fundadores de la República Dominicana*. Imp. de García Hermanos. S. D., 1887, pág. 3).

Otro trinitario, Juan Nepomuceno Ravelo, reconoce que trinitarios solamente fueron los nueve fundadores de la célebre Sociedad, y que sus adeptos “tomaron el nombre de neófitos”, (*V. Clio*, núm. 89, Enero-Abril de 1951, pág. 40).

que mantenga en Cuba y Puerto Rico la independencia que, sin más amigos confesos que los *veintinueve* de la *Filantrópica* y la *Trinitaria*, nació en la Puerta con la bandera de la cruz, al pensamiento de Duarte, al consejo de Sánchez y al ímpetu de Mella, y escribió entre los días decorosos del mundo el veintisiete de Febrero."

Como es evidente, el Apóstol mantenía lozana en su memoria la nómina de los *veintinueve* patriotas dominicanos cuyos nombres había leído ocho años antes en la *Revista científica*. (b)

Pero no hemos dicho cual fué la fuente que inspiró a Martí tan hermoso artículo, tan férvido de amor a nuestra patria. Fué el siguiente editorial de la *Revista Científica*:

EXPOSICION NACIONAL. (3)

Hay hombres, sociedades y pueblos para quienes la mera enunciación de un proyecto significa el propósito, más que el propósito de realizarlo, significa su completa realización.

Es que al alcance de la fé en el éxito están los elementos que sobran.

No sucede lo mismo entre nosotros. Aquí hay que hacer el laborioso trabajo de creación de esos elementos. Pueblo incipiente todavía, que está ahora incubando al calor de la paz el embrión del progreso, necesita más esfuerzo que voluntad, mayor suma de consagración a todos los detalles de una obra, y ha de proceder con lentitud para que ninguno de ellos falte ni sea deficiente.

La idea de la Exposición Nacional de la Sociedad "Amigos del País" está lanzada, con aplauso de todos; pero ¡cuánto ha de hacerse para que no sea como esos brillantes y deslumbrantes proyectos con que halagan la fantasía las ilusiones del deseo!

Preciso es hablar mucho sobre ella, explicar lo que es, determinar cuántos objetos deben exhibirse,

(b).—Once años después, en trabajo publicado en *Patria*, Nueva York 17 de abril de 1894, Martí volvió a aludir fervorosamente a "las humildades de *La Trinitaria*".

(3).—La Exposición tuvo lugar el 18 de mayo de 1884 en el local de la Sociedad. No fué, por circunstancias adversas, lo que se propuso su activo presidente el licenciado José Pantaleón Castillo, quien había formulado las bases y condiciones en un folleto de 22 páginas titulado *Proyecto de la Exposición Nacional que por iniciativa de la Sociedad Literaria Amigos del País se celebrará en la ciudad de Santo Domingo en el año de 1884*. Santo Domingo, Imprenta de García Hermanos. 1883.

Es presumible que a las manos de Martí llegara ese folleto.

cómo se exhiben, qué se obtiene con eso, y mil y mil otras particularidades que no están al conocimiento de los que han de tomar parte en este torneo civilizador de la agricultura, de la industria, de las artes y las ciencias.

De manera que a quien con más interés necesita la Sociedad para que su proyecto no muera, es a la prensa. Ella debe estar al cabo de los menores pasos que se den, de la más simple palabra que se pronuncie, y ponerla en boca del público para que éste la comente y se vaya familiarizando con el proyecto, tomándole cariño y ayudando a su pronta realización.

Por eso nos extraña que aun no se haya pensado en este elemento de propaganda, en este formidable ariete de la opinión.

Ella sabe que se trabaja constantemente, pero ignora lo que se hace en el sentido de facilitar los medios de acción.

Y esto de estar a oscuras en cuestión tan importante, a quien más perjudica es a la Sociedad emprendedora, porque a mayor trabajo corresponderá menor resultado.

Si algo supiésemos, este artículo pudiera contraerse a alguno de los puntos ya tratados, y no nos limitaríamos a expresar ideas previas y generales que, sin embargo, demuestran con cuánto entusiasmo, con qué denodado empeño estamos dispuestos a prestar nuestro humilde óbolo a la idea feliz emitida por la Sociedad en la noche de su última conferencia. (*Revista científica, literaria y de conocimientos útiles*, año I, núm. 7, Santo Domingo, Junio 20 de 1883).

La Sociedad "Amigos del País" a que alude Martí, y cuya tribuna honró en la memorable noche del 19 de septiembre de 1892, (4) se fundó el 18 de mayo de 1871 por iniciativa del licenciado en Medicina don José Pantaleón Castillo (1852-1916), maestro de acrisolada probidad y modestia ejemplar, orientador y guía de una brillante generación dominicana, a quienes sus compañeros llamaban *el Sócrates del grupo*. Fueron fundadores de tan meritísima asociación, cuya labor fué digna de perpetua recordación,

(4)El local que ocupaba la Sociedad *Amigos del País* cuando recibió a Martí el 19 de setiembre de 1892, era el mismo que hoy ocupa la Cámara de Diputados, frente al Parque Colón, cuya inauguración se verificó el 27 de febrero de 1890, después de haber sido restaurado por la Sociedad, cuyos trabajos se habían comenzado en octubre del año anterior.

Ese edificio, que fué cárcel y asilo, fué construido durante la segunda era española.

además de Castillo, los señores Pedro Ma. Garrido, Juan Enrique Rafael Jansen, Valentín Eulogio Delgado, Dimas de Jesús de Moya, Andrés Avelino Vicioso, José Francisco Curiel, Jesús María Pérez y Domingo Guisández. Después ingresaron en ella y fueron activos cooperadores, César Nicolás Penson, Francisco Henríquez y Carvajal, Alvaro Logroño, Carlos Alberto Zafra, Emilio Prud'Homme, Luis Arturo Bermúdez, José Dubeau, Joaquín Arismendi Robiou (vegano que aún vive), Paulino Castillo, Juan Elías Moscoso, Emilio C. Joubert, Rafael J. Castillo y otros. Sus miembros Honorarios fueron: Doña Salomé Ureña de Henríquez, Srta. Da. Josefa Antonia Perdomo y Heredia, Monseñor Fray Roque Cocchia, D. Román Baldorioty de Castro, D. José Gabriel García y D. Emiliano Tejera. (*El Lápiz*, núm. 8, S. D., mayo 18 de 1891). Esta Sociedad publicó los libros de poesía de Manuel Rodríguez Objío, de Salomé Ureña y de Josefa Antonia Perdomo, así como los cuatro tomos de la *Historia de Santo Domingo* por Delmonte y Tejada, y otras publicaciones de interés nacional.

Hubo antes otra asociación llamada también *Sociedad de Amigos del País*, fundada el 30 de mayo de 1846 por el licenciado Manuel María Valencia, y de la cual formaron parte varios próceres, entre los que figuraron cuatro de los *trinitarios*. (V. *Clío*, núm. 90, Mayo-Agosto de 1951, pág. 91).

Y después, en 1911, se instaló otra con igual nombre, de la cual fué alma el orador Luis Conrado del Castillo (1888-1927), la cual publicó también una revista con el mismo nombre que la fundada en 1871: *El Estudio*.

Como una evidencia más de la fervorosa martiana del corazón dominicano, cerramos estos desaliñados apuntes con la reproducción de la página de evocación y de amor que, en el segundo aniversario de la "caída continental" de Dos Ríos, apareció en *El Eco de la Opinión*, núm. 934, S. D., mayo 29 de 1897, periódico "por cierto excelente" como lo apreció Martí, dirigido por el repúblico Francisco Gregorio Billini, a quien el Apóstol consagró una admirable semblanza.

He aquí la página-ofrenda:

J O S E M A R T Í

—o—
 Dos años se cumplieron el 19 del actual, que cayó, cubierto de gloria en los campos de Cuba irredimida el famoso paladín de la Independencia de la hermosa Antilla.

Pero la sangre del apóstol no ha sido estéril: su palabra no se desvaneció como el humo de los combates.

El suelo de la patria cubana, regado con la sangre preciosa del héroe, ha visto levantarse, pujantes y altivos, cien héroes más que con su brazo armado o su inteligencia convertida en antorcha, luchan, insisten, caen prisioneros y heridos, y mueren; pero enseguida, como providencia divina, se levantan del revuelto y ensangrentado polvo del combate, y, como si salieran de la huesa, o como si no hubieran caído en ella, surgen, resurgen y se adelantan á la faz del opresor y mantienen en alto el pabellón de la estrella solitaria, que es el estandarte de su derecho y de su libertad.

¿Y la palabra del paladín?

Ahí está, firme, vibrante, elocuente, multiplicada, poderosa, llevando á miles de cubanos á la ardiente manigua, y haciendo brotar campeones gloriosos que defienden con su sangre y con su vida la santa causa de la Independencia de Cuba.

Martí estaba poseído del espíritu de la Revolución; solo él hubiera sido capaz de mover tantas voluntades, solo él hubiera podido armonizarlas; solo él pudo conquistar á los olvidados del deber, á los indiferentes del derecho, para ir a iluminar con la tea los campos del combate por la libertad, y á poner en jaque al enemigo, armado hasta los dientes, que defiende el poste del poder colonial, á que trata de mantener uncidos á los hijos de la desgraciada Antilla.

Solo Martí, el verbo fecundo, el coloso de la idea de la Patria, el Mesías americano, pudo *alzar el mundo* en favor de la generosa causa á cuyo servicio fué "arma, legión, incendio, ariete", como dijera el poeta.

Y su verbo es luz que alumbra los horizontes de la patria soñada, de la patria que lucha por su redención, por su independencia del poder de la vieja Europa, para ser señora de sus destinos y factor importante de la civilización americana.

Cuando eso suceda, la muerte de Martí será en la historia del Nuevo Continente una gloria precursora de otra gloria más grande: el triunfo de las ideas del héroe que ofrendó su sangre en aras del hermoso y fecundo ideal de la emancipación de esta América, que ha de ser en lo porvenir la tierra de promisión de los pueblos que se agotan y viven esquilados bajo el cetro de los reyes y de los emperadores del mundo antiguo.

Y Martí dormirá en la serena mansión de los héroes inmortales.

DE "LA MANO DE VALIENTES" (1)

CESAR SALAS

DATOS BIOGRAFICOS

César Salas, natural de Sancti Spíritu, Cuba, fué muy conocido en Santo Domingo, especialmente en Samaná, donde tuvo una colonia de guineos en sociedad con otro individuo.

No fué un hombre de ciencia; no fué un inventor: fué un guerrero cubano; que no es, en rigor, ser un guerrero, sino ser un apóstol de la libertad.

Merece bien dos líneas que servirán de epitafio sobre su tumba, pues ha muerto.

Al saberse aquí los movimientos revolucionarios que se iniciaron a los comienzos de 1895, no descansó hasta penetrarse de ellos, poniéndose a las órdenes de los Jefes que dirigían el movimiento. Entonces tuvo ocasión de ver a Martí y a Gómez, quienes al notar su decisión por la causa de Cuba, le prometieron llevarlo con ellos.

Poco tiempo después embarcaba con ellos. Era el No. 6 de los que desembarcaron en Cuba el 11 de Abril de 1895.

Fué el primer ayudante que tuvo Martí. Martí lo llamaba "mi hijo" y lo favorecía con singular afecto. Departía con él largamente.

Estuvo en el combate en que murió Martí, en Dos Ríos.

Cuando Maceo se incorporó a Gómez, pasó César a las órdenes de Maceo hasta que Gómez dispuso la marcha al Camagüey, que volvió a ocupar su puesto en el Estado Mayor, donde desempeñó su destino a gran satisfacción del General Gómez. Se decía que era su Ayudante de mayor confianza.

En una ocasión lo mandó Gómez a practicar un reconocimiento cerca del enemigo. Serían poco más de las 6 de la tarde cuando salió César con dos números de la escolta a cumplimentar la orden.

Examinó cuidadosamente las posiciones del enemigo, y volvió a dar cuenta al General; pero Gómez no quedó muy satisfecho. Comprendiólo César, por lo que, sin decir nada a nadie, volvió a practicar otro

reconocimiento; pero no conformándose con ver lo que estaba al rededor de los españoles, se metió dentro del campamento con revólver en mano hasta llegar al centro donde estaba la impedimenta.

Retornó luego con tan valiosos informes que valieron que Gómez pudiera hacer que el alférez Marcos Rosario, con unos cuantos soldados atacara con ventaja el convoy, cogiendo numerosos tiros.

En la batalla de Las Guásimas el 24 de Junio obtuvo su nombramiento de Teniente Ayudante del General en Jefe.

Peleó en todas las acciones del Camagüey, hasta que fué enviado al extranjero en comisión. Salió en un bote de 18 pies y tardó 8 días en llegar a Nassau, burlando la vigilancia de los cañoneros españoles. (2)

De Nassau pasó a New York, en el vapor "Antilia", de donde pasó a Montecristy a cumplir encargo de Gómez.

Se embarcó para Cuba con Panchito Gómez en la expedición de Rius Rivera que hizo su desembarco en Pinar del Río.

César murió en la provincia de Matanzas, en un combate, viniendo de Occidente a Oriente. (3)

En la revolución tiene dos hermanos.

Su madre, así como su padre el Dr. Don Indalecio, viven en Nassau.

Descanse en paz el infortunada César, y nuestro pésame a sus familiares todos.

(2).—Esto ocurrió en setiembre de 1895 y el móvil principal de esta comisión que le confió el General en Jefe del Ejército Libertador, fué el de llevarle unos pliegos al Delegado del Partido Revolucionario Don Tomás Estrada Palma.

(3).—Su muerte ocurrió ciertamente en combate, en Voladoras, en la provincia de Matanzas, en fines de 1897.

Era hijo del doctor Indalecio de Salas y de su esposa doña Carolina Zamora de Salas, quienes habían residido en nuestro país. César había nacido en 1867 y cuando ocurrió su muerte ostentaba el grado de Capitán. Su hermano Indalecio de Salas y Zamora cursó estudios en el antiguo Instituto Profesional de Santo Domingo, y el 6 de setiembre de 1886 se graduó de Bachiller en Letras y Ciencias.— (Notas de V. A. D.)

(1).—Esta necrología de Salas apareció en el *Listín Diario*, número 2554, Santo Domingo 12 de enero de 1898.

Miscelánea Histórica

(Extractos de los CUADERNOS DE APUNTES DEL HISTORIADOR GARCIA)

(PUBLICACION Y NOTAS DEL LIC. L. G.)

*Muerte del general Manuel Jiménez en Haití.
Honosres que se le rindieron*

S. G. Mgr. Manuel Jimenes, duque de Samaná, antiguo gobernante de los habitantes de la parte del Este de Haití, ha fallecido en Port-au-Prince, el 22 del corriente, a las 8 de la mañana, a la edad de 45 años. Las exequias han tenido lugar al día siguiente con pompa, al ruido del cañón. Una división de tropas de línea, a las órdenes de S. G. Mgr. el teniente-general de Carrié, duque de la Vega, le ha rendido los honores fúnebres. La primera brigada estaba mandada por S. Ex. el conde de Bizoton, y la segunda por S. Ex. el conde de Fond-des-Negres. Mgrs. los ministros, generales de división y de brigada, un gran número de oficiales de todos los grados y de ciudadanos han asistido a sus funerales. Al salir de la casa mortuoria, el cadáver era cargado por Mgr. el ministro de la guerra y de la marina, Mgr. el ministro del interior y de agricultura, el gran maestro de ceremonias, y S. Ex. el general Valentín Alcántara, conde de San Carlos. Los restos han sido depositados en el cementerio interior de la capital. (El Monitor Haitiano, Port-au-Prince, 30 diciembre 1854).

Estos honores póstumos fueron una secuela obligada de los que en vida, por mala fe política, había rendido ya el emperador Soulouque al acosado y frágil prócer dominicano, blanco de la atroz persecución ejercida contra él por el implacable partido *santista*, todavía compacto o totalmente unido.

He aquí otras publicaciones oficiales haitianas, hechas al respecto:

Sesión del 19 de noviembre de 1850.— Presidencia del Senador Philippeaux. (Fragmento). Terminado este trabajo, el presidente dirigió a la asamblea la alocución siguiente: Honorables colegas: Su Majestad el Emperador, cuya solicitud ha tendido constantemente a la consolidación del orden y la seguridad social, ha hecho presentar a la diputación del Senado y a todos los cuerpos constituidos, que se encontraban el domingo último en el palacio imperial, al señor Jimenes, gefe en otro tiempo de la resistencia de la parte del Este, que del suelo del exilio en que se encontraba, ha venido a arrojar en sus brazos. Su Majestad teniendo en cuenta las circunstancias, y no viendo en este hombre sino su des-

gracia, le acuerda asilo y protección. Este acto, en mi opinión, es de gran interés nacional; él puede volver la confianza a aquellas poblaciones que un fatal error tiene todavía separadas de nosotros y preparar así un reacercamiento que está en todos los corazones y que cada uno de nosotros invoca en sus votos. No está en nuestro poder, honorables colegas, tener con nuestro augusto jefe, una cooperación directa en una tal ocasión, que sólo corresponde a su gloria y al honor del país, pero nosotros debemos, con un ostensible homenaje, mostrar a su Majestad que sabemos apreciar este acto en su justo mérito. Si vosotros participáis de mi opinión, colegas míos, nosotros enviaremos una diputación a su Majestad el Emperador, para felicitarle por esta noble conducta, en la que brilla con un vivo destello, la grandeza de alma y la esclarecida inteligencia del deber.

El Senado a unanimidad, adopta la proposición del presidente.

En consecuencia, forma la diputación acordada, con los senadores Bevere François, C. Alcindor, S. Zamor, J. B. Pernier, Hre. Jn. Pierre, y Toussaint presidente.

Después se cierra la sesión. (*Moniteur Officiel du 15 Mars 1851, número 15*).

Sesión del 21 de noviembre de 1850.— El senador Plésance informa a la asamblea que su Majestad el Emperador ha dado la acogida más benévola a la diputación del senado; que el jefe del Estado se ha mostrado complacido con el acuerdo del Cuerpo, en ocasión de la llegada del Señor Jimenes; estima que este acontecimiento, que colma su corazón de gozo, es un feliz presagio para la reunión tan deseada de la parte del Este. Su Majestad ha testimoniado su viva satisfacción por la armonía que reina entre los poderes públicos, y se felicita particularmente por el diligente concurso que siempre ha encontrado en el Senado para todas las medidas de orden y prosperidad general que ha creído deber tomar. (*Moniteur Officiel du 15 mars 1851. Número 15*).

El *Almanaque Comercial de Port-au-Prince*, por D. Pouilh, trae la siguiente efemérides:

“Noviembre 13 de 1850.— Llegada a Port-au-Prince del general Jimenes, proscrito y ex-presidente de la república dominicana.”

Fusilamientos.

El 4 de junio de 1897 fueron fusilados, de orden gubernativa, tres militares en Santo Domingo, dos en San Cristóbal y dos en Mella, pertenecientes al batallón fijo, por el delito de desertión. Todos eran niños. ¡Qué horror!

Lauros y Honores.

1897.— El 27 de Febrero estuvo personificado en Heureaux. Juró la presidencia por quinta vez: recibió la espada de oro que le dieron sus amigos a nombre del pueblo, y una medalla que le dedicó la sociedad *2 de Julio* de San Pedro de Macorís y que le fué entregada por el expresidente Billini. La víspera se había inaugurado el telégrafo de Santo Domingo a San Cristóbal.

Una Enmienda.

Y ahora hagamos una enmienda respecto de un interesante tema acerca del cual escribimos hace tiempo. En el artículo *Historia Política Dominicana*, publicado en el periódico *Listín Diario*, edición correspondiente al 1 de septiembre de 1931, No. 13.465, artículo en el cual utilizamos los informes del historiador García acerca de la muerte de los generales Pablo Ramírez (a) Pablo Mamá y Joaquín Campos, y las noticias que nos suministró al respecto un testigo presencial de esos calamitosos sucesos, afirmamos por conjeturas que la muerte de Pablo Mamá había ocurrido el 5 de noviembre de 1893, por habernos dicho nuestro informante (el finado don Wenceslao Sánchez) que ese hecho había sucedido un domingo en que el general Ramírez, quien residía en el Cambronal, había ido a Neyba a hacer un bautizo. Pero en cartas del propio general *Lilís*, publicadas en la revista *Clío*, ediciones correspondientes a los meses de marzo y abril y mayo y junio de 1940, Nos. 40 y 41, leemos lo siguiente, en comunicaciones que escribió *Lilís* al señor Elías Pereira, Cónsul dominicano en Port-au Prince, el 30 de octubre y el 6 de noviembre del citado año: "Me preparo para después de haber pasado unos días en San Juan, ir a Neyba con motivo del asesinato del General Pablo Ramírez, Jefe de la Común. . ." "Persiga Ud. de cerca a un joven llamado Wenceslao Sánchez (a) *Vencito*, que fué el introductor de una correspondencia a Neyba casa del General Pablo Mamá donde ese mozo permaneció oculto. Esto fué origen de la muerte de dicho General. La correspondencia que portaba, se quemó, y lo siento por los datos que nos podría suministrar; sin embargo, mi ida a Neyba allanará las cosas y podré

entonces informarlo mejor." Habiendo sido escritas estas cartas desde Las Matas y San Juan, respectivamente, en las fechas preindicadas, la muerte del general Pablo Mamá no pudo ocurrir en la data supuesta por nosotros, y hay que retrotraerla, por obligación cronológica, al penúltimo domingo de octubre de 1893, que cayó el día 22 de este mes. En favor de esta última suposición se puede aducir la circunstancia de que el periódico *Listín Diario* publicó su primera noticia sobre el suceso en el curso de la misma semana. En la edición correspondiente al día 25 de octubre aparece el siguiente suelto: "*Escriben de Neyba*: Se encuentra en ésta a consecuencia de la muerte del Gral. Pablo Ramírez (a) mamá, el Gobernador de Barahona, quien ha cubierto la vacante que dejara el malogrado Gral., interinamente, y mientras el Superior Gobierno resuelva otra cosa, con el Gral. Alejandro Cuevas.

"La justicia, de acuerdo con el Gobernador, activa la prosecución del sumario, para conocer a todo trance a los autores del hecho.

"En el lugar de Cambronal, donde tuvo efecto el asesinato del Gral. Ramírez, se encontraba el joven Wenceslao Sánchez, a quien suponíamos todos expulso, y sin que nos hayamos podido explicar la razón, se ha fugado para Haití, de donde se dice había venido a aquel lugar."

Luperón y el Partido Azul.

Dice un escritor dominicano que el general Gregorio Luperón "entró de soldado en la guerra de la Restauración nacional para salir de ella luciendo las preséas de unos triunfos que le condujeron sin estorbos a la jefatura del partido azul en la política nacional."

Analicemos, y distingamos: ¿a qué partido azul, o a qué época de esta prestante agrupación política, quiere referirse el juicio que acabamos de copiar?

Porque magüer cualquiera antecedente que pueda existir al respecto, llámase en nuestra historia *partido azul* al que se formó a raíz de la Restauración en oposición a las diuturnas aspiraciones de Báez a mandar como amo su país, y el cual integraron algunos próceres señalados de esta inmortal revolución y los jóvenes intelectuales a quienes el fuego de la gran cruzada nacional les había caldeado los sentimientos liberales y patrióticos. Este partido tuvo su época más brillante desde la ida de los Españoles hasta la caída del gobierno de Espaillat. En este período figuran descolladamente en sus filas, además de este esclarecido patricio, políticos como Bonó, Peña, Meriño, Cestero, García y varios otros. En dicho período disfrutó Luperón del preeminente lugar que le ha-



bían conquistado su valor y su patriotismo en la epopeya restauradora, y nada más, sin que le fuera posible imponer de un modo absoluto su rectoría en política, como lo demuestran dos actos iniciados por varios dirigentes del partido azul que provocaron su irascibilidad, hasta el extremo de calumniarlos en su historia, por ruin venganza, sin duda; imputándoles el haberse adherido a Báez en su célebre Año, o último Gobierno, aduciendo pruebas completamente frustratorias. Estos dos actos fueron: la revolución unionista fraguada entre los expatriados azules y muchos amigos importantes de Báez disgustados de su gobierno, en vista de los evidentes fracasos militares de la revolución dirigida por Cabral y Luperón; pacto que a la postre provocó la caída del odioso régimen de los *Seis Años*; y el acuerdo del Carmelo, entre azules y rojos de la Capital, por el que se convino en dar garantías de ambas partes al Presidente González, contra los designios de la célebre *Acusación*, tan afamada por ingenuos escritores, y aconsejar a éste que renunciara para convocar a elecciones, lo que llevado a cabo de buena fe, permitió conjurar de momento el caos que se avecinaba y facilitó la elección del eminente Espailat.

La estrella política de Luperón puede decirse que llegó a su apogeo con la inauguración del gobierno de Puerto Plata, presidido por él durante un año. Su ascendiente fué entonces tan poderoso, que por haber creído algunos que la paz de que disfrutó entonces el país y los relativos éxitos de su gobierno se debían a la brevedad del período gubernativo, hasta dió nacimiento en nuestra historia al *período de los bienios*, error científico a ojos vistas, en país de tan escaso progreso social y político, y el cual, para mayor desgracia, vino a ser fuente de inenarrables males para el país, pues en esa era asistimos a la dolorosa caída del eminente Meriño, se exterioriza la impotencia y fracaso del bien intencionado Billini y se inician las espurias negociaciones financieras que sirvieron para afianzar por muchos años la cruel y dilapidadora tiranía del general Heureaux.

En esta época figuraron otros hombres de bastante cultura también, y algunos de no escasas virtudes sociales y políticas; pero que en la práctica carecieron de la incorruptible integridad que se necesitaba para oponerse a los graves peligros que amenazaban de cerca a la República.

Luperón cometió el garrafal error de no establecer su gobierno en la tradicional sede señalada por la Constitución, lo que le obligó a investir a *Lilís*, a quien tenía ya como su mejor gallo de pelea, con el carácter de delegado en tan importante centro político, lo que no sólo le acabó de acarrear prestigio y nombradía, sino que le permitió apoderarse de los

círculos políticos más capaces del país. Desde ese decisivo instante quedó sellada la ruina total del insigne paladín puertoplataño...

El mismo escritor a que aludimos, ha lanzado contra Luperón la terrible acusación de que "para él la Hacienda de su hejemonía de Puerto Plata era su patrimonio indiscutible, del cual disponía sin reservas en abono de su política... No podían los Gobiernos instituidos por él residenciar aquella Hacienda." En cambio el historiador Gómez Moya hace los más encendidos elogios del Gobierno provisional de Luperón en todos sus aspectos... Nosotros nos quedamos en el justo medio, "como los políticos marrulleros." Pero vamos a reproducir un documento que parece dar razón, parcial o totalmente, al primer escritor. Se trata del oficio que trasladamos a continuación: "Puerto Plata, 11 de Agosto 1880.— *Contaduría Particular de Hacienda en las Provincias y Distritos del Cibao*. Núm. 1169.— Ciudadano: El Ciudo. Ministro de Hacienda me dice con fha. de hoy bajo el No. 1206, lo siguiente: "Ciudadano: Por resolución del Gobierno se servirá V. mandar suministrar al General Gregorio Luperón, la suma de quince pesos diarios a cuenta de sueldos y acreencias de que le es deudor el Estado. Cuya suma deberá principiar a percibir desde el 1o. de Setiembre en adelante."— Lo que transcribo a V. para su conocimiento y puntual cumplimiento.— Dios y Libertad.— El Contr. Partr. de Hacda.— M. A. Peralta.— Ciudo. Admor. de Hacda.— Ciudad." (Archivo del historiador Lic. Emilio Rodríguez Demorizi).

Con esta poco escrupulosa resolución el General Luperón se hacía juez en propia causa y manifestaba a las claras cuál era la independencia que pensaba acordar al gobierno del Padre Meriño, que debía inaugurarse ese mismo agorero 1o. de septiembre de 1880.

La Muerte de Lilís.

Acerca de la trágica muerte del general Ulises Heureaux, leemos en una crónica publicada en *La Información*, de Santiago, edición correspondiente al 14 de noviembre de 1951, por J. R. Morel Castro, los siguientes interesantes informes: "En eso sienten que *Lilís* se despide de don Jacobo y sale a la calle con dirección al este por la calzada. *Mon* sale por la puerta del medio y con buena cara avanza sobre *Lilís* y lo para en la tercera puerta, a tiro de *Jacobito*, preguntándole si se iba, diciéndole éste que sí, al tiempo que *Jacobito* le dispara a quema ropa. *Lilís* como un energúmeno avanza sobre *Mon*, que logra detenerlo presentándole el puñal con la siniestra, única arma que parece respetaba; más tiros y siempre avanzando,

buscando afanosamente sacar el revólver, que al fin, ya tambaleante, lo consigue, y dispara y mata a un pordiosero en la esquina; Cáceres reculando y haciéndole disparos. En eso alcanzaron a ver al Gobernador Juan González con la policía que venía a toda marcha, todos huyeron y escaparon por el patio de la casa frontera donde se habían reunido. *Lilís*, persiguiéndolos y dando traspiés, llegó hasta el célebre árbol de guázuma. Y cuentan que *Lilís*, así acribillado, no cayó de bruces; que se apoyó de espaldas rodándose lentamente hasta quedar sentado y agonzando se extendió boca arriba, soltó el revólver, expiró y dejó abierta la más interesante interrogación sobre los grandes acontecimientos de la vida con todas sus vicisitudes y mutaciones”.

Y a nuestra vez vamos a hacer otra interrogación más práctica o concreta: ¿por qué *Lilís* no pudo contestar a la agresión de *Mon* sino con gestos amenazadores para amedrentarle, y no vino a hacer uso del arma que portaba sino tardíamente? Por una razón muy sencilla: si los balazos de *Jacobito* no abatieron a *Lilís*, como quizás se pensó, sirvieron para impedirle el uso inmediato del único brazo con que podía sacar de la funda su revólver. El Dr. Buenaventura Báez Lavastida, quien actuó en el caso como profesional, dice a uno de sus familiares: “El cadáver del presidente llegó aquí ayer a las seis de la mañana, inmediatamente se me llamó para ver si podía procederse al embalsamamiento, pero éste tenía a esa fecha sus inconvenientes y sólo pude, en compañía de los demás médicos, proceder a una inyección que permitiera conservar el cadáver hasta ayer en la tarde, en que se verificó su entierro, quedando enterrado en la Iglesia Mayor cerca del Altar Mayor”.

“Tenía el Presidente cinco balazos en el pecho, uno sobre la cadera izquierda que le hirió el brazo izquierdo, y uno en la nuca, que es un simple raspón”.

“*Mon* fué el que hizo fuego y sus cinco balas las recibió el presidente en el pecho”.

También trasladaremos, de otra carta del mismo Dr. Báez Lavastida, los siguientes informes, por estar relacionados con la muerte de *Lilís* y ser muy pintorescos: “En Moca la noticia de la muerte de *Lilís* circuló sin causar grande impresión.

“Un grupo trajo el cadáver, su presencia aquí no causó tampoco gran impresión, —su capilla ardiente no correspondió a la del primer Magistrado de la República—, a ella se entraba hasta con el sombrero puesto y el tabaco en la boca; faltó el respeto y majestad que correspondía a un cadáver y más si es el del Gefe del Estado. Su entierro fué humilde, escaso, fueron a él como 40 personas importantes, lo demás era pueblo y escaso también.— *Lilís* merecía otro ceremonial; hay que ser justiciero”.

Es igualmente interesante el siguiente detalle que publicó un periódico de Santiago de aquella época: “El ataúd donde fué sepultado el Presidente era de hierro galvanizado esmaltado de negro con adornos del mismo metal. Pertenece a don Jacinto Ramírez, quien lo hizo construir hace algún tiempo para la inhumación de su cadáver”.

Vínculos del historiador García con el Prócer Francisco del Rosario Sánchez

Parece que su vecindad en la calle del *Tapado* unió con una buena amistad a la familia del futuro Prócer febrerista con la del historiador García. De ello hay claros indicios.

El presbítero Gabriel Rudescindo Costa, cura que fué de la parroquia Catedral, unido por estrechos nexos a la última familia, expidió en 1836 en favor de Francisco del Rosario Sánchez, juntando hechos de distintos actos contenidos en los libros parroquiales, una certificación que se ve que no tenía más propósito que el de facilitar a Narciso Sánchez el inscribir a su hijo Francisco, que se acercaba ya a la mayoría, en los registros de los actos del Estado Civil, establecidos por la legislación haitiana, como hijo *legítimo de nacimiento*, certificación de favor que el historiógrafo Lugo Lovatón, en su ampuloso libro *Sánchez*, no ha sabido o querido interpretar... Favor de amistad, pues, por obvias razones, no cabe suponer ningún móvil interesado.

Esta vieja amistad tuvo una fatal repercusión en la vida del historiador García. Cedámosle la palabra a éste y copiemos de su *Historia*, al hablar de la revolución del 25 de marzo de 1855: “El autor de esta obra no había tomado parte en la conspiración. Supo de ella en el cuartel, durante la parada del domingo 25 de marzo, en que invitado por algunos de sus compañeros de armas para que se asociara a sus planes, se negó rotundamente a hacerlo, ofreciéndoles guardar la mayor reserva. Sin embargo, deberes sagrados de la amistad le movieron a alertar al general Sánchez, que vivía constantemente amenazado, para que tomara sus medidas de precaución, aunque sin enterarle a fondo de lo que se le había comunicado. Tan desentendido quedó del asunto, que por la tarde se fué al campo en unión de varios amigos y compañeros en la sociedad de Amantes de las Letras; pero al regresar encontró en su casa la orden de acuartelamiento para las 8 de la noche, y poniéndose el uniforme salió a cumplirla sin reservas de ninguna especie. En la calle se topó con el general Sánchez, quien al enterarle de que había sido solicitado por los revolucionarios, a los cuales había dado palabra

de ayudar, le pidió el favor de que le averiguara, antes de ir a ocupar su puesto, la importancia que tenían los puntos de reunión señalados por los conspiradores, indicándoselos en seguida. Su inexperiencia por una parte, pues solo contaba 20 años de edad, y el aprecio y respeto que le inspiraba el ilustre prócer, le llevaron al más importante de todos; y cuando bajo la más triste impresión se proponía buscar los medios de salir para irle a comunicar sus convicciones respecto de la derrota, que juzgaba infalible, rompió el fuego la tropa enviada por el gobierno a disolver el tumulto, y le tocó la suerte de salir herido en una pierna. Solicitado al día siguiente por sus jefes inmediatos se vió precisado a asilarse en el consulado británico, desde donde contestó a la disyuntiva en que le puso el gobierno, de someterse a juicio o aceptar el destierro, que optaba por el último extremo, pues aunque podía probar su inculpabilidad, no le prestaba garantías para hacerlo una comisión militar que debía juzgarle a verdad sabida y buena fe guardada y en virtud de una ley que tenía efecto retroactivo. Esta resolución le valió calurosas felicitaciones del cónsul Schomburgk y un retrato que conserva todavía".

El punto donde Sánchez se tropezó con García, según nos contaba éste, fué después de doblar la esquina próxima a su morada, en la acera de la casa que más tarde ocupó la popular *Titica*, dulcera de mucha fama. Dice la familia Sánchez, en unos apuntes publicados por el Lic. Lugo Loyatón, que Francisco del Rosario se dirigía para la casa de García y que en ella lo esperó para saber el resultado de la peligrosa gestión que le había encomendado, lo que parece ser cierto, pues de allí partió Sánchez, a campo traviesa, para el asilo en el consulado inglés, que ocupaba la casa donde vivió *El Tapado*, y la cual estaba separada de la morada de García por las ruinas de una casa que perteneció a Baltazar de Nova, el cual tuvo que emigrar a Venezuela por haberse visto complicado en la revolución de Los Alcarrizos. Nos contaba el viejo José Gross, que entonces estaba empleado en el servicio doméstico del Cónsul inglés, que esa noche se encontraba él en el traspatio de la casa, ocupado en cortar la yerba para el caballo de Mr. Schomburgk, cuando vió que alguien escalaba y trasponía la semiderruida pared divisoria, y que fué tan grande el susto que experimentó que hasta se le rompió el farol con que se alumbraba. La herida de García no fué grave y le permitió regresar a su casa por sus propios pies y asilarse más tarde en el Consulado británico.

He aquí la carta que, con el fatal motivo que nos ocupa, dirigió el joven oficial García al señor Cónsul

inglés, en la cual son dignas de considerar la precocidad y prudencia de sus juicios: "Señor Cónsul: Debiendo dar a V. una respuesta categórica sobre la proposición que a nombre del Gobierno nos hizo V. ayer al presentarnos los pasaportes, asegurándonos que los que nos creyéramos inocentes podríamos presentarnos a comprobarlo ante el juzgado que se dispone para los demás complicados, yo en mi nombre y en cumplimiento de mis deberes de ciudadano hago por ante V. las observaciones siguientes que acreditan mi inculpabilidad, bien que no estoy dispuesto a someterme a la ya dicha proposición:

1º que el decreto del 18 de enero de 1845 no ofrece ninguna de las garantías que asegura el Sr. Ministro de Relaciones Exteriores, porque manda juzgar a verdad sabida y buena fé guardada, y la conciencia de todos los Gobiernos posibles es la ley.

2º Porque siendo este decreto inconstitucional en su ejecución de hoy, como fué terrible en su creación, sólo puede estar basado en el derecho de la fuerza, que no es la mejor garantía de los ciudadanos; y

3º Porque reclamada nuestra extradición por la primera vez después de diferentes ejemplos contrarios, parece un sarcasmo brindarnos el generoso amparo de una ley con efecto retroactivo.

Sin embargo de esto voy a hacer ante V. una declaración franca de mi conducta para que no se crea que la convicción de mi delito me obliga a inventar excusas para evadir un juicio que reclamaría si tuviera la persuasión de que se me haría justicia.

Yo no he sido invitado por persona alguna para asistir a la casa del nombrado Petit Justo, ni me presenté en dicha casa con armas: me llevó solamente mi imprevisión y el deseo de saber con qué fin se reunían en dicho lugar varios ciudadanos: la única voz preventiva que llegó a mis oídos fué el ruido de una descarga de fusilería de la que salí herido, y que fué una agresión verdadera, pues habiéndonos mandado dispersar, como lo previenen las leyes, claro es que se hubiera logrado de un modo inocente en los que como yo no hacían parte de conjuración alguna; quiere decir esto, Sr. Cónsul, que mi objeto principal fué el de ir a raciocinar la obediencia y observar de qué lado era posible el triunfo, para ejercer así un derecho establecido por el general Santana, cuando expulsando a los militares que defendían al Gobierno establecido en 1849, rompió los vínculos de la obediencia militar.

Por todos estos motivos yo acepto gustoso el destierro que se me impone y reconozco haber recibido de S. M. Británica y de V. su digno representante en

esta Isla, la más generosa y humanitaria protección.

J. G. García.

Consulado Británico,
Santo Domingo.

Señor Robert H. Schomburgk, Cónsul de S. M. Británica en la República Dominicana”.

Pero el vínculo más firme que une al historiador García con el notable Prócer es su obra histórica. Pues ningún escritor nacional se ha consagrado, con más amor y veneración, a dar a conocer la vida de Sánchez y exaltar su gloria, ni ha quebrado tantas lanzas en su defensa contra los reaccionarios de nuestra historia. A mayor abundamiento vamos a reproducir la siguiente página, que consideramos inédita todavía; página noblemente apasionada que, cualquier historiador con criterio muy inflexible, hasta podría tildar de haber sido escrita con piadosa indulgencia:

“FRANCISCO DEL ROSARIO SANCHEZ

Patriota inmaculado, de alma noble y corazón generoso, que no conoció nunca la vanidad, ni se dejó dominar por los halagos de la ambición ni de la perfidia, pues tal parece que la modestia fué en él don natural, la lealtad, virtud espontánea, y el desprendimiento fruto de convicciones innatas. De origen humilde, la instrucción que como favor especial de sus padres hubo de recibir, muy superior a la de sus otros hermanos, le elevó a tal altura en punto a consideraciones sociales, que vino a ser el primer teniente de Duarte en la cruzada abierta para la propaganda de la idea separatista. Perseguido con ese motivo por las autoridades haitianas, repentina enfermedad, de que le dieron por muerto, le puso en actitud de seguir ocultamente los trabajos revolucionarios, hasta resucitar para el mundo, con el lábaro nacional en una mano y el manifiesto de los agravios en la otra, durante la noche memorable que tanta celebridad ha dado a la Puerta del Conde: la del 27 de Febrero de 1844. Nombrado general de brigada y designado para desarrollar desde los más encumbrados destinos públicos las ideas políticas de que había sido uno de los más entusiastas precursores, le tocó ser del número de las primeras víctimas condenadas al destierro por la reacción injustificable del 12 de julio, cuyos autores no tuvieron reparo en manchar con la sangre de dos miembros inocentes de su familia, el primer aniversario del día en que conquistó su inmarcesible gloria, convertida por las malas pasiones políticas en marca afrentosa de un gran crimen que le señalaba como candidato permanente para el patíbulo. Bajo el peso de una situación tan terrible pasó la mayor parte de su vida, expatriado unas veces, mal visto

otras, pero siempre amenazado, no obstante los alardes que de continuo tenía que hacer de indiferencia por las cosas públicas, y las muestras de debilidad de carácter con que más de una vez tuvo que despejar la atmósfera impregnada de peligros que enemigos irreconciliables se complacían en formar a su alrededor. Las duras alternativas de una posición tan comprometida, le obligaron más de una vez a correr los azares de la política, prestando su concurso para el sostenimiento de situaciones que le prometían seguridad y garantía, en cuyo afán no pudo prescindir de desenvainar para hacerla figurar en luchas civiles, la espada que sus enemigos no le dieron tiempo de emplear en las guerras de la separación. Lejos de la patria se hallaba, precisamente cumpliendo injusto decreto de proscripción, cuando Santana logró realizar en 1861 sus ideas de siempre, reincorporando el territorio de la República a los dominios de la monarquía española. Empero, saber que la patria se había perdido y pensar en restaurarla, o morir en la contienda, para él todo fué uno. A cumplir con ese sagrado deber se aprestó como pudo; y en la imposibilidad de entrar por otra parte, entró por Haití, que creyéndose amenazado no vaciló en franquearle el paso por las fronteras; y presentándose en El Cercado como la personificación más genuina de la bandera nacional, invocó la ayuda de sus conciudadanos para reconquistar los derechos perdidos. Su voz no tuvo todo el eco que era de esperarse, y una traición infame le puso mortalmente herido en manos de sus antagonistas de todos los tiempos, quienes contrariando la opinión de los jefes superiores del ejército español de ocupación, hicieron correr su sangre en honroso patíbulo, levantado para él y veinte de sus compañeros de martirio en la histórica villa de San Juan de la Maguana, el día 4 de julio de 1861. Había nacido en 1817 en la ciudad de Santo Domingo, que se halla en posesión de sus restos desde 1875 en que la posteridad agradecida le discernió los honores de una apoteosis brillante por lo que tuvo de popular y espontánea”.

Por considerarla de interés histórico también vamos a reproducir la siguiente carta escrita al general Sánchez por un correligionario y amigo suyo en los últimos días de su azarosa vida política; carta cuyo original se conserva en el archivo del historiador García:

Santo Domingo 22 Dbre. de 1859.— Señor D. Franco. del R. Sánchez.— Sn Thomas— Compadre: Por amigos regresados de esa isla he sabido el estado de postración a que lo ha conducido el mal que desde aquí le acompaña. Los pocos recursos que llevó y lo difícil que se hace proporcionar lo indispensable en país extraño, después de tentar otros medios

sin conseguir nada, me determinaron a correr una suscripción en su favor persuadido de que la susceptibilidad no lanzará un reproche: ¡El hombre justo no teme que sus mejillas se colorean de rubor!... El resultado aunque no a la altura de mis deseos al menos ha dado para arreglar el viaje de Jacinto que pasa a asistirlo y \$65 fuertes que le entregará. El Gobierno ha dado dos salvo-conductos. Dios hará que el suyo no se haga dilatar mucho. En esta confianza, para que tenga el gusto de regresar al seno de su familia, me repito de V. su aff. amigo y compadre, J. R. Fiallo.

Báez contra Santana

Divorciado políticamente del General Santana, Báez no vaciló en emplear como medio para derribarlo del Poder un procedimiento sumamente antipatriótico. Aprovechándose de la mala voluntad que había cobrado el Cónsul español Segovia e Izquierdo al General Santana por los rumores que corrían de estar en negociaciones secretas con los norteamericanos, los amigos de Báez, con la avenencia de este infame agente consular, se inscribían como súbditos españoles, basados en una acomodaticia interpretación de un artículo del tratado dominico-español, para escapar a las persecuciones del "bufante General Santana". Esto, unido a las constantes reclamaciones por supuestos daños irrogados a los nacionales españoles, que también intentó Segovia como medio de hostilizar al Gobierno dominicano, intimidó de tal modo al *espantadizo* Santana, que éste *optó por la fuga*, renunciando vergonzosamente la Presidencia, lo que facilitó las demás maniobras que condujeron rápidamente a Báez al Poder.

Derribado Báez del solio por un movimiento verdaderamente nacional, a causa de los grandes errores económicos de su gobierno, le sorprendió en el exilio la anexión a España. De este momento de su vida dice un escritor dominicano: "En tan supremo trance los dominicanos vuelven los ojos a Báez; pero siempre antinacional, siempre ambicioso, en vez de protestar contra la sangre derramada y los hechos consumados en la patria, acudiendo en auxilio del partido vencido al teatro del horrible sacrificio, niega con descaro a su hermano el General Valentín Ramírez Báez, que había entrado con Cabral en las Matas de Farfán, exige a sus amigos políticos que condenen públicamente la revolución debelada, y corre a España a mendigar una faja de mariscal de campo, y a disputar a Santana, con el mérito infausto de la anexión, el derecho a mandar como español la nueva y ensangrentada colonia".

De sus activas gestiones cerca del elemento oficial hispano, en la propia villa y corte, para la época

de la Anexión, dan fe estas dos cartas copiadas en los archivos de España: "Excelentísimo Señor:— He leído en *La Epoca*, periódico de Madrid, el manifiesto que V. E. publicó al tomar posesión de su gobierno de la isla de Sto. Domingo. Se me asegura que ese manifiesto es el preludio de las medidas que V. E. piensa adoptar acto continuo, a fin de abrir las puertas de la patria a los numerosos desterrados que hoy se hallan fuera de ella. Si así sucediere, tendrían cumplido efecto las promesas que me hizo el Señor Presidente del Consejo de Ministros Mariscal O'Donnell en una de las audiencias que se sirvió otorgarme durante mi permanencia en Madrid. Permítame V. E. que le cite textualmente las palabras del Señor Mariscal:

"Tan pronto como llegue el General Rivero a Sto. Domingo, tomará todas las medidas necesarias para que vuelvan al país los desterrados de otras épocas; puede Ud. anunciarlo así a sus amigos, que yo lo autorizo para ello".

Si tal es como puede creerse la significación de algunas de las frases de su Manifiesto, nadie mejor que yo puede apreciar su importancia, y no podré menos de felicitarle sobremanera de que podamos continuar nuestras relaciones comenzadas en Madrid, bajo tan favorables auspicios.

"A la fecha en que reciba V. E. esta carta habrá podido conocer ya prácticamente de parte de quienes se halla el Derecho, la probidad y el honor; si de los proscriptos o de los proscriptores. Justicia, pues, venga de donde venga el que tenga razón, sea quien sea el que no la tenga. Con sentimiento de la más alta consideración me suscribo de V. E. Su atento Servidor— Buenaventura Báez.— París 31 de Octubre de 1862.— Excelentísimo Señor Don Felipe Rivero, Capitán General de Santo Domingo".

"Señora: Por Real Decreto del 27 de Mayo se ha dignado Vuestra Majestad abrir las puertas de la patria a los infortunados hijos de la República Dominicana a quienes las discordias civiles habían alejado de su país. Permítase al que por dos veces consecutivas se vió libremente elegido por sus conciudadanos para dirigir sus destinos, poner a los pies del Trono augusto de Vuestra Majestad la expresión de su más vivo reconocimiento. Esta medida, Señora, será la inauguración de una era reparadora de todos los males que han sufrido los antiguos adictos amigos del pueblo español en la isla de Santo Domingo. Ojalá sea ella para la patria Dominicana, protegida de hoy más por el pabellón glorioso de Castilla, preludios de una paz perfecta y de una dicha que nada venga a nublar jamás. Tales son los votos más sinceros y más vivos que yo formo. Mi comportamiento pasado responde del de mi porvenir; las repetidas pruebas que

tengo dadas de mi afición al pueblo español y de mi adhesión a sus intereses, me hacen confiar en que el ánimo de Vuestra Majestad quedará bien penetrado de mi sinceridad al expresarlos. Dígnese pues, Vuestra Majestad aceptar su homenaje con la gracia que duplica el valor de todos sus beneficios. Tengo el honor, Señora, de ofrecerme a sus reales piés con el más profundo respeto. Como Súbdito muy fiel de Vuestra Real Majestad.— *Buenaventura Báez*.— Madrid 25 de Septiembre de 1863”.

Dice el historiador García, en apuntes que publicamos en nuestra primera Miscelánea, que Báez, al enterarse de que España había resuelto el abandono de Santo Domingo, no sólo renunció a la faja de mariscal de campo español, sino que envió también “a sus hermanos a la revolución, con el objeto de que se apoderaran de Cabral”. Esto último lo confirma la siguiente misiva, que hemos encontrado entre papeles que el general Cabral tuvo la bondad de ceder al historiador García. Aunque la cartita no tiene fecha, por su contenido se ve que es de los epopéyicos días de la Restauración. Su sobreescrito dice así: “*Servicio volando* — General J. M. Cabral, Gefe superior de la línea del Sud — San Juan.” Y su contenido es el siguiente: “Las Matas — General acabo de llegar. Tenga la bondad de venir volando a mas tardar por la mañana— Suyo — Carlos Báez”.

Carlos Báez entra por Haití y llama desde Las Matas a Cabral, que se encontraba en San Juan; cosa que no hubiera podido suceder en la *Primera República*, cuando estábamos en guerra con Haití, ni mucho menos en el período de los *Seis Años*...

También dice el historiador García en dichos apuntes, asesorado sin duda por testimonio de mucha autoridad: “Contando con que Salcedo se le sometería y con que Cabral y Aybar se le prestaran a ser instrumentos suyos en la pacificación del Sud y del Este, aspiró a la Capitanía General de Santo Domingo, que estuvo a punto de conseguir, por órgano de los Concha, cuando logró ceñirse la faja de Mariscal de Campo”.

Un folleto histórico

En párrafos anteriores nos hemos referido a los *Apuntes biográficos de Báez*, escritos por el historiador García en 1869, y publicados en *La Opinión Nacional*, de Caracas, en la edición correspondiente al 21 de octubre del mismo año. De este trabajo vamos a reproducir la siguiente nota:

“La anexión española se verificó el 18 de Marzo de 1861. La restauración de la República fué proclamada en Capotillo el 16 de Agosto

de 1863; y Báez obtuvo la faja de mariscal de campo, por Real Orden de 22 de Octubre del mismo año; es decir, dos meses después de estar luchando ya el pueblo dominicano por recobrar su libertad e independencia, y cuando hacía como cosa de ocho meses que Perdomo, Pichardo, Batista, Espaillat y otros, habían pagado con su vida el alzamiento de Febrero.

La dimisión no la hizo hasta el 15 de junio de 1865, un mes mal contado antes de la completa realización del abandono, que tuvo lugar el 11 de Julio inmediato.

Y sin embargo, José Segundo Flores escribió en *El Eco Hispano Americano* de 1º de Julio de 1865, sin que le temblara la mano, la siguiente mentirosa frase: *Semejante a un piloto que ve zozobrar y perder su nave, el Sr. Báez fué el último dominicano que abandonó su nacionalidad para reconocer la de España*”.

Este trabajo de García fué reproducido, con algunas ampliaciones, en un folleto impreso en Nueva York en 1871, por varios dominicanos expatriados por el Gobierno de los *Seis años*; opúsculo que cita Rosa Duarte, en su carta a don Alejandro Bonilla, como prueba documental de que el Pbro. José A. Bonilla fué socio fundador de la sociedad patriótica *La Trinitaria*. Estas alteraciones no merecieron la aprobación de su autor, el historiador García, como lo demuestran las siguientes aclaraciones, manuscritas, contenidas en el ejemplar del folleto que guardaba en su biblioteca histórica:

“Manifestación necesaria.— Como abundan mal intencionados que se complacen en atribuirme indistintamente, todos los impresos relativos a los asuntos políticos de Santo Domingo que han circulado por el mundo en estos últimos tiempos, me veo obligado a impedir que los efectos de esa maligna propensión se hagan extensivos también, a aquellos escritos que por su naturaleza no puedan hacerme favor, o estar en abierta contradicción con mis principios. Y como en ambos casos se encuentra el referente a la genealogía y nacimiento del señor Báez, que sirve de cáustica introducción a este opúsculo publicado en los Estados Unidos sin mi anuencia ni conocimiento, protesto bajo mi palabra de honor que no tengo participación en el mencionado escrito y que lo desapruébo altamente, porque sobre no sentirme animado en contra de nadie por el odio que respira, alimento la creencia de que por agriadas que estén las pasiones, nunca hay motivo bastante poderoso para remover

las respetables cenizas de los muertos, ni para levantar el velo sagrado que cubre los secretos de la vida privada de las familias.

Al hacer esta manifestación confío en que no habrá dominicano que piense mal de ella, atribuyéndome un móvil que no sea digno de todo hombre que sepa respetarse.

Curazao, 18 de Abril de 1872.

José G. García

"Reconozco como obra mía los Apuntes sobre la vida política de Báez y las notas que los

corroboran, salvo algunas alteraciones hechas por mano atrevida.

Curazao, 18 de Abril de 1872.

José G. García".

El título del folleto, impreso en los Estados Unidos, a que se refiere el historiador García, es el siguiente: *Apuntes para la Historia / Bosquejo / de la / vida política de Báez, / Acompañada de su genealogía / y lista de sus víctimas etc. etc. / con este supuesto pie de imprenta: Santo Domingo / 1871.*

La Parroquia de Higüey

(1778-1782)

DOCUMENTO (1)

Señor Presidente Governador y Capitan General — Muy venerado señor: Respecto a haver concluido la comisión dada por V. S. en asunto de curatos de esta y de la villa de Higüey Remito a V. S. dichas diligencias y no soi el portador de ellas (que quisiera para dar a V. S. mis descargos) porque en el día marchó a la Ciudad de Samana y Sabanalamar a poner en execucion la misma como me ordena V. S. en su carta de veinte de Mayo la que procuraré evacuar con la vrebidad posible. V. S. se sirbira disimular los defectos que se encontraren en ellas pues los considero por mi corta habilidad e ynopia del Pais, de sugetos practicos en instrumentos de esta naturaleza. yo quisiera todo estuviera al superior agrado de V. S. — Dios nuestro Señor Guarde la vida de V. S. muchos años para mi amparo B. L. M. de V. S. como su servidor — Francisco Amaro Regalado —

Don Francisco Amaro Regalado Subdelegado de comissos y Receptor del Real Derecho de Alcavala de la villa del Ceybo y su Jurisdicción & — En vista

(1) AGI, Santo Domingo 988.— Fragmento documental de un expediente general tocante a las rentas, diezmos y obviaciones que percibían los curas párrocos de la Isla Española, cerrado en Santo Domingo el 2 de noviembre de 1784. Había adquirido este informe sobre la parroquia de Higüey el fenecido Mons. Adolfo A. Nouel con fines de juntar noticias para escribir la historia del Santuario de Nuestra Señora de Altigracia, sobre el cual no se da en esta parte del expediente noticia alguna. Todas las notas que se juntan al pie del documento son de Fr. Cipriano de Utrera.

de la comission a mi cometida por Su Señoría el Señor Presidente Don Isidro de Peralta y Rojas, Coronel de los Reales Exercitos de Su Magestad, Superintendente del Tribunal de Cruzada y de Real Hacienda, Governador y Capitan General de la ciudad de Santo Domingo, y la adjunta Carta del Illmo. y Rmo. Señor don Isidoro Rodríguez, Arzobispo de Santo Domingo: Hagole saber uno y otro al Cura Parroco de esta Villa de Higüey, don Ignacio de Alarcon, para que en su vista e inteligencia franquee los libros e instrumentos comprobantes y dé noticia de los asuntos en ella contenidos, todo debajo de su firma, arreglandose a la Instruccion que a mi se remite, de la que incluyo traslado a la letra y es como sigue:

1º— La Cantidad de Capellanías que llaman de curato por haver sido fundaciones hechas por los vecinos a efecto de beneficiar sus almas nombrando a los Parrocos por Capellanes. (2)

2º— La porcion de renta Decimal que huviere cobrado en cada vno de los años del último quinquenio. (3)

3º— La de primicias del mismo Quinquenio.

4º— La de entierros del mismo.

(2) Instituciones eclesiásticas con cargas y rentas hechas por particulares en beneficio personal espiritual, y cuyo usufructuario tenía que ser siempre el párroco que por tiempo fuese, quien dejaba de ser capellán cuando dejaba de ser párroco en la parroquia donde radicaba la fundación.

(3) Porción de los diezmos de la misma parroquia que pertenecía a la misma parroquia y a los beneficiados de ella. V. la nota ()

5º— La Limosna obencional de los Bautismos del mismo.

6º— Derechos que llevan por los Despachos o certificaciones o fees de Bautismos, todo conforme a la Sinodo Diocesana.

7º— Derechos que lleban por la celebración de Matrimonios.

8º— Qué fundaciones o dotaciones particulares hayan hecho los vecinos de la Parroquia para otros ministros que ayuden al Parroco en las funciones de su ministerio y ayuda del Pasto Espiritual y quantos sacerdotes existen en esta localidad.

9.— La extension que tenga el distrito de su feligresia, y si puede competentemente asistirle por si solo o necesita de otros ministros.

10— El numero de sus feligreses y con separacion los de comunion y parbulos.

11— El numero de Matrimonios.

12— A quanta distancia de la Población donde se halla la Parroquia, estan situados los Hatos y demas fundaciones de la Poblacion, y qué comodidad tengan los caminos para la pronta asistencia y administracion de los Sacramentos.

13— Que numero de Almas tiene cada vna de dichas havitaciones, y si la Poblacion y numero de ellas es bastante a mantener vna Parroquia o ayuda de ella.

14— Si en defecto de esta se podrá sufrir esta falta por un theniente de Cura o Sacristan Mayor de la Cabecera.

15— Quanto dista cada Parroquia de los terminos de la inmediata.

16— Qué aumento de Población y cultura se ha experimentado en cada Feligresia en el vltimo quinquenio y se espera probablemente en lo Subcibo.

17— Si perciben algun sinodo (4) de la Real Hazienda y en qué cantidad.

San Dionisio de Higüey y veinte de octubre de mil setecientos ochenta y dos años — Francisco Amaro Regalado.

Don Ignacio Alarcon, Cura Rector de esta Parroquia de San Dionisio de Higüey (5), accediendo a lo pedido por el comicionado del Superior Govierno don Francisco Regalado, y en obediencia de

(4) *Sinodo* significa aquí un subsidio o ayuda fija en metálico a cargo de la hacienda real para subvenir a la congrua sustentación del párroco por defecto de renta decimal por ser la población y su feligresía exigua para sostener al párroco. En el Arzobispado de Santo Domingo solamente se señalaron sínodos a los párrocos de Samaná y Sabana de la Mar, de fundación reciente y población muy escasa.

(5) Ignacio de Alarcón, presbítero y sacristán mayor de Higüey en 1761-1765; rector de la misma parroquia en 1765-1789; fué electo racionero de la Catedral de Santo Domingo

lo mandado por su Señoría Ilustrísima el Arzobispo mi Señor, habiendo examinado con la reflexión que corresponde los libros Parrochiales, los de Capellanías, sus Fundaciones y Aranzel mandado observar en esta Parrochia y todo lo demas conducente a hacer el informe con la cavalidad que se pide, digo: que las fundaciones hechas a favor de este curato por diversos vecinos llegan al número de veinte y cinco, que todas ellas hazen el total de siete mil quatrocientos noventa y dos pesos, que a razon de veinte mil el millar anualmente, redituan la de trescientos sesenta y nueve pesos, quatro rreales (6). Que la porcion de renta decimal en el año de setenta y ocho fué quarenta y seis pesos y ocho maravedis: En el de setenta y nueve, sesenta y quatro pesos quatro rreales y veinte maravedis: En el de ochenta, sesenta y quatro pesos, quatro reales y veinte maravedis: en el de ochenta y uno, sesenta y quatro pesos, quatro rreales, veinte maravedis: que importan la cantidad de docientos treinta y nueve pesos seis rreales, sin incluir el año de ochenta y dos por hallarse pendiente la división decimal (7).

El producto de primicias no se puede decir con seguridad quanta sea por contribuirse este en los mismos frutos de la tierra, pero son estos en esta feligresia tan escasos que toda la primicia correspondiente al quinquenio en justa regulacion apenas se puede apreciar en la cantidad de treinta y siete pesos quatro rreales, de la cual debe sacarse la quarta que corresponde al Sacristan mayor.

Los derechos que conforme al Aranzel contribuyen los feligreses por los Entierros siendo estos de Cruz Alta, por cada gruesa (8) son veinte y cinco rreales, de suerte que si el entierro tiene Missa, Vigilia y acompañamiento, dan la limosna de setenta y cinco reales, de los cuales revajados cinco reales que son para el que dice la Misa y la quarta correspondiente al Sacristan Mayor, quedan a favor del Curato en un entierro de esta Calidad (que son los mas comunes) cinquenta y dos reales y medio, que a proporcion siendo el entierro de solo una gruesa, esto es, de

el 16 de marzo de 1789 en lugar de Salvador Santos Casanova, promovido a Doctoral de la Colegiata de Alicante, y se despachó el título correspondiente para Alarcón en Madrid el 13 de abril de 1789; AGI, Santo Domingo 915 H45.

(6) Igual al 5% anual; se levantaban las cargas conforme al estado de los réditos y no más; de aquí que se cesaran las capellanías cuando se perdían los principales, porque ya faltaban los réditos, cuyo monto, en el caso de Higüey durante el quinquenio de referencia, no aparece dividido por años, y es indicio de que los principales de las 25 capellanías estaban inalterados en el dicho tiempo.

(7) Referencia al monto anual de la renta decimal perteneciente a la parroquia durante cuatro años.

(8) *Gruesa*, o cantidad total señalada por el arancel vigente para los entierros de primera categoria.

acompañado y oficio de Sepultura, quedan a favor del curato diez y ocho reales y tres quartillos, y siendo el oficio rezado, solo contribuyen la limosna de un peso de que, exigida la quarta, quedan al Cura seis reales, que conforme a este Aranzel y numero de Entierros que en el último quinquenio ha havido, ha tenido en él el curato de ingreso la cantidad de seiscientos diez y ocho pesos, dos reales.

La limosna que voluntariamente acostumbran dar los feligreses en cada Bautismo es de doce reales, de los que se distribuyen quatro en el Sacristan mayor y los ocho a favor del Cura: Que en el Quinquenio a havido ochenta y siete Bautismos, por lo que ha resultado otros tantos pesos a favor del Curato: Que el Aranzel que se observa en las proclamas y Missa nupcial es que, siendo el Matrimonio celebrado entre dos personas libres, contribuyen treinta y cinco reales; siendo observado entre Esclavo y Libre por Missa y Proclamas diez y siete reales y medio; y siendo entre dos esclavos por todo quince reales; que de qualquiera especie de estas tres que sea el Matrimonio siempre se sacan cinco reales para el que dice la Missa después la quarta para el sacristan, y lo restante queda a favor del Curato que, conforme a este Aranzel, ha producido el quinquenio de Missas Nupciales y Proclamas noventa y siete pesos, siete y medio reales.

A mas de las fundaciones hechas por este vecindario en que han nombrado al Parrocho por Capellán, se hallan otras en el libro de Capellanias, no solo hechas por algunos vecinos de esta villa sino tambien por algunos extraños para otro ministro, a cuyo cargo esté el servicio de la sacristia y la instruccion de los niños en los primeros rudimentos, obteniendo al mismo tiempo el titulo de capellan de nuestra Señora de Altagracia que se venera en esta parrochia (9); que las fundaciones para este ministro son solas treze, que todas componen el principal de tres mil novecientos sesenta y ocho pesos (10), que redituan anualmente ciento noventa y ocho pesos tres reales y medio, y que a este ministro por el servicio de la Sacristia es a quien se contribuyen las quartas de que arriba se haze mencion, y que no hay otro ministro a mas de dicho Sacristan Mayor; Que aunque la extensión de la Jurisdiccion de esta villa es muy dilatada, de lo que se halla poblado de sus vecinos, la havitacion mas retirada (11) distará de la Parroquia cinco o seis

(9) Véase *Nuestra Señora de Altagracia* (por el autor de esta nota), p. 97, Santo Domingo, 1933.

(10) Aumentado en 1468 pesos el principal de la fundación original, que fué de 2500 pesos, que destinó el difunto prebendado don Antonio de la Concha Solano, que falleció el 4 de octubre de 1759.

(11) *Habitación*: casa-morada rural principal, con o sin otras moradas o bohíos, aglomerados o diseminados dentro

leguas, por lo que parece que con los dos Ministros que existimos puede estar y está competentemente asistida la feligresia: Que el numero de feligreses es el de quinientos y ocho; que de estos los de comunión son quatrocientos y tres, y los restantes son ciento y cinco Parbulos. El numero de Matrimonios en el último Quinquenio es el de treinta y tres; Que los Caminos que van a las Poblaciones, ecepto el de vna o dos, todos son cómodos.

El numero de Almas que tiene cada una de las havitaciones constan de el Padron que se han franqueado al Comisionado al que me remito, y que ninguna de estas havitaciones tiene por si solas, ni aun congregadas muchas de ellas, para mantener vna Parroquia ni aun Ayuda de ella. Que esta Parroquia dista de los terminos de la mas inmediata, que es la de la villa del Seybo, ocho leguas poco mas o menos: Que en este ultimo quinquenio ni de Poblacion ni de cultura se ha experimentado aumento alguno, ni probablemente se espera. Que de la Real Hacienda ni el cura ni el Sacristan perciben sinodo alguno. Es quanto puedo informar sobre los particulares que se me piden, remitiendome en todo a los Libros Parroquiales, y demas instrumentos de que he deducido esta razon. Higüey y Enero veinte de mil setecientos ochenta y tres.

Nota — Que los novenos (12) de este quinquenio pertenecientes al curato no se relacionan por no estar hecha la division Decimal del año proximo pasado de ochenta y dos. — Ignacio de Alarcon.

Estado que manifiesta el numero de Capellanias que pertenecen al Curato de Higüey con expresion de los nombres de los fundadores de cada una segun y razon dada por el Parroco, y constan por las Escrituras y Libro Parroquial. Assimismo se expresa las cantidades de sus Principales y Reditos.

Nombres de los fundadores. Principales. Reditos

Capellania de seiscientos pesos que mandó fundar, a favor de el Curato, Luisa del Castillo.	600	30.
Capellania que mandó fundar Michaela Guerrero, de trecientos pesos, a favor del Curato.	300	15.
Capellania que mandó		

de la propiedad del habitante principal, origen de los parajes habitados que se han llamado entre nosotros *secciones rurales*, y que en Higüey variaban ya entre 1 y 9 habitaciones.

(12) Para la división que se hacía de los diezmos, véase lo que sobre ello se dice en *Santo Domingo, Dilucidaciones Históricas*, por Fray Cipriano de Utrera. II, pp. 97-99, cap. XVII; Santo Domingo, 1929,

fundar Maria Cabrera, a favor del Curato, de docientos y sesenta pesos.	260	8.
Capellania que mandó fundar Luisa del Castillo, de trecientos pesos, a favor del Curato.	300	15.
Capellania de quatrocientos pesos, que mandó fundar Don Pheliz Mauricio, (13) a favor del Curato	400	20.
Capellania de ciento y cinquenta pesos, que mandó fundar andres Roman a favor del Curato.	150	7. 4.
Capellania de docientos quarenta pesos que mandó fundar doña Luisa de la Peña a favor del Curato. . .	240	12.
Capellania que mandó fundar Anna Damaso a favor del curato, de ciento cinquenta y dos pesos.	152	7. 5.
Capellania que mandó fundar Manuel Xhrisostomo, de ciento y quinze pesos a favor de el Curato. . . .	115	5. 6.
Capellania que mandó fundar Andrea del Rosario, su principal docientos veinte y dos pesos.	222	11. 1.
Capellania que mandó fundar Gregorio de bargas, de cien pesos a favor del Curato.	100	2/5
Capellania de cien pesos que mandó fundar Joseph Ramirez a favor del Curato	100	5.
Capellania que mandó fundar Sebastian de Ortega, (14) de cien pesos a favor del Curato.	100	5.
Capellania que mandó fundar Alonso Garcia, de trecientos pesos a favor de el Curato.	300	15.
Capellania que mandó fundar Anna Facunda, de ciento y cinquenta pesos, a favor de el Curato.	150	7. 4.

Capellania de cinquenta pesos que mandó fundar Don Gregorio de Bargas, a favor del Curato.	50	2. 4.
Capellania que mandó fundar Manuel Lopez, de ciento y quarenta pesos a favor de el Curato.	140	7.
Capellania que mandó fundar Juana Magdalena, de cinquenta pesos, a favor de el Curato.	50	2. 4.
Capellania que mandó fundar Doña Maria del Castillo, de cien pesos a favor del curato.	100	5.
Capellania que mandó fundar Juana Barbara, de docientos noventa pesos, a favor del curato.	290	14. 4.
Capellania de Don Domingo Sedeño, (15) de dos mil quinientos sesenta y tres pesos, a favor de el Curato	2563	128.
Capellania que mandó fundar Santiago Cedeño, de Docientos pesos, a favor de el Curato.	200	10.
Capellania que mandó fundar Juana de Dios, de quatrocientos sesenta pesos, a favor del curato.	460	23.
Capellania que mandó fundar Juana Manuela Trejo, de ciento y cinquenta pesos, a favor del curato. . . .	150	7. 4.
Total.	7492	369. 4.

Relacion de las Capellanas fundadas por varios vecinos nombrando por Capellan a el Sacristan Mayor de la Parroquia de esta villa de Higuei segun lo expresa el Parrocho en su informe y son las que se manifiestan en el estado que sigue.

Nombres de los fundadores. Principales. Réditos.

Capellania que mandó fundar Joseph Trejo, (16),

(15) Domingo Sedeño, alcalde ordinario de la villa en 1737, 1742 y 1767. O tal vez otro homónimo, Don Domingo Sedeño de Avila, alcalde ordinario de la villa en 1692.

(16) José de Trejo, alcalde ordinario de la villa en 1681 y 1692.

(13) Félix Mauricio de Esqueda y Narváez, cura de Higuey desde 1662 hasta 1703.

(14) Sebastián de Ortega, alcalde ordinario de la villa en 1723, 1725 y 1726.

a favor de la Sacristia Mayor de quinientos sesenta pesos 560 28
 Capellania de sinquenta y ocho pesos que mandó fundar don Francisco Villa Vicencio, (17). 58 2. ½
 Capellania de cien pesos que mandó fundar don Domingo Guerrero a favor del Sacristan Mayor. 100 50.
 Capellania de cien pesos que mandó fundar Doña Maria de Abila, a favor del Sacristan Mayor. 100 5.
 Capellania de dos mil y trecientos pesos que mandó fundar el Illmo Señor Don Ignacio de Padilla (18). . . 2300 115.
 Capellania que mandó fundar Thomas Rijo y su consorte, de Docientos pesos a favor del Sacristan Mayor 200 10.
 Capellania que mandó fundar Gregorio Hurtarte, (19) de cien pesos a favor del Sacristan Mayor. . . . 100 5.
 Capellania que mandó fundar Juan Pedro Sedano, de cien pesos a favor de la

Sacristia Mayor. 100 5.
 Capellania que mandó fundar Sebastian Sedeño, de cien pesos a favor del Sacristan Mayor. 100 5.
 Capellania que mandó fundar Luis Guerrero (20) y su consorte, a favor del Sacristan Mayor. 50 2. 4.
 Capellania que mandó fundar Maria Ignacia Garrido, de cien pesos a favor de el Sacristan Mayor. 100 5.
 Capellania que mandó fundar Pablo Lorenzo, de cien pesos a favor de el Sacristán Mayor. 100 5.
 Capellania que mandó fundar Gregorio Joseph, de cien pesos a favor del sacristan Mayor. 100 5.

3968 198. 3.½

De modo que dichas Capellanias montan a tres mil novecientos sesenta y ocho pesos su censo ciento Noventa y ocho pesos tres reales y medio como pareze.

Estado que manifiesta la distancia que tiene cada Havitacion de la Villa de San Dionisio de Higüey. Numero de las personas de Cada una de ellas con Separación los de Comunion y parbulos; expressada assimismo la comodidad o incomodidad de los Caminos para el transito a la Poblacion.

Habitaciones con expresion de la cabeza de familia	Lo que dista cada una de la Poblacion	Numero de Almas de cada una	Los de comunion	Los Parbulos	Comodidad de Camino	Incomodidad de Camino
Poblacion y sus Havitantes		70	55	15	"	"
Partido de San xptoval.						
Casimiro Cordero (21).	2 ½ L	6	4	2	Comodo	"

(17) Francisco Villavicencio, alcalde ordinario de la villa en 1697, 1700, 1706 y 1721.

(18) Arzobispo don Fr. Ignacio de Padilla Guardiola.

(19) Gregorio de Urtarte; dos sujetos de este nombre: el primero hijo menor del capitán don Juan Bautista de Urtarte, que llegó a la Isla por capitán de una de las compañías de soldados que vinieron con el Conde de Peñalba, y casó con doña Sebastiana de Heredia Melo; nació a los fines de 1674, siguió la carrera de la Iglesia; recibió las sagradas órdenes, pasó a Higüey a regentar la parroquia (desde abril de 1702 hasta fines de 1703) por enfermedad del rector Félix Mauricio de

Esqueda, y después fué cura Guaba "en la Barranca de Cueto"; era capellán mayor del Hospital de San Nicolás cuando la Audiencia, en 28 de septiembre de 1705, pidió al rey una ración o una canongía, se le dió la ración en fines de 1716, y posteriormente una canongía en mayo de 1731, de la que gozó poco tiempo, pues ya era difunto en 20 de abril de 1732; AGI, Santo Domingo 320. 973; Indiferente General 2863. El otro fué alcalde ordinario de Higüey en 1736 y 1752.

(20) Luis Guerrero de la Fuente y Luis Guerrero de Soto fueron alcaldes ordinarios de la villa, juntos, en 1694; el primero lo fué también en 1706 y 1720, y el segundo, en 1696.

(21) Casimiro Cordero, alcalde ord. de la villa en 1775.

Custodio Cordero.	2 ½ L	4	2	2	Comodo	"
Bartolina Rodriguez.	2 ½ L	4	4	"	Comodo	"
Juan Simon.	2 ½ L	8	6	2	Comodo	"
Gregorio de Santana.	2 ½ L	6	3	3	Comodo	"
Maria de Santana.	2 ½ L	2	2	"	Comodo	"
Michaela de Santana.	2 ½ L	2	2	"	Comodo	"
Santiago Lorenzo.	2 ½ L	7	3	4	Comodo	"
Ignacio Lorenzo de Santana (22)	2 ½ L	5	5	"	Comodo	"
Juan Vicente Santana (23). . . .	2 ½ L	5	3	2	Comodo	"
Santiago de Vargas.	2 ½ L	2	2	"	Comodo	"
Phelipe Bastardo.	2 ½ L	2	2	"	Comodo	"

La Enea.

Pablo Sedano.	6 L	4	4	"	Comodo	"
Juan Leonardo Santana.	6 L	5	3	2	Comodo	"
Juan Francisco Guerrero.	6 ¼ L	4	3	1	Comodo	"

Serritos

Ines Maria.	2 ¾ L	4	4	"	Comodo	"
Pedro German.	2 ¾ L	5	4	1	Comodo	"
Antonio Manuel.	2 ¾ L	2	2	"	Comodo	"

Guanitto.

Capitan don Juan Martinez. . . .	2 ½ L	9	8	1	Comodo	"
Theresa Guerrero.	2 ½ L	3	3	"	Comodo	"
Manuel Rijo.	2 ½ L	5	2	3	Comodo	"
Lazaro de Castro.	2 ½ L	3	3	"	Comodo	"
Juan de Castro.	2 ½ L	2	2	"	Comodo	"
Evgenio del Rio.	2 ½ L	9	8	1	Comodo	"

Yagüita.

Phelipe Vicioso.	½ L	4	4	"	Comodo	"
Juan de Leon Candelaria.	½ L	5	2	3	Comodo	"
Domingo de las Nieves.	½ L	8	6	2	Comodo	"
Juan Sanchez.	½ L	2	2	"	Comodo	"
Antonio del Castillo.	½ L	6	2	4	Comodo	"
Rubecindo Nicasio.	½ L	4	3	1	Comodo	"
Joseph Sanchez.	½ L	9	7	2	Comodo	"
Ignacio Nicasio.	½ L	1	1	"	Comodo	"
Agustin Rodriguez.	½ L	2	2	"	Comodo	"
Matias Bernazo.	½ L	5	4	1	Comodo	"
Gabriel Remº.	½ L	3	3	"	Comodo	"
Andrea Sedeño.	½ L	5	5	"	Comodo	"
Michaela Rodriguez.	½ L	6	5	1	Comodo	"
Geronima Rodriguez.	½ L	4	4	"	Comodo	"

(22) Ignacio Lorenzo de Santana, alcalde ord. de la villa en 1765.

(23) Juan Vicente de Santana, alcalde ord. de la villa en 1782.

Hato nuevo.

Sargento Mayor don Manuel Rijo (24)	1 ¼ L	18	16	2	Comodo	"
Rexidor don Bartolo Rijo (25)	1 ¼ L	6	4	2	Comodo	"
Pablo de Jesus	1 L	3	3	"	Comodo	"

San Joseph.

Rexidor don Juan Hidalgo (26)	½ L	11	8	3	Comodo	"
Antonia Sedano	½ L	13	12	1	Comodo	"
Joseph Hidalgo (27)	½ L	7	5	2	Comodo	"

Arrollos.

Juan Castillo	¾ L	10	10	"	Comodo	"
---------------	-----	----	----	---	--------	---

Matachalupa.

Governador Don Gregorio Rijo (28)	1 ¾ L	14	11	3	Comodo	"
Juan Bautista	1 ¾ L	3	3	"	Comodo	"
Francisco Rijo (29)	1 ¾ L	4	4	"	Comodo	"

Los Palitos.

Juana Josepha	2 L	4	3	1	Comodo	"
Felipe Martinez	2 L	4	3	1	Comodo	"

Santana.

Manuela Liborio	1 ½ L	7	6	1	Comodo	"
Mathias del Castillo	1 ½ L	9	6	3	Comodo	"

El Serro.

Maria Rodriguez	1 ¾ L	10	9	1	Comodo	"
Bernaldo del Castillo	1 ¾ L	9	6	3	Comodo	"
Alexandro del Castillo	1 ¾ L	5	3	2	Comodo	"

Los Rios.

Alonzo Cruzado	1 ½ L	4	4	"	Comodo	"
Lazaro Pasqual	1 L	4	3	1	Comodo	"
Baltasar Garrido	1 L	4	3	1	Comodo	"
Don Estevan Villa Vicencio (30)	1 L	2	2	"	Comodo	"

(24) Manuel Rijo: éste, o su homónimo, en *Guanito*, alcalde ord. de la villa en 1795.

(25) Bartolomé Rijo, alcalde ord. de la villa en 1781 y 1786.

(26) Juan Hidalgo, alcalde ord. de la villa en 1762, 1769 y 1776.

(27) José Hidalgo, alcalde ord. de la villa en 1790.

(28) Gregorio Rijo, gobernador: jefe de las milicias de la villa, comandante de las armas, denominado asimismo Teniente de gobernador en la localidad.

(29) Francisco Rijo, alcalde ord. de la villa en 1786, 1788 y 1794.

(30) Esteban Villavicencio, alcalde ord. de la villa en 1782.

Francisco Reyes.	1 L	5	5	"	Comodo	"
don Domingo Villa Vicencio. . .	1 L	5	4	1	Comodo	"
Santa Clara.						
Antonio Perez.	3/4 L	5	3	2	Comodo	"
Barbara Garrido.	3/4 L	6	4	2	Comodo	"
Juan Bastardo.	3/4 Y	3	2	1	Comodo	"
El Duei.						
Joseph Maldonado.	1 1/4 L	4	"	"	Comodo	"
Las Matas.						
Joseph Altagracia.	1 L	6	6	"	Comodo	"
Mamei.						
Pablo Garrido (31).	1 1/4 L	5	5	"	"	Incomodo
El llano.						
Sebastian Sedeño.	1/4 L	12	11	"	Comodo	"
Vicente de la Rosa.	1/4 L	6	3	3	Comodo	"
Antonio Espiritu santo.	1/2 L	7	6	1	Comodo	"
Sartanejal.						
Vicente Rijo (32).	1 1/2 L	7	4	3	Comodo	"
Sebastian Rijo (33).	1 1/2 L	4	3	1	Comodo	"
Francisco Rijo.	1 1/2 L	8	6	2	Comodo	"
Gregorio Sedano.	1 L	3	3	"	Comodo	"
Don Juan Evgenio (34).	1 L	11	8	3	Comodo	"
Manuela de Villavisencio.	1 L	2	2	"	Comodo	"
Juana Guerrero.	1 L	4	3	1	Comodo	"
Pheliz Garrido (35).	1 L	8	5	3	Comodo	"
Gregorio Relles.	1/2 L	4	3	1	Comodo	"
		508	403	105		

De suerte que combiene el estado de que dá relacion el Parroco con el presente y resultan Quinientos y ocho Personas; Quatrocientas y tres de Comunion y ciento y sinco parbulos como paresen figurados por su orden.

Estado que manifiesta el ingreso cobrado por el Parroco de la Villa de Higüey de renta Decimal en cada uno de los años el vltimo Quinquenio, La de Entierros del mismo, la de Bautismos de el mismo, segun lo expresado en la relación dada por dicho Parrocho y justificacion de los Libros Parroquiales.

(31) Pablo Garrido, alcalde ord. de la villa en 1792, 1796 y 1797.

(32) Vicente Rijo, Alférez Real en 1782, alcalde ord. de la villa en 1785 y 1800.

(33) Sebastián Rijo, alcalde ord. en 1783,

(34) Juan Eugenio Villavicencio, alcalde ord. de la villa en 1729, 1732 — Su hijo, del mismo nombre, alcalde ord. en 1763, 1767 y 1775.

(35) Félix Garrido, alcalde ord. de la villa en 1795.

Expresion de cada un año de el ultimo Quinquenio	Renta Decimal			Obenciones de Entierros			Obenciones de Bautismos
	Pesos	Reales		Pesos	Reales	Mars. Quartillos	Pesos
En el año de 1778....	46	8		50	6	" "	15
En el año de 1779....	64	4		73	7	½ 8	21
En el año de 1780....	64	4	20	341	4	½ 0	20
En el año de 1781....	64	4	20	303	3	" 8	8
En el año de 1782....	64	4	20	48	0	½ "	22
	304	2½	3	618	1	½ 16	86

Segun se manifiesta por las sumas, resulta por renta decimal en los cinco años trescientos cuatro pesos, dos rreales y medio tres maravedis; de obenciones de Entierros, seiscientos diez y ocho pesos un rreal y medio y dies y seis maravedis; de obenciones de Bautismos, ochenta y seis pesos, como parece figurado.

Nota — Que se puso el numero que se cobrará de renta Decimal en el año de ochenta y dos porque se refleccionó sería la misma cantidad que la cobrada

en el de ochenta y uno por corresponder al mismo vienio.

Estado que representa el numero de casamientos que se han hecho en cada vno de los años del vltimo Quinquenio en la villa de Higuei. Los derechos cobrados de dichos Matrimonios en cada uno de dichos años y lo que produce el quinquenio: obenciones de Primicias de cada un año, segun la noticia dada por el Parroco en su relacion y confrontacion de los libros y demas comprobantes.

Expresion de cada un años del Ultimo Quinquenio.	Numº de Matrimonios	Años de Matrimonios			Obencion de Primicias	
		Ps.	Rs.	ms.	P.	RS.
En el año de 1778.....	4	11	2	"	7	4
En el año de 1779.....	11	37	"	½	7	4
En el año de 1780.....	4	11	2	"	7	4
En el año de 1781.....	7	19	1	½	7	4
En el año de 1782.....	7	19	1	½	7	4
	33	97	7	½	37	4

De modo que resulta por el presente Estado treinta y tres Matrimonios en los cinco años y por derechos de estos que pertenecen al Parroco, exigida la quarta del Sacristan Mayor y Missa en todo el quinquenio, Noventa y siete pesos siete reales y medio. Por renta de primicias segun lo regulado por dicho Parroco como expresa en su relacion, exigida la quarta de Sacristan Mayor, resulta en cada un año siete pesos cuatro reales y por total del Quinquenio treinta y siete pesos cuatro reales como parece figurado en el estado presente,

Calculo de todo el ingreso del curato en el referido Quinquenio.

Renta de Capellanias de todo el Quinquenio.....	1	847 ps.	4rs.	
Renta Decimal	304	2	20	
Obencion de Entierros...	618	2	"	
Obencion de Bautismos..	86	"	"	
Derechos de Matrimonios	97	7	½	
Obencion de Primicias...	37	4	"	
Total.....	2	991	4	3

Nota — Que no se expresan certificaciones o fees de Bautismos por haver dado razon el Parroco no haver sacada ninguna en todo el Quinquenio y que su Derecho es el de quatro rreales. En San Dionisio de Higuei a veinte y tres de Diziembre de mil setecientos ochenta y dos. Francisco Amaro Regalado.

En la villa de San Dionisio de Higuey en veinte dias del mes de Diciembre de mil setecientos ochenta y dos años, Nos el Cabildo Justicia y Regimiento de ella, a saber: los Alcaldes ordinarios don Estevan de Villavicencio y don Juan Vizente de Santa Ana, el Alferes Real don Vicente Rijo y los Rexidores perpetuos don Juan Hidalgo y don Gregorio Rijo hunicos Capitulares por enfermedad del Alguacil Mayor don Santiago Lorenzo, los que estando juntos y congregados en las casas de nuestro Ayuntamiento como lo acostubramos, Pareció ante nos don Francisco Amaro Regalado, haciendonos presente la comisión que por su señoria el señor Presidente, Gobernador y Capitan General de esta Ysla, (por carta orden que con reserva manifestó) se le dió para efecto de que se le diese informe sobre los particulares en ella contenidos y demas incertos en la Instrucion que adjunta presentó, En cuyo obedecimiento e impuestos en dicha Superior orden e Instruccion unanimes y conformes decimos: Que en virtud a las fundaciones de Capellanias, renta Decimal y demas obenciones del curato, no nos consta la porcion ni Derechos que corresponden al Cura, si sabemos que por varios vecinos ai fundaciones impuestas a favor de este curato; Que por los Bautismos se da la limosna de doze rreales y por las certificaciones o fees se pagan quatro reales; Que tambien hai otras fundaciones por los mismos vecinos a favor de esta Sacristia Mayor para que las veneficie el Capellan de Nuestra Señora de la Altagracia que se venera en esta Parroquia; Que solo existe un sacerdote que ayuda al Parroco en las funciones de su Ministerio y Pasto Espiritual; Que la estencion de este vecindario es corta; pues por la parte mas distante, que es la del Hueste a la vltima fundacion, havra de sinco a seis leguas; por la del Leste la mas distante es de dos Leguas poco mas o menos; por la del Norte, la que mas dista será de una Legua y tres quartos; por la del Sur, la mas distante es de una Legua y cuarto; Que segun la corta distancia

bien puede por si solo asistirla el Parroco; sobre el numero de personas de esta feligresia, matrimonios de ella del Quinquenio ultimo no podemos informar porque no estamos enterados de sus numeros; Que en quanto a la distancia que tenga cada Hato o fundacion a la Villa no podemos Certificar por ser diversas y sin orden, pues unas distan poco y otras mucho mas; Que todos los caminos son comodoss para el trancito de la Villa y prompts para la administracion de Sacramentos a ecepcion de una o dos que se notan con incomodo camino; Que no podemos decir el numero de Almas que tiene cada Poblacion, porque lo ignoramos, sí que ninguna de ellas ni aun muchas congregadas pueden mantener ni ayuda de Parroquia. Que distará esta de los terminos de la inmediata, que es la del Seibo, dies Leguas poco mas o menos; Que en quanto a el aumento de Poblacion y cultura no se a experimentado ninguno en dicho Quinquenio, mas bien por escaecimiento a causa de la Trajica tormenta del año de ochenta y subcesiba y crecida peste de virhuelas de el de ochenta y uno; Que segun noticia por el cura y Sacristan mayor de esta Parroquia que asisten, no reciben ningún Sinodo de Real Hazienda; Que no nos parece que los ministros se hayan excedido en sus Derechos porque, aunque ignoramos la sinodo de este Arzobispado, experimentamos que se esta siempre a lo acostumbrado; Que tampoco nos consta que en esta Feligresia haya muerto alguna persona sin sacramentos por falta de ministro; Que segun lo corto del vecindario no se necesita de ayuda de Parroquia, que commodamente la pueden asistir el Parroco y Sacristan mayor que existen. Que es quanto podemos informar y Certificar sobre los particulares contenidos, y por ser todo ello verdad damos el presente que entregamos a dicho comicionado, firmado de nuestro nombre, rubricado y marcado con la de nuestro vso sin escrivano, por no haverlo en esta villa publico ni de cavildo — Estevan de Villavicencio — Juan Bisente de Santana — Juan Hidalgo — Gregorio Rixo y Guerrero.

Es conforme al expediente original de su contenido a que me remito y para la cuenta mandada dar a su Magestad hize sacar el presente que firmo en Santo Domingo y Noviembre dos de mil setecientos ochenta y quatro años. — Francisco Rendon Sarmiento secretario de Camara y Gobierno (Rubricado).



Academia Dominicana de la Historia

FUNDADA EL 16 DE AGOSTO DE 1931

Miembros de Número:

Dr. Ml. de J. Troncoso de la Concha, Presidente.
 Lic. Emilio Rodríguez Demorizi,
 Lic. Cayetano Armando Rodríguez Aybar,
 Lic. Carlos Larrazábal Blanco,
 Sr. Emilio Tejera Bonetti,
 Lic. Manuel Arturo Peña Batlle,
 Lic. Fray Cipriano de Utrera, o.m.c.,
 Sr. Ramón Emilio Jiménez,
 Lic. Julio Ortega Frier,
 Dr. Max Henríquez Ureña,
 Lic. Manuel A. Amiama,
 Lic. Virgilio Díaz Ordóñez, (*Electo*).

Miembros Correspondientes:

Lic. Pedro Troncoso Sánchez,
 Sr. Alfonso Rodríguez Demorizi,
 Dr. Vetilio Alfau Durán,
 Sr. Sócrates Nolasco,
 Lic. H. E. Ashton Hodge,
 Lic. César Herrera Cabral,
 Dr. Guido Despradel Batista,
 Sr. J. Antonio Hungría Alvarez,
 Lic. Carlos Sánchez y Sánchez,
 Lic. Francisco Elpidio Beras Morales,
 Sr. Rafael Matos Díaz,
 Dr. Joaquín Balaguer y Ricardo.

Académicos fallecidos:

Lic. Emilio Prud'homme Maduro (+ el 21 de julio de 1932).
 Mons. Dr. Adolfo Alejandro Nouel Bobadilla (+ el 26 de junio de 1937).
 Lic. Manuel Ubaldo Gómez Moya (+ el 17 de octubre de 1941).
 Sr. Pedro Ma. Archambault Rodríguez (+ el 11 de abril de 1944).
 Sr. Félix Evaristo Mejía Abreu (+ el 1º de julio de 1945).
 Sr. Luis Emilio Alemar Rodríguez (+ el 7 de julio de 1945).
 Lic. Gilberto Sánchez Lustrino (+ el 1º de agosto de 1945).
 Dr. Pedro Henríquez Ureña (+ el 11 de mayo de 1946).
 Sr. Pedro Spignolio Garrido (+ el 16 de enero de 1949).
 Lic. Arturo Logroño Cohén (+ el 24 de enero de 1949).
 Lic. Manuel Ubaldo Gómez Meléndez (+ el 6 de enero de 1951).
 Dr. Federico Henríquez y Carvajal (+ el 4 de febrero de 1952).

La Academia Dominicana de la Historia no se hace solidaria de las opiniones emitidas en los trabajos insertos en *Clío*, de los cuales son únicamente responsables sus autores.

(Sesión del 10 de junio de 1952.)

INDICE:

El Centenario de José Martí.....	1
JIMENEZ, R. EMILIO:	
Apología de José Martí, Apóstol de la Independencia de Cuba.....	2
LUGO, AMERICO:	
José Martí	13
HENRIQUEZ UREÑA, MAX:	
Martí en Santo Domingo.....	29
A. D., V.:	
Martí y Santo Domingo.....	42
De "la mano de valientes".—César Salas.....	47
G., LIC. L.:	
Miscelánea Histórica	48
UTRERA, FRAY CIPRIANO DE:	
La Parroquia de Higüey.....	56

IMPRESA "SAN FRANCISCO"
30 DE MARZO Nº 101
CIUDAD TRUJILLO, R. D.
